ESTUDIOS LITERARIOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950



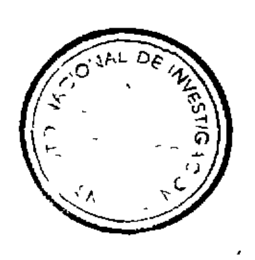
COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 9

FRANCISCO BAUZÁ
ESTUDIOS LITERARIOS

Preparación del texto a cargo de ARBELIO RAMÍREZ

ESTUDIOS LITERARIOS



FRANCISCO BAUZÁ

Francisco Bauzá nació en Montevideo el 7 de octubre de 1849, siendo hijo del general Rufino Bauzá a quien le cupo destacada actuación en las luchas de la independencia y de la organización nacional, y de Doña Bernabela Argerich. Muy joven aún se inició en la política y en el periodismo como militante del Partido Colorado. Hizo sus primeros ensayos periodísticos en "El Nacional" cuando tenía catorce años. Tres años después colaboró en "La Soberanía Nacional", y en 1870 al frente de "Los Debates" se consagró ya como un escritor y un polemista. En 1876 fué electo representante nacional, siéndolo durante varias legislaturas, hasta que en 1890 fué designado Ministro Plenipotenciario en el Brasil. Años antes había desempeñado misiones diplomáticas en dicho país y en la Argentina. En su actuación parlamentaria se destacó por la independencia de sus actitudes y, la elevación de su pensamiento, batiéndose gallardamente en defensa de sus convicciones filosóficas y políticas, buscando siempre el mejoramiento moral e institucional de la República. Bauzá ha sido sin duda el más destacado orador parlamentario del país en el siglo pasado. Fué la suya una elocuencia galana y concisa a través de la cual se percibe siempre una sólida información. En 1892 el presidente Julio Herrera y Obes lo llamó a desempeñar el Ministerio de Gobierno en cuyo ejercicio ratificó sus altas dotes de hombre de Estado y ciudadano independiente En 1893 fué candidato a la Presidencia de la República. Terminó su actuación pública como Senador, retirándose a la vida privada en 1898. Ha dejado acerca de nuestra realidad nacional valiosos estudios de carácter económico, social, jurídico, literario, pedagógico e histórico Entre ellos se destacan "Estudios teórico prácticos sobre la institución del Banco Nacional" (1874); "Ensayo sobre la formación de una clase media" (1876); "Estudios literarios" (1885); "Estudios Constitucionales" (1887); y por sobre todo su monumental "Historia de la Dominación Española en el Uruguay", publicada entre 1880 y 1882, a los 31 años de edad, ampliada por su autor y reeditada en 1895-1897, obra fundamental de la historiografía nacional y americana en cuyas páginas Bauzá describió en severo estilo y con profundo sentido crítico, el proceso de la formación social del Uruguay y de su revolución emancipadora hasta 1820

Bauzá murió en Montevideo el 4 de diciembre de 1899

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

Imposible estudiar a Figueroa, sin sentirse solicitado por tanta diversidad de afectos, como extendida y varia es la jurisdicción que su fantasía invasora se apropió en el mundo de las letras. Asemejanse sus obras, todavía inéditas en gran parte, a un campo prodigioso donde la naturaleza hubiese derramado toda clase de simiente, para hacerle producir con los más delicados arbustos, gajos malsanos y yuyos inútiles, formando de ese modo un abigarrado conjunto. A poco que se medite, empero, esta variedad no es tan espontánea como lo deja entender su condición aparente, sino que es una necesidad impuesta por la época y el escenario donde el poeta tuvo que desarrollarse; porque Figueroa, superior a sus contemporáneos en ilustración y gusto, debió sin embargo amoldarse a las circunstancias, para no pasar inapercibido como en otra esfera pasó Larrañaga, el más grande y el único hasta hoy desconocido de los sabios sudamericanos de su tiempo.

Si hay un espectáculo triste en la vida, es la lucha del talento contra la indiferencia pública, cuando el nivel intelectual del que emprende la batalla está tan distanciado del vulgo, que fatalmente se

cierne entre regiones inaccesibles al alcance popular. Entonces sucede, de dos cosas, una: o se capitula, incorporándose a la turba y haciéndose perdonar la superioridad en fuerza de hablarle su lengua; o se resiste y se vive anulado, pero fiel a sí mismo, en el pedazo de mundo ideal donde no trascienden los reproches de la ignorancia. Aquél fué el caso de Figueroa, y éste el de Larrañaga, cuyos talentos, distintos en sus manifestaciones peculiares, si no les han reportado ni a uno ni a otro todavía la ventaja de ser juzgados como deben; han dado al primero la popularidad a cambio de sus concesiones, mientras al segundo le han dejado en el olvido por no querer conceder nada.

No se crea por esto, que es grande la ventaja que el poeta uruguayo lleva al naturalista su compatriota, en orden a la fama que uno y otro se merecen; pues si Larrañaga no ha pasado del concepto de *curioso* con que habitualmente se designa entre nosotros a los que acometen investigaciones que no constituyen una profesión lucrativa; Figueroa apenas goza reputación de versificador fácil, gracias a que se recuerdan de él algunas composiciones satíricas, no ciertamente las mejores. Lo que más vale de sus obras, y también lo que menos, yace inédito en los estantes de la Biblioteca Nacional; y allí permanecerá tanto tiempo como necesite el papel para tornarse de blanco en amarillo, que esa y no otra es la acción fumigante ejercida en todo país de índole española por los archivos sobre sus materiales atesorados, viniendo a constituir una manera de osarios, donde se clausuran a prueba de contagio, los productos del ingenio que escapan a la escrupulosidad de

algún coleccionista y no van a dar a manos de algún librero de viejo.

Hasta en no sufrir excepción a este respecto, es Figueroa prototipo de su país y de su época. Si el éxito le hubiera favorecido, no tendrían sus aventuras literarias y personales, ese interés dramático que las circunda, y que es, por decirlo así, como la envoltura necesaria de un producto genuino del suelo, cuyo sabor se presiente, porque no falta en las exterioridades ninguno de los signos característicos de la procedencia. Pero esta condición misma, a primera vista tan favorable, impone al crítico singulares miramientos para no equivocarse en las apreciaciones ulteriores. De seguro que si es muy atrayente para el observador, toda investigación literaria destinada a poner en claro la vida de uno de esos autores que caracterizan períodos históricos, también es gaje de seguridad para la crítica que el espíritu se identifique con la época a que pertenece el autor en cuestión; pues no de otro modo, ni de otro punto de vista, se puede llegar a una disposición de ánimo imparcial y amplia para decidir sobre su conducta. Figueroa necesita, más que ninguno tal vez, la aplicación de esta regla de criterio a sus obras. Porque siguiéndole al través de ellas, desde que empieza alentado por el vigor de la juventud, hasta que se detiene tropezando en los dinteles de la edad madura; se sigue a una edad y a una generación de hombres, cuyos entusiasmos y decaimientos han ido reflejándose en las páginas del maestro, necesariamente saturadas por las impregnaciones de la atmósfera respirable de su tiempo.

Nacido y educado durante la dominación española, adquirió ideas monárquicas en el seno del ho-

gar, y rudimentos de instrucción clásica bajo las bóvedas sombrías del convento de San Francisco, edificio que es hoy para nosotros, recuerdo apenas de vetustas paredes derribadas, y que fué sin embargo, centro de sabios y manantial de nobles designios, allá cuando nuestros padres buscaban una patria con las armas en la mano. A impulsos de la disciplina monacal que procuraba la ilustración del espíritu con vigorosa porfía, nutrió el suyo Figueroa, adaptándose los primeros conocimientos que habían de hacerle hablista consumado, correcto versificador y gran latinista, para encarrilar su vena chispeante dentro de las formas típicas del clasicismo. Más tarde pasó a Buenos Aires, concluyendo allí su educación en el Real Colegio de San Carlos.

Con este bagaje literario, a veinte años de edad, y viviendo una vida apacible y holgada, sus convicciones políticas no habían sufrido merma, antes bien, se habían robustecido por la fuerza de las cosas, dentro de aquel período, tiempo de oro de la colonia, que medió entre el rechazo de las invasiones inglesas y el estallido de la Revolución de 1811. En vísperas de tal suceso estaba el país todavía, cuando renombrado por sus triunfos y desastres Montevideo, y objeto de grandes distinciones sus principales habitantes, acababa de nacer el orgullo nacional bajo el estímulo del Rey que premiaba nominativamente los servicios de los criollos haciendo a la vez acuerdo de la heroicidad del país; y empezaban a tomarse medidas de todo género en la corte, que hacían esperar satisfactorios progresos materiales. Los adictos a la realeza, que no eran tan pocos como se ha supuesto, habían acentuado las manifestaciones de su fe monárquica con motivo de los acontecimientos que el

año anterior se produjeran en Buenos Aires, y estaban orgullosos de poder justificar para su tierra natal el título de *fiel y reconquistadora* con que el gobierno hispano la había condecorado. Todo esto conspiraba a alentar el celo de la juventud afiliada al partido oficial, de modo que al estallar la revolución de 1811 que trastornaba los principios y las cosas admitidas, de pechos juveniles partió la primera protesta.

Figueroa se encontraba en el número de los que debían plegarse a esa voz de reprobación, y no vaciló en tomar su puesto en las filas de los realistas; pues "asustado —como él mismo lo dice— por el áspero sacudimiento y convulsión que el movimiento revolucionario hacía experimentar al antiguo orden social, se encontró colocado entre aquellos que pretendieron poner un dique con sus pechos al torrente que se desbordaba, sin dejar por eso de amar mucho a su tierra natal, y aun experimentar dobles simpatías a sus compatriotas libertadores". Singular posición, y que sin embargo era la de todos los criollos realistas, destinados a defender al Rey sin poder execrar totalmente a sus enemigos!

Precedido de tales auspicios se reveló el poeta, encontrando tema a sus desahogos en la epopeya del sitio de Montevideo por las tropas revolucionarias. Ninguna ocasión como aquella, para que un súbdito de la monarquía, hijo al mismo tiempo del país donde se libraba el combate, diera vuelo a las concepciones del espíritu exaltado por las congojas del patriotismo; pero ni la edad del autor, ni la índole de su inspiración, correspondían a empresa tan ardua como la que indicaba el asunto elegido. Nada menos que un poema del género heroico, era lo que pedía la narración de aquellas aventuras guerreras que duraron veinti-

dós meses entre los más variados episodios, y Figueroa no tenía ni el golpe de vista que permite formar el plan ajustado y correcto de un trabajo de tal magnitud, ni la inspiración alta y sostenida que engrandece los detalles sin prodigarlos. Su *Diario Histórico,* aunque corregido y limado muchos años después según confesión propia, resultó una apuntación minuciosa de los sucesos de cada día; una crónica versificada en que hay tantas noticias como hechos pasaron y pudo retener su memoria. Es cierto que él no dió a su trabajo mayor importancia de la que tiene, observando en el prólogo "que la minuciosa exactitud de la narración, como una traba molestísima al verso, haría sin duda perdonar los defectos de la estructura artística"; pero con todo, lo desmañado del método dispone a hacerle cargos, puesto que pudo resumir y concordar con más tino, los diversos y multiplicados sucesos que narró.

No carece de bellezas el *Diario Histórico,* y si su plan es criticable por lo difuso, la versificación en general es flúida, y en ciertos lugares, bien que en muy pocos, levantada y noble. Las aflicciones del poeta se reflejan con mucha verdad al pintar los desastres de las armas del Rey, y suele expresar con tanto sentimiento la pena que le causa el incierto porvenir del país y la posible caída del poder monárquico, que la huella de su amargura queda impresa en los versos que la delatan. Con este motivo, las propensiones místicas que solieron asaltarle en el curso posterior de su vida, se vislumbran ya en algunas de las estrofas con que desahoga sus melancólicas inquietudes. También en otras, su espíritu festivo se revela sin quererlo, cargando el tinte cómico sobre ciertos episodios que por su ridiculez se prestaban a

la risa. De todos modos, era natural que así sucediese, porque como quiera que una obra de largo aliento abarca siempre un período considerable de la vida individual, es imposible que al fin no se reflejen sobre ella las condiciones geniales del autor, en la medida que el tiempo las va poniendo a prueba y por sucesión de emociones que nacen muchas veces de la naturaleza misma del asunto.

Rendido Montevideo a las armas revolucionarias bajo una capitulación que había de violar el general vencedor, encontráronse comprometidos seriamente todos los que eran afectos al gobierno español; por lo cual muchos pusieron su salvación en la fuga, y entre ellos Figueroa que fué a dar a Río Janeiro, donde permaneció bastante tiempo, agregado a la Legación española. Allí despicó el fastidio poniendo a su *Diario Histórico* una introducción que respira patrióticos rencores por todos sus poros; y escribiendo varias composiciones descriptivas bajo el título de *Cartas poéticas* que pueden servir de modelo en su género. Son varias esas cartas, y el interés político e historial de unas, la crítica social y la narración de las aventuras personales del autor que contienen otras, las hace muy estimables. Del punto de vista de la composición, Figueroa muestra en ellas aquel empeño de versificar sobre temas forzados que más tarde fué uno de sus gustos predilectos, concluyendo las estrofas con títulos de dramas, comedias y sainetes conocidos entonces, y a primera vista ajenos al asunto que se relata, pero que de paso dan una idea de lo que se sabía sobre teatros en este hemisferio.

Por supuesto que el estado de su ánimo y el centro social donde vivía, se prestaban a excitar sus

disposiciones satíricas, de manera a darle pretexto para encontrar tipos criticables. De este número fueron un maestro de escuela agraviador de cierto amigo suyo, una vieja hablantina que tenía una hija marisabidilla, y otras gentes por el estilo. Escritas en portugués esas composiciones, parecen tener un mérito mayor del que intrínsecamente tienen, a causa de la gárrula sorpresa que produce en los que hablamos castellano el lenguaje enfático de los compatriotas de Camoens, pero a la verdad no están a la altura de las del mismo género que más tarde publicó contra diversos sujetos. Por otra parte, el tono subido de algunas de sus proposiciones, dejan mucho que desear a las exigencias de la moralidad literaria, que si es ridícula cuando raya en gazmoñería, tiene en todos los casos por límite el pudor. Desgraciadamente Figueroa no hacía más que trillar aquí los lindes del camino que debía conducirle tan lejos en la huella dejada por Quevedo y proseguida después con triunfante marcha por Emilio Zola, y demás miembros del naturalismo en boga. Es verdad, que en su testamento literario, el poeta manda expresamente que tales composiciones no sean publicadas, pero ¿a qué las coleccionó entonces?

Vuelto al país, para correr algunas de las vicisitudes que trajo la lucha contra la dominación portuguesa y presenciar el triunfo irrevocable del alzamiento nacional, pudo creer que despuntase una época de actividad en las esferas intelectuales, como parecía anunciarlo el renacimiento de todo un pueblo. Mas aquellas ilusiones, si las tuvo, no habían de esperanzarle mucho tiempo, porque el período de las contiendas civiles abierto con tanto furor como tendencias de perpetuidad, llamó la atención pública

por entero sobre las armas e hizo de la guerra el objeto predilecto de sus solicitudes. La nación que había perdido ya el más considerable de sus centros de saber con el convento de San Francisco, prosiguió marchando sobre el plano inclinado de la ignorancia, a un embrutecimiento que hubo de dejarla sin ciudadanos aptos para llenar las funciones electorales dentro de la modesta exigencia de saber leer y escribir que impone su ley fundamental. Excepción hecha de Montevideo, en los demás centros poblados, si había alguna escuela de primera enseñanza era regenteada por el párroco, dado caso de que existiesen templo y párroco, porque ni todos los pueblos tenían templo, ni los párrocos eran tan abundantes que pudieran corresponder a uno por cada pueblo.

Pero si bajo cierto aspecto, semejante estado social no se compadecía con el estímulo literario; bajo otro, un numen cultivado y ardiente tenía campo para remontar la inspiración hasta las más altas regiones del lirismo, puesto que la situación giraba todavía dentro del momento histórico en que el pueblo uruguayo había consumado el acto más glorioso de su vida, y estaba dándose en espectáculo a la América para consolidar su obra. Con torva frente y en violenta fuga, habían cruzado la frontera para ir a decir al emperador del Brasil y al gobernador de Buenos Aires que nuestro suelo era inconquistable, tres ejércitos vencidos sucesivamente, en Haedo, Sarandí y Cagancha, por el pueblo rudo que aquilatando en mayor precio la libertad que la vida, no regateó su sangre ni sumó el número de los individuos que le retaban a combate. El primer Presidente constitucional había visto desaparecer en horrorosa lid, las esforzadas huestes charrúas que

aún señoreaban los confines del territorio patrio. El segundo, había hecho sentir el poder de su espada en los campos de Carpintería, volviéndola a la vaina sólo cuando la batalla del Palmar le arrebató junto con las insignias de mando el lauro de la victoria. Tales acontecimientos, englobados en el transcurso apenas de quince años, daban asunto a la inspiración, cualquiera que fuese el punto de vista político en que los compromisos de partido obligasen a colocarse al poeta.

Con no tomar la actitud que correspondía en ellos, mostró Figueroa carecer de las dotes que constituyen un poeta lírico; pues a excepción del *Himno Nacional*, que tiene estrofas dignas de ser recordadas por su valentía, y de la *Oda a la Escarlatina* que es una bella imitación bíblica, no produjo nada que arrojase de sí esos lampos con que la inspiración remeda los sacudimientos del espíritu humano, cuando se cierne sobre la frente de sus elegidos. En jerga festiva, saludó la libertad de vientres decretada por la Asamblea Nacional, poniendo en boca de los negros una letrilla encomiástica; cantó después la *Inundación de Maciel* en estilo poémico, y con una *Media-caña* patriótica despidió las huestes de Echagüe que huían en desbande. Unos versos insustanciales a la muerte de Bernabé Rivera, precedieron el *Canto a Mayo* que es muy prosaico, al cual siguió posteriormente el cuadro del *Ajusticiado* que es una mala imitación del *Reo de muerte* de Espronceda; y aquí plegó sus alas el cisne. En cambio, su mala estrella le condujo a condescendencias que transformaban la metrificación en oficio y la inspiración en cosa aplicable a cualquier objeto, produciendo versos a destajo, que forman en la colección de sus poesías

un fárrago de acertijos y charadas, de botellas y copas dentro de las cuales hay estrofas sin elevación ni sentido, arregladas a las depresiones materiales del tiesto, y como avergonzadas por el compromiso de ocupar sitio tan mezquino.

Esta época aciaga de su musa, sirve para demostrar los beneficios que una instrucción sólida reporta siempre a toda inteligencia bien dispuesta. Aunque abandonado a sus propios esfuerzos, sin rivales ni censores, Figueroa no se despeñó a las profundidades de la esterilidad pretenciosa, e hizo de su parte lo que pudo por reaccionar contra sí mismo, emprendiendo algunos trabajos de aliento, ya festivos, ya serios, según vino la ocasión. En los de género festivo, bien que su inspiración anduviese generalmente a pocas varas del suelo, naciendo de las cosas que le rodeaban y viniendo a constituir como un modelo versificado de ellas, reía con facilidad, haciendo reír a los demás por lo espontáneo de sus chistes. Algunas veces sin embargo, resulta demasiado fuerte el condimento con que salpimentaba las bromas, para que no se conozca el empeño que le trabajaba en provocar la hilaridad a cualquier precio. Dominando el idioma, sin ser ni amanerado, ni oscuro, decía, empero, las cosas con sencillez, y empleaba de corrido una cantidad innumerable de términos que demuestran la posesión que tenía de la lengua y sus riquezas. Por ello es que nunca fué esclavo del consonante, apareciendo en todos los casos espontáneo el giro de su metrificación, por más que no lo fuera siempre el sentido íntimo de sus versos.

Sobre lo que él mismo pensaba algunos años más tarde, de estas composiciones y otras de igual cariz, puede sacarse la cuenta por la siguiente ad-

vertencia que les puso al hacer su selección en 1846: "Como las mujeres feas —dice— suelen encubrir su deformidad con el lujo y adornos, así yo deseo que todas estas mezquinas composiciones salgan adornadas con viñetas vistosas, alusivas al asunto que ellas contienen". Deseo que pudo ver satisfecho en parte, cuando emprendió por sí, hacia el año de 1857, la publicación del *Mosaico Poético,* poniendo a concurso el feísimo surtido de viñetas de la imprenta del *Liceo Montevideano,* que era la casa editora.

En un orden más elevado, los trabajos serios que acometió, son dignos de recuerdo y abonan su buen gusto. La desesperante sencillez del *Sacris Solemnis* y la majestuosa elevación del *Dies Iræ,* le tentaron a extremo de hacer de estas dos composiciones religiosas una traducción que en nada desmerece de los originales. Tradujo también el salmo *Super Flumina,* varias *Lamentaciones* de Jeremías y el *Stabat Mater,* vertió en dos formas distintas el *Te Deum,* versificó el *Padre Nuestro,* e hizo de la *Salve* una paráfrasis, el mayor trabajo de su índole que tenga la lengua castellana. A estas traducciones que acusaban perseverante trato de asuntos religiosos, precedieron y siguieron varias composiciones originales de extracción mística, que pintan el estado de ánimo del poeta, afligido singularmente por la afección que después de haberle tenido a las puertas de la muerte, inspirándole hasta un epitafio para su sepulcro, le robó la voz para siempre.

Colocado ya en el carril de una reacción tan beneficiosa, volvió sus ojos a los estudios clásicos que habían sido la puerta por donde entrara a la literatura en los años juveniles. Era Horacio su poeta favorito, y en el esmero con que le traducía se ven las

huellas de esa afición no desmentida nunca. Tradujo de él, las odas a Mercurio y a Mecenas, la Canción secular, y las odas a los romanos y a Augusto volviendo de España; algunas de ellas con tan rigurosa economía, que el verso castellano resulta calcado casi sobre igual número de palabras que el original. También hizo por esos tiempos varias composiciones didácticas de su propia cosecha, como ser el *Alfabeto de los niños,* en el cual cada letra lleva una estrofa alusiva a las glorias nacionales o a nombres y hechos históricos del extranjero, y los *Signos del Zodíaco* en décimas explicativas. Pertenecen al mismo género aunque de fecha posterior, las *Reglas para el juego del Mus* y *de la Báciga,* en que el autor confiesa que la poesía se ruboriza de prestarse a combinaciones tan mezquinas.

Esta multiplicidad de trabajos, agregada a un diluvio de estrofas incipientes que acostumbraba a lanzar anualmente en tarjetas para los aniversarios patrios, y a centenares de epigramas, muestran lo inagotable de la facundia de Figueroa, e inclinan el ánimo a lamentarse de tan profuso derroche. Porque con ser tan rara y peregrina una buena dotación intelectual, impone a su dueño deberes superiores, para que le sea tolerado malgastarla sin protestas de los demás, que tienen derecho a gozar en parte y por vía de indemnización los frutos ubérrimos que les defrauda la imprevisión o la holgazanería. Más perjudicial aún el despilfarro de la inteligencia que el del dinero, cuando menos éste se transmite de unas manos a otras para circular siempre; mientras aquélla se consume con quien la tiene, sin que sus derroches sirvan para producir otra cosa que el decaimiento moral en derredor de sí.

Como quiera que sea, durante estas oscilaciones de su espíritu, Figueroa había dado con un género en el cual nadie ha podido igualarle hasta hoy, y del que es decididamente inventor. Nos referimos a las *Toraidas,* o sea narraciones versificadas de las corridas de toros. Para pintar en toda su deformidad esta clase de espectáculos, conviene decir previamente alguna cosa sobre ellos. Forma la parroquia habitual de las corridas, el más inapropiado público que pueda darse. Vecinos honestos que se desvanecerían ante las perspectivas de matar un animal cualquiera en su casa; profesores de derecho natural que sostienen la inviolabilidad de la vida en todo organismo dotado de actividad voluntaria; médicos que se compungen de las enfermedades de los animales y enseñan a los veterinarios a curarlas; economistas que toman a punto de honra defender la industria pecuaria, católicos sinceros que leen con atención reverente aquel precepto del Deuteronomio que dice: "no verás el buey de tu hermano o su cordero, perdidos, y te esconderás de ellos: volviendo, los volverás a tu hermano"; en fin, personas nerviosas y caritativas, de todo linaje y condiciones, se sientan en las gradas de piedra del hemiciclo, y esperan alegres el sangriento espectáculo, después de haberse recíprocamente informado con el más correcto ceremonial inquisitivo sobre la salud de todos los suyos. Y estos filántropos, cuya condición humanitaria trasciende a sus doctrinas, resultan como tocados de epilepsia al sonido de la corneta que anuncia la aparición de unos cuantos chulos ridículamente pergeñados, electrizándose hasta delirar, cuando estos con esguízaro lengueteo ofrecen por complemento de sus

maniobras unas cuantas bestias muertas a puntazos y cuchilladas.

Entre los argumentos de mayor socorro con que los taurómanos defienden su causa, sobresale aquél que presenta las corridas de toros como una escuela de virilidad para los pueblos. Es de advertir, sin embargo, que sometida la afirmación a un análisis experimental, queda pulverizada. Porque nunca hubo nación donde se corrieran más toros que en España, y si se observa que bajo Fernando V esa faena era una diversión de la nobleza y bajo Fernando VII llegó a ser un arte popular para cuya enseñanza se abrieron cátedras subvenidas por el Estado; resulta que en el país clásico del toreo, la virilidad pública ha ido en razón inversa de los progresos tauromáquicos. Ni sabríamos explicarnos tampoco, aún cuando no mediase ese hecho decisivo, qué clase de influencia hubieran podido tener sobre los guerreros españoles que pelearon y vencieron fuera de su país, desde Gonzalo de Córdoba hasta O'Donnel, la vista de las corridas de toros, a que sólo por excepción les permitió concurrir su accidentada y trabajosa vida de soldados.

En nuestra sociedad, como en todas las sociedades humanas, han existido siempre dos corrientes de ideas; la una, que tiende a conservar todo lo antiguo, y la otra que tiende a reformarlo todo. Con este motivo, las plazas de toros han tenido sus defensores y sus enemigos, aunque dicho se está que hasta hoy los primeros han vencido a los segundos. Conviene advertir empero, que desde tiempos lejanos hubo personas que miraron de reojo la tauromaquia, y tan es así, que allá por los años de 1838 o 39

cantaba Figueroa lo siguiente, en una *Toraida Romántica:*

Grita Mendo
que es horrendo,
que es infando,
ver lidiando
racionales
y animales;
que es un juego
musulmán:
Y el vestiglo
diz que el siglo
de las luces,
dió de bruces
sin decoro
porque hay toro·
¡Qué pasiego!
¡Qué patán!

Figueroa se enojaba mucho con *Mendo* porque éste criticaba la tauromaquia. —¿Pero qué decía *Mendo* o sea el partido anti-tauromáquico, para hacer enojar de tal suerte a nuestro viejo y ronco vate? — Decía entonces lo mismo que dice ahora. — Decía que es una irrisión llamar heroicidad, a la lucha de diez o doce hombres armados hasta los dientes, contra un desvalido toro que ya viene encandilado, hambriento y estropeado del redil, para morir hecho trizas en la plaza. — Decía que en un país ganadero no debe declarársele una guerra insensata al animal que precisamente constituye, desarrolla y fomenta la riqueza pública. — Decía que el espectáculo de una corrida de toros, no es ni con mucho un cuadro de costumbres civilizadas, que pueda colocarse a la vista de un pueblo nuevo, desgraciadamente harto dispuesto a las lides sangrientas. — Decía en fin, otras muchas cosas

por este estilo, que le valieron entonces, y le valen hoy aún los dictados de pasiego y patán!

Mendo está por lo tanto en plena derrota. La zambra y el bureo han podido más con sus atractivos febriles, que las filosóficas y tranquilas reflexiones de los amigos de la hueste toruna. Y en verdad que las emociones de una plaza de toros, no son para desperdiciadas, por las gentes que entienden lo que es el placer de gozar. ¿Dónde hay nada más hermoso que un caballo destripado a la primera embestida? ¿Qué emoción igual a la producida por un toro que salta la valla y pone en aprietos a los entusiastas mirones que no contaban con aquel lance omitido en el cartel de anuncio? ¿Qué cosa comparable al revuelto mar de un populacho furioso, que se subleva porque los *bichos* no son bastante bravos, es decir, porque ni siquiera han matado a un lidiador y a una media docena de caballos? ¿Y no es acaso el *non plus ultra* de la delicia, ver a la turba llegar en un día clásico a toda la altura de su iracundia, arrojándose sobre los toreros, sacando a los toros de la cola e incendiando el circo?

La prosa es impotente para describir toda la grandeza de un espectáculo semejante. A no tener la poesía el atractivo secreto de la rima, la estructura férrea de la estrofa, el fugitivo destello de la inspiración, no fuera tampoco digna de cometido tan excelso. Pero afortunadamente la poesía taurina y el poeta que debía crear este género estaban destinados a nacer sobre el suelo uruguayo. Oigamos a Figueroa cantar la heroica jornada popular que obligó a la autoridad a prohibir por muchos meses las lidias de toros, con profundo sentimiento de una gran parte de la población. Habla el poeta:

En plena posesión como unos reyes
estábamos del circo, en paz profunda,
cuando violando las taurinas leyes
se amotinó una plebe furibunda,
y sobre si eran toros, o eran bueyes,
hubo escándalo, asalto y barahunda,
hasta que allí volar vieron mis ojos
tablas, sillas y bancos por despojos.

Yo vi ultrajada en el saqueo infando
la pica de Palanca... ¡oh, lance fiero!
pica que honrara el noble Villandrando,
¡y en qué manos!... en manos de un lechero!!!
Vi una ninfa en gran riesgo reclamando
contra el vulgo frenético y grosero,
yo la vi, en un tablón que se derrumba,
como el ángel de luz sobre la tumba.

A *Repollo* y *Violín* llamaba airado
el vulgo en el furor que le enajena;
mas el violín estaba destemplado
y el repollo cual blanda berenjena.
Asustados los dos, bajo el tablado
¿quién sabe lo que hacían en tal pena?...
¡Ay, no salgas, escóndete Repollo,
que eso sería echarle trigo al pollo!

Allí vendióse en bárbara subasta
y a vil precio la espada de García.
Dulces vi por el suelo en caldo y pasta,
y una lluvia de almendras y arropía.
Un confuso tropel, de varia casta
¡A la mosca! y *¡al mono!* repetía
y al boletero asaltan con encono,
mas ya estaban en salvo *mosca* y *mono*.

No puede describirse con más propiedad en cuatro estrofas, un lance tan sonado y tan terrible. Todas las peripecias de la lucha, están marcadas con precisión maravillosa. La tranquila actitud de los es-

pecadores antes de la gresca; lo inesperado de la rebelión popular; la transformación en pájaros de las sillas, tablas y bancos para volar sobre la cabeza de los toreros, la deshonra del picador Palanca, Bayardo de la tauromaquia, a quien un lechero había quitado sus armas; los apuros de García condenado a presenciar la bárbara subasta de su espada vendida a vil precio; la resignación de Repollo y Violín, acurrucados bajo el tablado, haciendo quién sabe qué; y por último, las profundas vistas del boletero, poniéndose en salvo a tiempo con la *mosca,* como si presintiera que por allí debía concluir obligatoriamente la función y toda función comenzada de esa manera; dan una idea bien cumplida de lo que es un lance de tal laya. ¡Y pensar que hay quien quiera prohibir al pueblo goces tan inocentes!

Por fortuna, cúpole también a Figueroa la gloria de reducir a una expresión mínima y casi ridícula los escrúpulos de los enemigos del toreo, demostrando que más gentes mueren de beber agua fría y comer pepinos a la noche, que toreros sucumben en la lid. Bien que el argumento peque por inexactitud relativa en los términos de comparación, porque agua fría y pepinos toma todo el mundo, mientras que toros sólo lidian unos cuantos hombres; parece sin embargo, que la mayoría quedó encantada con una proposición tan clara. Batieron palmas de contento los amigos de la tauromaquia, y se sintieron abrumados sus enemigos a punto de no poder, ni con la fe de bautismo en papeles. *Mendo* fué hundido en esta última batalla: ya no se le consideró digno de ser tomado en cuenta, ni siquiera como ente racional. Es difícil resistir a la tentación de copiar las tres estrofas, en que Figueroa arroja a tierra y

da la última trompada en la barriga a su enemigo. Escuchad:

> ¿Y no admiras, no sientes, no te late
> el corazón de orgullo y de contento,
> al ver que un racional resiste, abate,
> y postra al fin de un bruto el ardimiento?
> ¿Quién al mirar el hórrido combate:
> de una parte el furor, de otra el talento;
> aunque el grave espectáculo le asombre
> no saldrá envanecido de ser hombre?
>
> Si a esto llaman locura, otras mayores
> se ven en las naciones ilustradas,
> que cual gallos preparan gladiadores
> para el circo feroz de las trompadas.
> Roma vió cuatrocientos Senadores
> y un Soberano andar a las puñadas,
> contemplándose aquellos muy felices
> con perder sólo un ojo, o las narices.
>
> Los riesgos se ponderan... ¡desatinos
> son que un ciego terror se forja en vano!
> Más víctimas se llevan los pepinos
> o el agua fría en tiempo de verano.
> De mil formas se muere... los destinos
> no es dado contrastar al triste humano
> ¿y quién sabe si a veces son los bueyes
> fatídicos ministros de las leyes?

Ya lo sabéis, hombres incrédulos, que afectáis negar la evidencia. Los toros son, una vez lanzados al circo, no sólo orgullo del hombre y estímulo de sus más levantadas acciones, sino ministros fatídicos de las leyes. ¿Pero de qué leyes?... ¡Valiente pregunta!... de las leyes divinas!... De lo que se sigue, que cuando en nuestros tiempos, fué corneado de refilón y en parte carnosa el capa *Cotorrita,* se cumplió una ley divina con él, pues *Cotorrita* estaba

destinado por adverso sino a que el toro magullase su enteca y alígera persona!

Las *Toraidas* son notables por el movimiento y variedad de sus episodios, puestos de relieve con chispeante gracia. Hasta el título que las distingue inspira risa, pues las hay que se llaman *Sansimonianas*, otras *Peladas*, otras *Cortas*, etc. No se hable del verso, que en todas ellas es fresco y abundante. Figueroa, taurómano de ley, no se limitaba a pintar los incidentes y comentarlos, sino que de paso filosofaba, aprovechando toda oportunidad para defender su diversión favorita. Así es que en la plaza de toros, era él la primera autoridad aunque asistiese al acto el Presidente de la República; y entre los toreros gozaba reputación de Mentor, que no era ciertamente usurpada. ¡Lamentable empleo del talento en cosa tan baladí!

Matizaba por entònces estos pasatiempos literarios, con traducciones del italiano, del francés y del catalán, generalmente trabajadas sobre asuntos sentimentales; pues por una de esas contradicciones frecuentes del espíritu, así como su musa juguetona, a semejanza de los niños cuando les fuerzan a estarse graves, se volvía torpe hablando en serio; así también como ellos, al fingir la calidad de que carecen, buscaba el modo de vencerse asumiendo por cuenta ajena el continente grave en los textos que elegía para traducir. Por medio de estos trabajos, adquirió bastante soltura en el manejo de los idiomas y dialectos extranjeros de que se auxiliaba, llegando a versificar por cuenta propia en ellos repetidas ocasiones. Mas estuvo lejos de apasionarse de galicismos y extranjerías en el estilo, achaque peligroso de los que cultivan lenguas extrañas con ahinco, y antes



bien, se mostró inaccesible a tales novaciones satirizándolas en una letrilla titulada *El hombre de importancia.*

Corriendo así los tiempos, vino el Sitio Grande a poner a prueba las aptitudes políticas y guerreras del gobierno a quien servía el poeta, y la resistencia moral y física que era capaz de hacer el pueblo de Montevideo contra la miseria y la muerte. Aquella situación desesperante, en vez de abatir, endureció el temple de los hombres, a punto de hacerles tolerable la vida con un *minimum* de subsistencias que desconcierta los más sutiles cálculos fisiológicos, al mismo tiempo que les acostumbraba a un menosprecio de los peligros, que hoy parecería jactancioso desafuero. Así dispuestos los ánimos, todo apocamiento era materia de crueles burlas, de manera que hubo contagio de valor, como lo hay de peste o de miedo en otras circunstancias. Reflejóse pues, sobre los pensamientos y las acciones más sencillas, aquella arrogancia marcial ingénita a la condición en que vivían los sitiados, y no escaparon las letras de la influencia del medio ambiente cuyas emanaciones sabían a pólvora.

Solicitado Figueroa por necesidades muy grandes, se abandonó a su espontánea pintura, con una verba y un lujo de dicción, que no había ostentado antes ni volvió nunca más a ostentar. Su empleo de Bibliotecario sin sueldo ni público leyente, y el que posteriormente le dieron de Tesorero General, en unos tiempos en que sólo la cortesía covachuelista podía suponer tal tesoro; sirvieron de espuela a su vena satírica, inspirándole romances y letrillas que no se pueden leer sin sentirse uno transportado a la época que las provoca, y darse por conocido con

los tipos a quienes clava el aguijón. Sin embargo, con ser de los más populares, no son estos trabajos los que han acarreado al poeta mayor fama, sea porque su tinte característico les contraiga demasiado a un teatro y época bastante lejanos de la nueva generación, sea porque doloridas aún las fibras de los que sufrieron en uno y otro bando, por acuerdo prudencial recíproco, se eche un velo sobre aquellos cuadros que pintan a lo vivo acontecimientos tan inolvidables. Es de creerse que hay de todo ello un poco, y algo también de extravío artístico en tal indiferencia hacia unas composiciones, que por ir vaciadas en romances y letrillas, pasan a los ojos de muchos como harto ligeras para llamar la atención pública.

Y esto no obstante, el Romance y la Letrilla, son los dos canales por donde corre copiosa y fácil la lengua española. Tomando esa forma poética, se desprende nuestro idioma de la pompa y hasta de la rudeza con que se auxilia en la Oda o la Octava real, menesterosas siempre del estruendo que producen las palabras fuertes al redondear una idea atrevida o un pensamiento sublime; así como de la acompasada entonación de la Décima y de la Quintilla, que si bien sirven para fijar en el vulgo ciertas ideas por la uniformidad musical de la estrofa, son también más adecuadas que ningunas para encubrir los defectos con el relumbrón de la sonoridad. En el Romance, muy al contrario, la índole misma de los asuntos que congenian con esa metrificación, dispone el verso a la dulzura, lo echa dentro de una corriente de afectos que ora lleven a la risa o al llanto, son siempre expresados con fluidez y conservan el encanto de una irreprochable unidad. Y algo

parecido sucede con la Letrilla, que como miniatura primorosa, es un auxiliar irreemplazable en ciertos casos.

Los que desprecian ambas construcciones, entienden que la sencillez de su atavío las hace demasiado vulgares, y tal vez harto claras para manifestar las ideas. Pero estos tales olvidan, que cuanto mayormente sencilla y fácil es la manera de expresarse, suelta la frase, claro y tocante el concepto de quien se expresa, tanto más largos y penosos esfuerzos intelectuales le ha costado la adquisición de ese método. Versificadas o no, las ideas en cuanto a su transmisión artística, están sujetas al mismo plan, diseños, toques y elaboración que todas las obras humanas. Incubadas en el espíritu, maduradas por la razón, corregidas por la experiencia, limadas por el gusto, salen a luz después de un trabajo que es tanto más grande, cuanto más se oculta a los ojos del público. De ahí que la difícil facilidad de decir claro, constituya el menos apreciado, a pesar de ser el más culminante de los recursos del arte literario.

Figueroa usó con éxito completo las dos formas de metrificación que motivan nuestro aplauso, en las composiciones aludidas. No tienen precio sus Romances de entonces a varios ministros, y las Letrillas de actualidad política con que satirizó diversos acontecimientos de la época. Dió también muestra de la fuerza que tenía para el Anagrama, haciendo varios en latín y castellano, en italiano y francés, tomados de nombres propios, como fueron los que envió al Papa Pío IX, y los que hizo a varios personajes del gobierno. Incapaz, con todo, de omitir ningún recurso aprovechable para la sátira, se valió también de los anagramas para aplicarlos a sus enemigos

políticos. He aquí entre otros, uno que dirigió al cónsul francés señor Pichon:

Le sage Consul Théodore Pichon!
Helas! est un cochon opilè d'orge.

El Sitio Grande había convertido a Montevideo en un centro literario de mucha importancia. Casi todos los hombres de letras argentinos, huyendo la tiranía de Rosas, se encontraban refugiados dentro de la ciudad sitiada, y ora en la prensa, ora en círculos y certámenes, propagaban sus ideas políticas y literarias con el crédito de un verdadero descubrimiento. Generación próbidamente instruída en las universidades y experimentada además en la vida pública, traían a este país aquellos hombres un cuantioso bagaje intelectual, y se acompañaban de una juventud todavía ignorada pero entusiasta, que siguiendo sus huellas y su ejemplo, venía a constituir una vanguardia intrépida siempre pronta a llevar doquiera el pensamiento y las aspiraciones de su tierra nativa. Figueroa se sintió atraído a este núcleo luminoso, del cual partían destellos afines con los que brotaban de su alma, y cultivó relaciones cordiales con los emigrados, que a la vez tasaron las suyas en alto precio. Florencio Varela le inspiró a él un respetuoso y acendrado cariño, y él inspiró a Juan María Gutiérrez aquella amistad tierna que más tarde se hizo pública con la profecía de que "si se hundiese Montevideo, el Cerro y Figueroa serían los dos rastros que asegurasen a las generaciones futuras su existencia".

El trato frecuente de tantos literatos y publicistas, a la vez que inauguró para Figueroa ese ar-

tístico vagabundaje al través de las imprentas, desde entonces costumbre de los que adolecen el prurito de escribir en esta tierra; despertó las aficiones que adormecía en su ánimo la falta de estímulos, llevándole a concluir y limar algunos de los trabajos de aliento hasta entonces involucrados entre el revoltijo de sus papeles. A este número pertenece con especialidad, el poema joco-serio *La Malambrunada,* cuyos esbozos nacieron en otro de igual género titulado *La Carlinada,* que escribió durante su estadía en San Carlos bajo la dominación portuguesa.

A todo rigor, *La Malambrunada* es una parodia, no porque plagie para ridiculizarlo algún trabajo de otro, sino porque ridiculiza una escuela y un estilo empleando la forma epopéyica con motivo de un asunto trivial. Malambruna, vieja viuda de irritadas pasiones, concibe la idea de formar una conspiración de sus congéneres contra el bando de las jóvenes hermosas, y adelanta los primeros pasos de su proyecto, convocando a reunión, por medio de un enjambre de brujas, a todas las que comparten sus odios contra la juventud y la hermosura. Concurren las viejas al local de la cita, y después de larga disputa, resuelven tener consejo en un bosque cercano. Las jóvenes, entretanto, inspiradas por Venus, se juntan a su vez, nombran por general a Violante, dan la batalla y derrotan a las viejas, que para ejemplo inmortal se vuelven ranas. Tal es el argumento de este poema, dividido en tres cantos, y abundante en situaciones cómicas y perfiles intencionados de muchos tipos montevideanos, que si no resultan más a las claras, tal vez se deba a la influencia ejercida en sus retoques por el mesurado consejo de Florencio Varela, a quien consultó sobre este punto

el autor, según reza una nota de su puño que aparece a medio testar en los originales.

En cuanto al fondo moral de la obra ¿por qué no decirlo? a nosotros no nos gusta. Toda tendencia a ridiculizar lo que es respetable, se nos antoja descomedida y aviesa; y siendo la ancianidad digna de respeto, mucho más en la mujer viuda cuyo desamparo inclina a la compasión, parece indigno del talento de un hombre, emplear sus armas mejor templadas en zaherir a quien no tiene más defensa que su propia debilidad. Cierto es que Figueroa advierte en algunos lugares de su poema, que no pretende insultar a las señoras respetables sino a las viejas casquivanas; pero ¿cómo distinguir la eficacia de esa excepción, en un cuadro que pone del lado de las casquivanas a millares de mujeres, mientras que en la felicitación a las jóvenes vencedoras sólo menta *cien* matronas? De todas maneras, ni el argumento ni su desarrollo, por original que el uno sea y por primoroso que el otro resulte, satisfacen a la crítica de buena índole.

Ya se deja entender, que si el ánimo del poeta encontraba oportunidad en tales asuntos para solazarse; su temperamento satírico, excitado por el ejercicio de la burla había de dar en otra forma el residuo que le dejaba semejante excitación. De ahí que coincida esa época con la de su mayor apogeo en el epigrama, instrumento de burlas en cuyo empleo supo rayar a grande altura. Jueces y médicos, abogados y mujeres presumidas fueron el tema común de sus ataques; sin que por eso se le escaparan otros tipos sociales, cualquiera que fuese su flaco.

Todo esto parece indicar que Figueroa tuviera un espíritu maligno, pero examinada su vida y re-

laciones sociales, no hay nada que autorice a tal afirmación. Porque generalmente la malignidad proviene de contrariedades mal sufridas, que van dejando en el alma como un sedimento de rencores, prontos siempre a rebullir y desbordarse contra el primero que se presente; y Figueroa no tenía, en cuanto se sabe de él, ninguna penalidad que le afligiese más allá de lo tolerable; mostrándose por lo contrario, tan alegremente resignado en sus pobrezas, tan respetuoso al hablar de los suyos, tan pródigo en elogiar a los principiantes y tan dócil al consejo ajeno, que ni envidia ni rencor se notan en las explosiones sinceras de su musa. El ánimo se inclina a creer pues, que muchas de sus sátiras son un resabio de las predilecciones de la antigua escuela española tan fecunda en ese género, que él se veía en el caso de imitar, mortificado por la esterilidad de un teatro, en el cual antes que vivir, vegetaba solitario, a vueltas con el fardo de una superioridad que le equivalía al tesoro que llevase sobre sí un hombre perdido en el desierto.

Por lo demás, si existiesen dudas sobre su resignación, las desvanecerían por completo los siguientes pasajes copiados del prólogo que puso a su *Diario Histórico* al donarlo al gobierno nacional: "Cuarenta años van a cumplirse después de concluída esta obra del Diario histórico del sitio de Montevideo, —dice— escrita día a día por mí, en la actualidad y en presencia de los sucesos; y posteriormente corregida y aumentada. Las diversas guerras que después de aquella época ha sufrido el país, y las largas conmociones políticas que le han agitado, han sido un obstáculo a su publicación, que además me sería muy dispendiosa... Hoy que la República mira

restablecida y afirmada su tranquilidad y ve en perspectiva un porvenir de progreso y de unión; hoy que he obtenido del gobierno constitucional que rige sus destinos, la honorífica jubilación de mi empleo de Tesorero General que muchos años he servido; he querido hacer a la patria la donación de mi pobre obra, fruto no bien sazonado de mi primera juventud; para que ocupando un lugar en la Biblioteca Nacional, sirva como de repertorio a los curiosos que quieran enterarse de los detalles, incidentes y sucesos diarios, de aquel memorable sitio llamado de los *veintidós meses*... El ilustre guerrero y patriota, Presidente actual de la República, se ha dignado aceptar con distinción honorífica mi ofrenda dedicada a la Nación; mandándola colocar en la Biblioteca *en lugar preferente* mientras llega la oportunidad de darla a la luz pública".

¿Será necesario decir, que ni aquel *ilustre guerrero y patriota,* ni los demás que le han sucedido encontraron hasta hoy esa oportunidad con que el poeta soñaba, cuando viejo y achacoso, depuso a los pies de la patria que tanto había amado, las primicias de su juventud aventurera y entusiasta? Pero de todos modos, lo que cumple a nuestro propósito demostrar, queda demostrado sin réplica. No tenía Figueroa malignidad crónica de espíritu, no le movía la vanidad ni le atormentaba la envidia. Sus sátiras, que por otra parte son en la casi totalidad impersonales, provenían más bien de resabios de escuela que de malevolencia propia. Además, todas las que se refieren a asuntos políticos entroncados con las contiendas civiles de su tiempo, llevan en los originales una marca, indicación de que no se

Semejante conducta vigoriza esa medida, por decirlo así de orden público, que establece para la producción literaria un proceso de nulificación tan regular como uniforme, siendo por lo tanto obvio que Figueroa haya caído dentro de *las generales* de la ley vigente, siquiera por razón de oficio y achaques de consanguinidad. Lo imperativo del mandato, empero, no llega hasta cerrar el paso a un discreto y natural curioseo; de modo que sin ofender las susceptibilidades de la época ni quebrantar sus exigencias disciplinarias, puede un mortal atreverse a ensayar el estudio de las producciones del viejo poeta y hasta aventurarse a abrir juicio sobre ellas. En tal supuesto y habiendo hecho ya lo primero, aprovechemos la oportunidad y el permiso para concluir por lo último.

En la formación de las nacionalidades, el primitivo arranque que constituye un hecho material, lo tiene la fuerza, conquistando la porción de tierra que una raza necesita para vivir independiente. Pero la sanción moral del hecho, su perpetuidad adquirible en la región de las ideas, lo provocan las letras, historiando, comentando, justificando la expropiación de aquello que el heroísmo arrebató en el campo de batalla. Entran pues en toda operación de esta magnitud, como elementos esenciales y recíprocamente complementarios, la fuerza que anonada y la que levanta el ánimo, la que se impone sin dar razón de su autoridad, y la que busca la autoridad del espíritu para explicar la razón de sus actos. Planteada así la cuestión —que tampoco puede plantearse de otro modo— en el caso concreto de nuestra independencia nacional, Artigas y sus compañeros, Lavalleja y los suyos, son la fuerza inicial, la causa

generadora de nuestra existencia libre; y Figueroa, es la fuerza moral propagadora de las excelencias de ese hecho. Aquéllos en las armas y éste en las letras, complementan el acto, entregándolo a la posteridad rodeado del esplendor del heroísmo y garantido contra el olvido de los hombres.

Y aquí no hay hipérbole. En todas partes del mundo acontece, que las letras salvan del olvido a los pueblos y a sus héroes. ¿Quién sabría hoy nada de unos cuantos reyezuelos oscuros de la antigua Grecia disputándose una ciudad aún más oscura llamada Troya, a no ser por Homero? Pues en la misma línea de probabilidades, nosotros no tendríamos el pensamiento auténtico de lo pasado a no haber existido Figueroa para transmitirlo a la posteridad, con todo el sabor de simpatía o tirria, de entusiasmo o desencanto que inspiran los acontecimientos ocurridos en el país natal a sus propios hijos. Apartando pues, toda otra consideración sobre mérito literario, desde luego Figueroa tiene el muy grande de haber sido el fundador de nuestra literatura.

Los defectos de carácter con que su personalidad se destaca, no amenguan en nada los títulos que tiene conquistados a la gratitud pública. Porque si excepción hecha de los portugueses, cantó a todos los mandatarios desde Carlos IV hasta Berro, y aplaudió a todas las situaciones según les soplaba el aura veleidosa de la popularidad; debe tenerse presente que vivió en los tiempos más difíciles que el país haya tenido, trabajado su ánimo por inquietudes sin cuento, y sin poder formarse un criterio acabado en materias políticas que nunca constituyeron el fuerte de sus miras. Educado bajo la dominación española y en el gremio aristocrático que era el nervio de la so-

ciedad colonial, se encontró perdido y aislado luego que la Revolución le arrancó de aquellos vínculos, para lanzarle en medio de una sociabilidad dislocada por banderías irreconciliables, que trastrocaban las profesiones y los papeles, convirtiendo en hombre político y en soldado a todo ser viviente, y exasperando los odios por la culminación de responsabilidades que dictaba sin réplica el capricho de los partidos. Pero nunca su pluma se vendió al que más diera, ni su estro se cebó en la desgracia del hermano vencido; que en él las veleidades fueron flaqueza de ánimo, y no manantial de lucros y provechos.

De cualquier punto de vista que se miren sus cambios de opinión con respecto a los hombres, contémplase íntegro en el fondo su amor a la patria, cuya suerte le preocupó siempre, en la buena como en la mala fortuna, sin reticencia que deje lugar a la duda. No se explica de otra manera su dedicación incansable al estudio, que ninguna compensación brillante podía darle, a menos que no fuese la esperanza de deponer sus frutos, dentro de las perspectivas de un porvenir lejano, en el altar literario que pudieran levantar generaciones que no habían nacido. Y bajo los nobles dictados de esta aspiración, no cabe duda que trabajó sus mejores obras, trazando de paso algunas de las pocas líneas artísticas que presenta el cuadro histórico de su tiempo, e implorando con ellas una justificación de su persona, digna de no pasar inapercibida entre el torbellino de tantos sucesos. La posteridad le tendrá en cuenta, debemos esperarlo, servicios tan señalados; y cuando suene tranquila y vibrante la hora de las grandes recompensas nacionales, su estatua se alzará entre las de los más

ilustres campeones de la Independencia, por que él también contribuyó a conquistarla.

En otro sentido, la generación actual tiene mucho que aprender de este poeta, cuyas facultades intelectuales disciplinadas en profundos y clásicos estudios, le dieron fuerza para mantenerse solo en la escena, a despecho de la intransigencia de una época reñida con toda especulación literaria. No que nosotros pertenezcamos exclusivamente a ninguna de las escuelas que hoy se disputan el campo en el mundo, pero sería futilidad negar que son esfuerzos vanos los de aquéllos que luchan por producir algo notable, debatiéndose contra la pobreza de un bagaje vacío, y meramente confiados en los prodigios de una imaginación calenturienta. Si Figueroa se hubiera encontrado en este caso, sus producciones no habrían rayado más allá de lo que rayaron las de ciertos payadores, de cuyos vestigios se encuentra alguno que otro rasgo en el *Parnaso Oriental;* pero precisamente les superó y se impuso porque tenía ligaduras de sobra con que maniatar a *la loca de la casa,* para conducirla en vez de dejarse conducir por su capricho.

Propiamente no pertenece Figueroa a una escuela determinada, pues si bien clásico por sus estudios, aparece ecléctico en el curso de su vida, tomando asunto para la inspiración doquiera que pudo encontrarlo. Realista en las *Toraidas,* romántico en algunas de sus composiciones amatorias, vació en forma clásica sus poesías religiosas y muchas de las festivas y satíricas. Esto demuestra que el estudio no es jamás un obstáculo a las disposiciones del ánimo, sino que las afina y templa, corrigiendo los extravíos idio-

sincrásicos, pero nunca matando las vocaciones características. También cuando es concienzudamente hecho, tiene el estudio la ventaja de no inducir la inteligencia a imitaciones serviles, sino que facilitando la asimilacion, da al poeta y al escritor, fuerza de estilo, vigor de expresión, riqueza de imágenes, y en suma, un lote precioso con el cual viste sus ideas sin plagiar las ajenas.

De estas condiciones, digámoslo por comprometido que sea enunciarlo, carecen en su mayoría los literatos uruguayos. Nuestra literatura no es todavía lo que puede llamarse una literatura nacional. Subyugada por la autoridad de los modelos del romanticismo europeo que ella se ha dado, sus producciones se asemejan más bien a una planta de invernáculo mañosamente conservada por el artificio, que a la flor lozana, de nacimiento espontáneo, cuya vida se vigoriza por los ardientes rayos del sol. Ese espíritu de imitación tan pronunciado, y esa escasez tan grande de verdadera originalidad, es lo que postra a las letras uruguayas, pues las obliga a falsificar el sentimiento nacional, lanzándolas en las corrientes de una inspiración ajena a los deseos populares. El pueblo que no se ve retratado, ni se siente aludido en sus instintos por los poetas o los prosistas que se dicen sus hijos, les abandona a la indiferencia, pues ni los entiende ni le conmueven. Condenado a escuchar decepciones mentidas, o cánticos triunfales a episodios que no conoce, mal se aviene a discernirles un aplauso que sólo podía arrancarle la interpretación de sus sentimientos propios, el culto de sus héroes, la traducción de sus aspiraciones íntimas.

La poesía, sobre todo, vive una vida precaria en el país por excelencia poeta. Nuestros bardos —ha-

blamos de los románticos puros— se admiran de encontrar el vacío a su alrededor, después que han preludiado en su lira magníficas reminiscencias de Byron, Víctor Hugo y Lamartine; pero no caen en cuenta que ese vacío es hijo de la ausencia de toda solución de continuidad entre el sentimiento del que canta y el alma de los que escuchan. Es necesario el cielo nebuloso de la Inglaterra y la opulencia de un lord desencantado, para entender a Byron; Víctor Hugo requiere frente a sí un pueblo oprimido y un Bonaparte, para que sus inspiraciones conserven todo el vigor de la oportunidad; y el cortejo de Lamartine deben formarlo dos grandes aspiraciones contrariadas, a saber: los recuerdos monárquicos de la infancia y las esperanzas republicanas de la virilidad, batallando sobre un espíritu destrozado por la duda. Transportar, pues, semejantes escuelas literarias que traducen la situación típica de sociedades envejecidas, al seno de un pueblo joven; pastor y andariego en su mayor extensión, belicoso y aventurero por la naturaleza de su condición profesional, varonil por sus ejercicios, crédulo por su mocedad; es un error craso.

Destarando a Magariños Cervantes que ha hecho algunos esfuerzos dignos de loa por nacionalizarse, y a Zorrilla de San Martín que después de darnos en su *Leyenda Patria* la profesión de fe patriótica de la generación actual, nos promete con *Tabaré* el arquetipo del poema épico uruguayo, los demás hombres de reputación formada, han desdeñado inspirarse en motivos que creen bajos, o los han desnaturalizado al versificarlos; y si algunos jóvenes hacen tentativas hoy para dar a la inspiración poética un giro nacional, ni esa empresa ha pasado los límites

de cuadros campestres en los cuales se pone en boca del gaucho una jerigoza que él no habla, ni el público ha protegido tales manifestaciones que cuando menos anuncian las primeras armas en favor de una independencia literaria. El estacionamiento de nuestra poesía, pues, es un hecho evidente, que se constata con la lectura de nuestro mejores poetas la forma y el fondo de sus producciones, el sentimiento que las dicta, y hasta el ideal a que aspiran, no es nuestro. Buscad en medio de todos esos versos, un destello del heroísmo clásico de los charrúas, o del ansia de libertad que fermenta en el espíritu del gaucho, o la reminiscencia del sordo retumbar del Océano que baña nuestras costas, o la impresión causada por el aspecto de los desiertos campos cuyo vacío interrumpe alguna cruz que indica el sepulcro de un semejante, o la aglomeración de piedras que denuncian un campamento prehistórico, buscad, que buscaréis en vano. Hermosos versos, bellas armonías, cadencia, inspiración, todo eso encontraréis; pero en todo eso echaréis de menos a vuestro país que no es el que os pintan.

La importancia de Figueroa está precisamente, en que es uruguayo siempre. Hay algo local, característico, peculiarmente nuestro, en su estilo, en sus giros, en todo lo que ha producido. Sobre sus páginas parece advertirse el reflejo, o la estratificación, si así puede decirse, de lo que nos es más habitual y querido. Son nuestros conocidos, nuestros amigos, nuestras costumbres, nuestras veleidades, nuestros devaneos los que pasan al través de esos millares de versos suyos que leeremos con mayor o menor buena voluntad, pero que no podremos dejar de leer una

vez emprendida la tarea de ojearlos. Lástima grande que el aserto no pueda ponerse a prueba por todos, supuesta la reclusión a que se hallan condenadas las obras del poeta; pero si a reparar tamaña injusticia pueden contribuir en algo estas líneas, recíbelas ¡oh maestro! como un tributo merecido a tu memoria!

DIÓGENES Y SUS IDEAS

De todos los varones célebres cuyo nombre rememora la historia pagana, ninguno como Diógenes se atrevió a llevar tan lejos el desprecio de sí mismo y de las flaquezas de los hombres, ni tampoco hay ejemplo de que tuviera rivales en la circunstancia original de reducir a hechos prácticos las últimas conclusiones a que le arrimaban sus principios. Contrariado en temprana edad por los reveses de la fortuna, proscripto como ciudadano, prisionero de unos piratas que le vendieron, abofeteado en las plazas públicas por los jóvenes ignorantes a quienes contradecía en sus disputas, burlado y temido a la vez, parece que su carácter se modeló en el sufrimiento, y no encontrando en la soledad de su corazón medios de lucha adecuados con que afrontar la hostilidad social, concluyó por refugiarse en el desprecio. Mientras el lujo y la elegancia constituían en Corinto y Atenas el flaco de la época, él se presentaba ante la aristocracia de estas ciudades casi desnudo, con la cabeza descubierta y los pies descalzos. Llevaba por lo común una linterna en la mano, diciendo que buscaba un hombre, porque no lo eran los que hasta entonces se apropiaban ese título. Habitaba generalmente den-

tro de un tonel. Solía pedir limosna a los transeúntes y se abstenía de comer en los grandes convites, a los cuales asistía hambriento por el placer de contrariarse. En verano revolcábase sobre la arena caliente y caminaba sobre la nieve en invierno. Todo lo que la sociedad hacía en holocausto al buen parecer, o aparentaba no verificarlo por respeto a los preceptos convencionales establecidos, él lo efectuaba en sentido contrario. Hasta los placeres que el decoro humano ha relegado en todos los tiempos a la oscuridad del misterio, los gustó a la luz del sol y en medio de la calle.

Era aquella época el siglo de oro de la filosofía griega, y también el de la decadencia nacional. Todo moría en Grecia, menos las letras, empeñadas en proteger de futuras profanaciones a la patria expirante, con el atavío de un artístico sudario. Ningún esfuerzo economizaban los escritores ni los oradores, para asimilarse cuanto pudiera aumentar su nutrición intelectual, y viajaban a los países extranjeros estudiando sus monumentos, y copiando de sus tradiciones religiosas las singulares mitologías, que hoy nos parecen originales porque están embellecidas.

Entre los pueblos que sirvieron de refugio a esos peregrinos de la idea, se contaban muy particularmente la Persia y el Egipto, manantiales de teogonía y ciencia profana, que la fecundidad griega explotaba con el arte consumado de sus clásicos procedimientos. Pero cuando esos manantiales se agotaron, y las burdas deidades del Oriente transformadas en seductoras ninfas y alados mancebos no pudieron ya satisfacer la sed de creencias que devoraba al más artista de los pueblos; encamináronse sus hombres de pensamiento hacia las regiones de Israel

y Judá, en cuyas ciudades aprendieron una nueva doctrina que debía cambiar los fundamentos del saber posible. Desde entonces datan las disquisiciones filosóficas que se remontan hasta la existencia de un Dios único para todo lo creado, y de un alma inmortal para cada ser humano. Los autores de esa transformación en la marcha del pensamiento —Sócrates, Platón, Aristóteles— arrancaban el aplauso de las gentes admiradas de su original profundidad; hasta que en el correr del tiempo, no faltaron hombres de ilustración como Numénio, que habiendo bebido en las mismas fuentes, se atreviese a decirles: "no sois otra cosa que Moisés hablando en griego". Y no era otra cosa, en efecto, aquella filosofía griega del siglo de oro, que el reflejo de la doctrina mosaica subrepticiamente trasplantada de las páginas del *Pentateuco* a los libros y discursos del paganismo arrepentido.

Mas como quiera que fuese, la novedad de las doctrinas y el ansia de llegar a la concepción de ideales superiores, promovían en las clases ilustradas de la Grecia un entusiasmo filosófico, comparable en extensión al entusiasmo bélico que había estimulado el ímpetu de sus mayores contra los persas. Atenas y Corinto, disputándose el hospedaje de los maestros, atraían a su centro cuanto había de ilustre, no sólo en el Peloponeso y la Helade, sino en las más apartadas regiones del Oriente, de donde salían los sabios a complementar su instrucción con largos viajes. Y este flujo y reflujo de aptitudes, que aumentaba el auditorio de las escuelas y el número de los cultores del arte; daba a las dos ciudades griegas, en las estaciones del año en que más propicio era su clima al

extranjero, toda la fisonomía de un espectáculo popular interminable.

En medio de este movimiento aparecía Diógenes, desaliñado y sucio, reñido con todos los maestros, y pretendiendo serlo él mismo. Había nacido en Sínope, ciudad del Asia menor en la Paflagonia, hacia el año 413 antes de J. C.. Acusado su padre como falsificador de moneda, se vió en la necesidad de huir con él, albergándose en Atenas para esquivar persecuciones. La mala fama que aquel accidente arrojó sobre su nombre, le hizo objeto de la animadversión pública siempre injusta en achacar a los hijos las faltas de los padres. Ansioso de instruirse, quiso desde luego entrar a la Academia para oír las lecciones de los filósofos, pero no fué admitido hasta después de una larga lucha contra todos. Enseñaban entonces Platón y Antístenes, ambos discípulos de Sócrates, que por tan diversos caminos debían buscar la verdad. Platón levantando la idea de una justicia eterna, ansiaba la regeneración de los hombres por la virtud; que en su concepto se componía de cuatro elementos sabiduría, valor, templanza y probidad. Antístenes caminando sobre estas huellas, exageraba empero las conclusiones finales; estableciendo que la virtud era la abstinencia que nos independiza de las cosas externas, y aconsejando que se viviera según la naturaleza, estado el más perfecto como que provenía de Dios inmediatamente.

Diógenes se prendó de la doctrina de Antístenes, tal vez porque el estado de su espíritu le inclinaba a volver sobre la sociedad el severo tratamiento de que ella le había hecho objeto. Esforzándose en agradar a su maestro que no le miraba bien, y venciendo al fin su tenacidad, le obligó a que le comunicara sus



principios. En posesión ya de los secretos de la escuela, no le pareció decisivo el objeto de aquella enseñanza, por manera que si Antístenes quería ostensiblemente corregir las pasiones, Diógenes comenzó a madurar el plan de destruirlas. Entre tanto la escuela de Antístenes se cerró a tiempo de que todos empezaban a recordar la frase con que Sócrates le había satirizado cuando le dijo: "Te descubro la vanidad, por entre los agujeros del manto".

Cerrada aquella escuela, quedó Diógenes en aptitud de ensayar una enseñanza tal cual se avenía a sus deseos, pero bien pronto los sucesos más raros le apartaron de su vocación para sumirle en nuevas desgracias. Dióse a viajar, según unos para instruirse, y según otros por motivos políticos; pero como quiera que fuese, resultó que al dirigirse a Engina le capturaron unos piratas vendiéndole al corintio Jeníades, quien le confió la educación de sus hijos. Cumplido el aprendizaje de los jóvenes, sea porque hasta allí llegase el compromiso contraído, o sea porque su talento profundo y su carácter festivo le allegasen simpatías, tuvo libertad de elegir el sitio de su residencia y determinó pasar los inviernos en Atenas y los veranos en Corinto. Entonces comenzó a extenderse la noticia de su fama y empezaron a celebrarse los dichos agudos, intencionados, originales, que brotaban a cada instante de sus labios. Sin tener propiamente un local donde enseñar, se le veía en el pórtico de los templos, en los caminos y en las plazas, seguido generalmente de grupos de gentes que le provocaban con argumentos y objeciones inesperadas, a fin de aprovecharse de sus respuestas. Unas veces le festejaban y otras le insultaban y golpeaban, pero él recibía con

la misma tranquilidad los aplausos como los insultos y los golpes.

El ejemplo que presentaba a sus discípulos era su propia individualidad: "pobre, errante, sin patria ni asilo, —decía— oponiendo el valor a la fortuna, la naturaleza a las leyes, la razón a las pasiones". El hombre ideal que él se había forjado, no lo hallaba sino en sí mismo, pero creía que los espartanos estaban en camino de llegar a igualarle, así es que refiriéndose a ellos, dijo un día: "No he visto hombres en ninguna parte, pero he visto niños en Lacedemonia". Y otra vez que venía de allí, le preguntaron en la plaza de Atenas: "¿De dónde vienes?" a lo que respondió: "Del aposento de los hombres al de las mujeres". Esta dureza era la que le granjeaba a par de muchos admiradores, una buena cantidad de enemigos. Pero él buscaba el bullicio y el gentío para despacharse a su gusto, pues careciendo de local fijo para escuela y hallándose poco avenido a escribir libros, necesitaba un auditorio que le oyese y que grabase en el fondo del alma las máximas que arrojaba a manos llenas entre chistes sangrientos. Gustaba de las definiciones exactas y de las demostraciones por ejemplos, así es que cuando Platón definió al hombre diciendo "que era una animal de dos pies y sin plumas", Diógenes salió del recinto en busca de un gallo, le desplumó, y volviendo a la escuela le arrojó en medio de los circunstantes, exclamando "ved ahí el hombre de Platón", de lo cual sonrió hasta el mismo maestro.

La extensión de su fama, hacía cada vez más crecido el séquito de sus acompañantes y la multiplicidad de las respuestas que le obligaban a dar. Algunas de ellas han sido tan célebres, que la tra-

dición las ha conservado. Preguntóle cierto individuo. "¿cómo me vengaré de mi enemigo?" "siendo más virtuoso que él", le replicó. Otro le dijo para satirizarle: "te dan muchos nombres ridículos" y él respondió, encogiéndose de hombros: "pero yo no los tomo". Aludiendo a las faltas de su padre, le gritó un maldiciente· "Tú eres de Sínope, pero los vecinos te obligaron a salir de la ciudad" — "y yo les he condenado a quedarse en ella", dijo Diógenes. Un extranjero nacido en Minda, pequeña ciudad de puertas muy grandes, le preguntó qué le había parecido su pueblo: "He aconsejado a sus habitantes —respondió el filósofo— que cierren las puertas para que no se les escape". "¿Por qué te llaman perro?" —le preguntó un parásito—. "Porque acaricio a los que me dan de comer, ladro a los que me lo niegan y muerdo a los pícaros". "¿Y cuál es —prosiguió el parásito— el animal más dañino?" —"Entre los animales salvajes el calumniador, y entre los caseros el adulador" También sabía animar a la virtud y humillar la audacia. A un joven a quien le salieron los colores a la cara por haber oído de uno de sus amigos una expresión obscena, le dijo "¡ánimo hijo mío! esos son los colores de la virtud". A otro joven que le dió una bofetada, le replicó sin inmutarse. "¡Muy bien! me enseñas una cosa, y es que necesito un casco!"

Era parsimonioso en sus resoluciones, pero sabía revestirlas de un significado tan oportuno que moralizaban. Hallándose dentro de una ciudad griega sitiada por un grande ejército, dijo que todos debían trabajar para defenderse, y a fin de predicar con el ejemplo dió una vuelta al tonel dentro del cual acostumbraba a albergarse: la ciudad se entusiasmó. Cuando Alejandro se presentó en Corinto, tuvo oca-

sión de darle la lección más grande que nunca haya recibido un déspota. Venía el macedonio engreído por su creciente fortuna: había puesto de su parte a los tesalos, convocado a la asamblea de la Hélade que le nombró jefe supremo de los griegos, aterrado a Tebas y a Atenas, humillado a Demóstenes, y hecho asesinar a Atalo el insultador de Filipo. Sabiendo que Diógenes estaba en Corinto, se hizo conducir hasta el sitio donde tomaba el sol en el tonel que le servía de morada. Púsose delante del filósofo, y dirigiéndole la palabra, le dijo: "Soy Alejandro, puedo darte lo que me pidas ¿qué quieres de mí?" "Que no me quites el sol" le replicó Diógenes sin mirarle. Y es fama que el déspota corrido por aquel supremo desdén, exclamó: "A no ser yo Alejandro, quisiera ser Diógenes".

Una consecuencia de ideas tan ejemplar y un carácter tan firme que predicaba con el ejemplo, dieron necesariamente a Diógenes influencia bastante para formar una escuela. Zenón y los estoicos son los herederos de su doctrina y los continuadores de su propaganda, que reasumieron en estas palabras adoptadas por lema filosófico: "Soporta y abstente". Bien que se haya combatido a los estoicos por haber predicado la indiferencia que mató el sentimiento de la libertad y de la patria, declarándose *ciudadanos del mundo* y absteniéndose de inmiscuirse en las evoluciones de la vida popular, no es a ellos solos a quienes conviene acusar de este error, sino a la índole de la filosofía de aquellos tiempos. Sócrates y Platón se habían denominado también ciudadanos del mundo; y el último de estos filósofos había enseñado el menosprecio de las instituciones nacionales, que es

siempre precursor de la ruina de los pueblos. Diógenes tiene en su propia vida una circunstancia atenuante que explica la indiferencia para con su patria nativa: arrojado de su país por culpas ajenas, convertido en ludibrio público por causa de aquella proscripción que decidió de su suerte, no podía el filósofo levantar con honor el nombre de un pueblo que le recordaba su deshonra, y era causa eficiente de la inquina social de que se sentía a todas horas víctima.

Pero no se puede negar a Diógenes la influencia que ejerció sobre la literatura griega, presentando a los sabios de su tiempo el ejemplo vivo de todas las conclusiones que sus principios le precisaban a aceptar; y volviendo el sentido propio a las palabras y el significado exacto a las ideas, bastante conturbadas ya por algunos delirios y especulaciones más ingeniosas que aceptables de Sócrates, Platón y sus adeptos Diógenes inauguró el reinado de una filosofía que aspiraba a comprobar los principios por los hechos, y que deseaba ensayar la capacidad resistente del hombre sometiéndole a las últimas pruebas antes de discernirle el dictado de filósofo. Operando sobre el espíritu de una sociedad pervertida, enseñó el desprecio al lujo y a las comodidades, el desdén para con los poderosos, y la resistencia a toda preocupación arraigada. Singular efecto debió causar sin duda esta doctrina, en un pueblo que como Atenas se había deslumbrado ante el lujo y las disipaciones de Alcibíades, se preparaba a erigir trescientas sesenta estatuas a un tirano extranjero, y se creía hijo de los dioses. Ridiculizadas las virtudes antiguas, Diógenes no tenía como Solón una multitud joven y entusiasta sobre quien influir, sino una sociedad gastada que ahu-

yentando como un recuerdo enojoso los tiempos de Arístides, se echaba muellemente en brazos de Alejandro.

Por otra parte, los dos grandes filósofos cuyas doctrinas alcanzaban mayor boga, se perdían en conjeturas muy perjudiciales. Sócrates había hablado de un "demonio familiar" o "genio especial e independiente" que inspira al hombre, lo cual era como concedernos dos almas. Platón había perdido su tiempo en escribir el plan de una *República* cuyas reglas de gobierno eran tan absurdas como las visiones de un maníaco. Era necesario atacar de frente estas dificultades, con tres grandes argumentos prácticos, a saber: 1º probando la unidad del espíritu, por la exhibición de una voluntad sin límites para resistir a las pasiones; 2º estableciendo netamente la imposibilidad de dar un vuelco a las bases primordiales de la sociedad, desde que reducidas las necesidades del hombre a su expresión mínima todavía requería éste el concurso social para vivir, y 3º que las leyes no reforman nada, mientras no representen las costumbres, las tendencias y la índole de los pueblos en que se establecen. Esto es lo que consiguió Diógenes con su propaganda: hasta las exageraciones de que se valió no hicieron más que robustecer sus principios.

Advirtamos de paso, que esto también era todo lo que podía dar el paganismo, del cual es Diógenes uno de los representantes más conspícuos. Porque cuando el mundo se apartó de la Revelación para entregarse a la idolatría, dejando únicamente a los hebreos el concepto cabal de la Divinidad, y por lo tanto, la clarividencia de los primeros principios; cayó sobre el espíritu humano como una techumbre

que atajaba toda luz; y no pudo la reacción filosófica, a pesar de sus esfuerzos, disipar totalmente las sombras de aquella oscuridad. El estoicismo, siendo indisputablemente la más austera de las concepciones del paganismo, por la rigidez de su moral y el vigor de sus tendencias, no llenaba sin embargo las aspiraciones secretas de la humanidad, ni podía regenerarla. Prueba de ello es, que cuando pasó de doctrina filosófica a procedimiento político elevándose al trono con algunos de los emperadores romanos, persiguió duramente al cristianismo, lo que demuestra que le era contrario. Así pues, los esfuerzos de Diógenes empeñándose en hacer viables sus propósitos, no debían alcanzar el resultado que él se esperaba, por más que encarrilasen las ideas de su tiempo, y prepararan por la iniciación de la doctrina estoica, el asilo a que se refugiaron muchas almas fuertes del mundo antiguo.

Además, aquella sencillez brutal de porte, máximas y conducta, trajo necesariamente una reacción en el estilo figurado, en la cargazón retórica y en las exageraciones melindrosas que comenzaba a afectar la literatura griega. Perdieron las letras en adorno lo que ganaron en profundidad. Un estilo sencillo, conciso y descarnado sucedió al estilo ampuloso en usanza A las digresiones vagas y nebulosas con que comenzaba Platón sus escritos, reemplazaron los argumentos claros de Aristóteles, que se hace dueño de su asunto a la primera palabra, diciendo todo lo que debe decir y nada más de lo que debe decir. La dignidad histórica que andaba proscrita desde Tucídides, empezó a presentir a Plutarco. Combatidos los estoicos en su sistema filosófico, fueron sin embargo imitados en la sencillez de la expresión, en el toque

varonil de los escritos y en la concisión apotégmica del discurso. Salvóse la literatura griega del escollo de la pedantería que ya comenzaba a invadirla con sus mejores maestros, pues Isócrates solo, había empleado diez años en pulir su panegírico de Atenas, resultando un discurso amanerado lo que en sus comienzos era una obra maestra.

La elocuencia hablada recibió igual impulso que la elocuencia escrita. Callaron los sofistas muchas veces ante la palabra espléndida de Demóstenes, y ante el razonamiento grave e intencionado de Foción. Este último orador sobre todo, estoico puro sin saberlo, por su austeridad de vida y de lenguaje, consiguió triunfos sin ser nunca aplaudido de sus oyentes. Quiero referir por cuenta de Plutarco que la ha narrado, una anécdota que le concierne. Defendía Foción en cierta ocasión un dictamen como todos los suyos, opuesto al de la generalidad, pero fué tanta su elocuencia, que el pueblo rompió en frenéticos aplausos. El orador se volvió entonces a sus amigos, y en tono de admiración les dijo: ¡Si habré yo propuesto sin advertirlo, algún desatino! Este rasgo prueba a qué punto habían llevado los sofistas la elocuencia de la tribuna, y cuán necesario fué que el estoicismo o el *cinismo* como se le llamaba entonces, desalojase de tan elevados puestos a la pedantería amanerada, que había dado en estipular precios para venderse mejor a los enemigos de la patria.

Admira en verdad, que reconociéndose en Diógenes al promotor de esta revolución, suene tan poco su nombre en los libros y en los discursos de aquel tiempo, de tal suerte que no parece que fuesen sus ideas las que triunfasen; pero es de advertir que siendo este filósofo un revolucionario, convenía a

todos echar un velo sobre su nombre, por más que se sintiesen arrastrados a sus principios. Por otra parte, él mismo se había cerrado el camino de los puestos políticos por la extravagancia exagerada de sus procederes, y los ciudadanos encargados de discernir los honores, no habían de dárselos a quien hacía tan público desprecio de sí mismo y de los hombres de su tiempo. Pero los hechos demuestran que su fama era superior a los inconvenientes que se oponían a extenderla, porque de otro modo no hubiese Alejandro empeñádose en visitarle, ni las sentencias unas veces amargas y otras chistosas que profería como de paso, hubieran vivido en la tradición y estrechado relaciones con la posteridad. Sólo a los hombres ilustres les es permitido dejar memoria de sus acciones sin escribirlas, y Diógenes lo era.

Su escuela filosófica se titulaba *la escuela cínica:* una casualidad hizo que cambiara de nombre, cuando Zenón empezó a enseñar bajo un pórtico llamado en griego *estoico.* El tiempo tambien contribuyó a que el plan de la enseñanza cambiase, y así que Zenón y sus discípulos se apercibieron de que el estoicismo no hacía fortuna como doctrina política, lo propagaron como doctrina moral para consuelo de las almas austeras. Tal vez disuene al oído la palabra austeridad acompañando al nombre de la escuela de Diógenes, pero cumple advertir, que la extravagancia de este filósofo jamás pasó de ciertas acciones; pues corre como opinión muy válida que sus costumbres íntimas eran puras, y que nunca se entregó a la disolución, ni hizo escarnio de la verdadera virtud. Quería sí que los hombres fueran virtuosos por la resistencia al sufrimiento, y como la juventud ateniense y corintia no se atrevía en su afeminación a

emprender un ensayo tan atrevido, Diógenes la provocaba a corregirse poniendola por espejo al hombre de la naturaleza, que aspiraba a representar por sí mismo.

Las ideas religiosas de Diógenes no están bien definidas. Es indudable que no tenía una visión tan clara de la existencia de Dios como Sócrates; pero tampoco una idea tan antifilosófica y binaria del espíritu como Platón, quien enunció la doctrina apropiada en nuestros días por Kant sobre *las formas* o preexistencia del alma antes de unirse al cuerpo. Pero Diógenes creía en la fuerza de la razón, del valor y de la virtud, dotes que provienen del espíritu. Sus discípulos reconocieron una ley universal y superior que gobierna al mundo, y una sustancia única y material que encierra el principio activo de la vida del cuerpo. Como las escuelas filosóficas de la Grecia dividían su enseñanza en dos cursos, el uno llamado *esotérico* y que sólo se comunicaba a los iniciados, y el otro titulado *exotérico* que se enseñaba al vulgo, no tenemos el verdadero punto de partida para juzgar de las ideas capitales que constituían el fundamento de la enseñanza estoica. Añádase a esto que Diógenes no escribió nada, y que los escritos de Zenón se han perdido.

La crítica investigadora de nuestros tiempos, se preguntará sin duda ¿qué hubiera ganado la Grecia, si Diógenes en vez de encarrilar las ideas literarias de su tiempo, hubiese triunfado en el terreno político inaugurando un sistema nuevo? Aunque la respuesta sea difícil, debe darse. Cuando las sociedades retrogradan desde la cumbre de la civilización hasta la sencillez de los días primitivos, el gobierno cae en manos del más fuerte. Por un efecto contrario,

cuando la civilización llega a su auge y las costumbres se pervierten sin dejar esperanzas a una regeneración profícua, el gobierno cae en manos del más corrompido. Colocada la Grecia pues, en la disyuntiva de sucumbir por la corrupcion o regenerarse por la revolución, prefirió lo primero aceptando a Alejandro, antes de aventurarse en lo último que era lo que le ofrecía Diógenes. Este proceder por otra parte era lógico. La sociedad griega había gastado sus fuerzas sin llegar a una solución definitiva de gobierno, y se hacía tarde ya para emprender esta reforma que no pudo llevarse a cabo ni en los tiempos de la grandeza. Era justo que pereciera Diógenes, donde no habían sabido triunfar ni Temístocles ni Epaminondas.

Presenta el fondo del carácter de Diógenes una integridad y un sentimiento griego equivalente al patriotismo, que desmienten muchas de las acusaciones que se le hacen. Bien que ese patriotismo sea griego y no *sinópico,* y a pesar de que su integridad fuera hija de su desprecio a los goces; no por eso se han de tener en menos estas dos manifestaciones de su espíritu. Es fama que tomó parte en las desgracias de Atenas, batiéndose como soldado en Queronea contra Filipo de Macedonia Es de irrecusable verdad que despreció las ofertas y los donativos de los poderosos, y mientras Aristóteles aceptaba de Alejandro 800 talentos para comprar una librería, Diógenes le pedía que no le quitase la luz del sol. Conviene tener presentes estos ejemplos, para juzgar del fruto de su enseñanza. Pueden atribuírsele muchos defectos a su escuela, pero no se negará que en último resultado ella se proponía crear hombres, y esto es ya suficiente para mirarla con algún respeto.

El mismo Diógenes tuvo ocasión de decirlo en la plaza pública, cuando le preguntaron cual era el fruto de su filosofía: "Viéndolo estáis —respondió—: hallarme dispuesto a todo".

Platón alimentó siempre una enemistad muy pronunciada contra Diógenes verdad es que Platón era muy desabrido con los que no se dejaban guiar por él. Como el crédito de Diógenes llegó a eclipsar en muchas ocasiones al suyo propio, vivía fastidiado de saberlo. Para reputarle de iluso, dijo un día señalándole: "Éste es Sócrates delirando". Otra vez, como que un corrillo le compadeciera porque estaba recibiendo sobre la cabeza el agua que caía de lo alto de una casa, Platón que acertó a pasar por allí dijo a los circunstantes: "¿Queréis que le sea útil vuestra compasión? pues haced como que no le veis". Ya sabemos, empero, que Diógenes respondía a esta sátira de palabras con sátiras vivas, como la del gallo desplumado. Era imposible por lo tanto, combatirle con el ridículo, porque él tenía el don de ridiculizar a todos, sea humillándoles con su paciencia, sea reduciendo a la última expresión la parte falsa de sus doctrinas. Apercibido constantemente a la lucha, jamás le cogieron sus enemigos en disposición de no poderles hacer rostro. Era la ironía eterna clavada en el corazón de aquella sociedad corrompida, y mofándose de las debilidades que no podía destruir.

Las raras pruebas a que se entregaba y el continuo vagar de sus excursiones, fortalecieron su temperamento permitiéndole gozar de buena salud y larga vida. Indiferente al sol, al frío, a las lluvias y a la nieve, nunca triste, a lo menos en la apariencia;

alternativamente irónico o humilde pero en ningún caso apocado, podía reconocérsele por las ásperas huellas que dejaba tras de sí y que se transparentaban en el semblante ya compungido, ya sonriente de los que le iban escuchando. Los extranjeros que llegaban a Corinto o a Atenas durante la estadía de Diógenes en cualquiera de estas dos ciudades, quedaban maravillados de su doctrina, y hubo muchos que lo abandonaron todo por seguirle. No se esforzaba en convertir a sus oyentes, y necesitaba menos que ningún filósofo de hacerlo, porque siendo en sí mismo ejemplo práctico y resumen de su doctrina, no había más que verle para pronunciarse en pro o en contra de ella. Así pasó su vida aquel hombre extraordinario, escudándose tras del desprecio de sí y de los demás, como el arma más terrible que pudiera esgrimirse contra una sociedad corrompida. Murió a los noventa años de edad; y sobre su sepulcro colocaron un perro labrado en mármol. ¿Acaso quería el pueblo significar con esto, que reconocía en Diógenes la fidelidad grotesca pero noble del animal que más ama al hombre?

Era Diogenes de complexión fuerte, rostro simpático y hablar elocuente. Usaba la barba larga, apoyábase generalmente en un palo, y llevaba una alforja al hombro como los mendigos. No gastaba ni sombrero, ni zapatos, ni túnica, cubriéndose con un capote o manto que completaba su aspecto mendicante. Su conversación era flúida, elegante y variada, por lo cual le buscaban con frecuencia los personajes de su tiempo a fin de solazarse oyéndole. En las tertulias sabía moderar los resentimientos con chistes oportunos, y así como era de irónico en la calle, era

de complaciente y agradable en la sociedad privada. El pueblo le amaba, pero él nunca correspondió a ese cariño con la adulación. No se sabe que Diógenes haya dejado descendencia directa de su persona.

LOS POETAS DE LA REVOLUCIÓN

Será siempre motivo de profundo estudio, la averiguación del aspecto presentado por las sociedades humanas al emprender una de esas revoluciones que han decidido su porvenir irrevocablemente; y no hay documentos más autorizados para caracterizar sus rasgos fisonómicos, que la poesía popular, reflejo verídico de las impresiones diarias. Pero sucede con frecuencia, que los observadores repugnan acudir a tan humildes anales; pues sobre desdeñarlos a causa de su aparente pobreza de información; les parece que de esa pobreza misma se desprende como un estigma que desacredita de antemano al investigador y su obra.

Hasta donde sea falso este concepto de la labor historial, se comprenderá con echar la vista sobre la cuantiosa producción de libros, donde el relato de lo pasado resulta tan incompleto, que apenas podemos imaginar nuestros iguales a los hombres y las sociedades que allí se pintan. Si en los trabajos de esa índole, tienen los grandes personajes una rigidez estatuaria, y los pueblos unos movimientos mecánicos y ordenados que parecen cosa de otro mundo, es por que han sido secuestradas de su alrededor las

discordancias y confusiones anexas a la agitación de la vida; de modo que el factor esencial de su movilidad necesaria, brilla por una ausencia deplorable. Con lo cual vienen a asemejarse tales narraciones, a otros tantos cuadros de gabinete óptico, en que el espectador contempla episodios de toda clase, muertos sobre la tela, a pesar de la ingeniosa combinación de las luces y el vidrio.

Desde que los escritores clásicos hicieron descender sus héroes de los dioses, presentándoles al público sólo en el fragor de las lides o en los riesgos de poéticos amores; se ha formado una escuela de hombres doctos, que apoyándose en lo que ellos llaman *la majestad de la historia,* pretenden imponer un criterio especial para la narración de las cosas antiguas; deificando en lo posible las individualidades y los pueblos de su mayor predilección. En balde la crítica galvaniza a unos y otros, haciendo comprensible su vida con el pormenor de flaquezas y debilidades que constituyen el embalaje típico de este fardo de la existencia; en balde se afana por demostrar la antología que los seres racionales del pasado eran hombres idénticos a nosotros, y por consecuencia, las colecciones de esos seres, constituían sociedades al igual de las nuestras; todo es en vano, porque los sostenedores de la majestad de la historia se niegan a asentir sin remordimiento, que los pueblos de su devoción pasaran por nuestras miserias diarias; o que Rómulo fuera un capitán de bandoleros, o Alejandro un borracho a pesar de su grandeza, o que Homero antes de producir sus famosos poemas hubiese cursado métrica al igual de cualquier moderno estudiante de literatura.

Esta enorme disparidad, sistemáticamente introducida entre los hombres del pasado y nosotros, es la que ha provocado la admiración servil que nos anonada hasta el punto de creernos en el siglo del vapor y de la electricidad, no sólo inferiores a los antiguos griegos y romanos, sino tambien a los apóstoles de la revolución francesa, entre quienes, sea dicho de paso, había un surtido bastante considerable de majaderos y malvados. Y de ahí resulta, que cuando nos damos a rastrear nuestros anales propios, es tan grande el desconsuelo que nos invade al encontrar frescas las huellas de la vida de nuestros mayores, que casi nos sentimos inclinados a negarles toda manera de superioridad, supuesto el irrefragable testimonio de su vulgar desarrollo físico y de su modo de ser habitual.

En esto, como en todas las cosas de nuestro tiempo, aparecen los resabios paganos de que estamos infiltrados; pues no de otro modo se explica esa preeminencia esencial atribuída a ciertas individualidades y pueblos, que subiendo hasta la doctrina de la superioridad de las castas y del origen divino de los héroes. Afortunadamente, el estudio razonado de los hechos desmiente esas pretendidas superioridades, demostrando que la Providencia se ha valido en todos los tiempos, de instrumentos humildes para sus grandes fines. Pastores contemplativos de la raza de Seth, fueron en lo antiguo quienes echaron las bases de la astronomía estelaria que debía denunciar las maravillas de Dios a los hombres. Doce pobres judíos inauguraron la Era Cristiana, propagando la buena nueva en el mundo, sin más títulos visibles que su ardiente fe Un alfarero francés y algunos italianos oscuros, enunciaron los principios fundamentales de

las ciencias físico-químicas que hoy comprueban la revelación genesíaca. ¿Tiene algo de extraño entonces, que al igual de los iniciadores de las revoluciones científicas y teológicas, sean hombres genéricamente humildes u oscuros los iniciadores y propagadores de las revoluciones sociales y políticas? Lo admirable en esto, es que pueda haber quien se admire todavía de la reproducción del hecho, cuando es tan singular y uniforme su manifestación en la vida.

Por otra parte, si ha de reaccionarse contra el clasicismo exagerado que pugna por naturalizar entre las generaciones presentes un concepto artificioso de los acontecimientos transcurridos; no hay otro remedio que devolver a la verdad sus derechos, contando las cosas como pasaron y pintando como fueron a los hombres. Precisamente en lo que concierne a las revoluciones, éste es el único criterio admisible y sano; pues al impulso de su arranque formidable que saca todas las cosas de quicio, para volverlas triunfalmente a un orden nuevo después de modificar las instituciones y las costumbres; es que pululan los tipos originales, salidos como por sorpresa a la escena, y de los cuales no se puede prescindir sin riesgo de alterar un tejido donde todos los puntos de la trama ofrecen la misma relatividad de importancia.

Si la psicología tuviera medios de investigación tan sutiles para encontrar los secretos del alma, cual los tienen los fisiólogos para sorprender las manifestaciones de la vida entre las envolturas de la materia orgánica, sería digno de la mayor atención asistir al crecimiento de una idea en la mente de los hombres llamados a realizarla. Había de verse entonces que la palabra balbuciente del rústico, dió muchas

veces al genio fórmulas iniciales para ordenar pensamientos cuya incoherencia le fatigaba sin alce; mientras que otras veces, del accidente más ajeno a su preocupación dominante, sacó la enseñanza precisa que buscaba en vano entre las torturas del insomnio. Trasladando este raciocinio, de la esfera de las personalidades al conjunto popular, se concibe cómo las ideas que apasionan a las multitudes, sufren iguales vaivenes en el correr de su marcha. El discurso de aquel tribuno, la victoria de este general, concretan un momento lúcido en las grandes situaciones; pero lo que inspiró ese discurso y lo que propendió a aquella victoria; es decir, los entusiasmos, las esperanzas, el espíritu de sacrificio, los consejos amistosos, el contagio de los ejemplos heroicos, todo eso junto, ha tenido sus fases de elaboracion en el hombre privilegiado que pudo asimilarlo a su persona, para realizar en un día lo que era la aspiración constante de muchos.

Siendo éste el proceso natural de las ideas, se concibe cuan poco atinado será cualquier ensayo de investigación, que teniendo por norma las cosas pasadas, desprecie las personalidades y sucesos humildes, para fijarse sólo en los acontecimientos retumbantes y en los hombres de primera fila. Por eso es que hemos de inquirir los rasgos fisonómicos de nuestra sociedad de 1811, en el arsenal popular de sus crónicas versificadas, sin cuidarnos de los cronistas y aun de su corrección, en cuanto importe al espíritu que informa esos relatos accidentales; bien entendido empero que esto no implica proclamar la indulgencia plenaria a sus pecados literarios, sino dejar establecido cuando más, que no por causa de los pecados debe hacerse caso omiso de los pecadores

Los revolucionarios de 1811, tuvieron también sus poetas. No había de ser privilegio exclusivo de los servidores del Rey, la facultad de reflejar sentimientos y aspiraciones íntimas en el lenguaje de la gaya ciencia; que al igual de ellos alimentaban esperanzas capaces de trascender al exterior, los republicanos comprometidos a elegir entre la victoria y la vida. Pero así como el vistoso armamento y la elegante apostura de los ejércitos y capitanes realistas, denunciaban la superioridad de sus recursos materiales; así también el pulimento de sus letras hacía presentir la superioridad de una educación más esmerada de la que en general tenían sus contrarios. Del lado del Rey, con Figueroa y Pérez Castellanos, estaba la frase atildada, el giro redondo y la dicción fácil; mientras que del lado de Artigas, con Valdenegro e Hidalgo, solían andar el decir ampuloso y el verso duro; señales inequívocas de instrucción deficiente. Es cierto que algunas excepciones como el P. Martínez y don Francisco Araúcho podían oponerse a tanta pobreza de formas, siquiera por ser ambos conocedores de los antiguos clásicos, pero con todo, ni uno ni otro atinaban a dar aquella nota eminente que vibra para enseñorearse de las voluntades, encaminando el gusto público a un ideal nuevo y concreto.

A poder caracterizar el movimiento literario de la Revolución, diríamos que los esfuerzos de sus adeptos remedaban un coro de avecillas principiantes, ensayando todos los tonos sin acertar con ninguno; bien que no quedara tema por abordarse en las manifestaciones sucesivas con que la escritura traducía el pensamiento revolucionario. Aquélla era la época del verso: hasta en la cubierta de los pliegos

oficiales destinados a los realistas, solían sus contrarios escribir estrofas; sustituyendo el lenguaje corriente y usual, por la entonación rítmica, como más adecuada a la alteza de sus concepciones. Había mucho de ternura en esta tendencia a poetizar cuanto se refiriese a la patria, prestándola el culto de las musas; pues Musa ella misma para aquellos rudos conjurados, sólo ella podía suavizar los terribles instintos que desarrolla en las masas el duro oficio de la guerra.

Leyendo las imperfectas estrofas de sus trovadores, se ve hasta donde llevaban esta idealización de la patria; que para ellos no era sólo el territorio nacional con sus habitantes y tradiciones; sino todo eso personificado además en una mujer de formas semi-divinas, sujeta a dolores y alegrías especiales, vagando en el espacio y eternamente preocupada de nuestras cosas. Tal era la deidad por cuyo amor se debía morir; cuyo nombre no se podía ofender; cuyos agravios vengaba Dios mismo, dando fuerza al brazo de sus hijos para escarmentar a los tiranos. De ahí, los cánticos en que alternativamente brillaban el orgullo y la piedad, la dedicación y la fiereza; entonados a coro en los fogones al son de la guitarra, y propagados en las largas noches de espera por las encrucijadas y las lomas que cruzaba solitario algún chasque medio dormido.

¿De dónde provenían tan extrañas novedades en el modo de concebir el ideal de la patria, y la noción de los castigos providenciales augurados a los que la ultrajasen? ¿Quién había imbuído entre las huestes de la revolución, compuestas en su casi totalidad de gentes sencillas e indoctas, una concepción tan poética del patriotismo, y tan reñida con la concepción majestuosa y severa de los españoles sobre

el mismo tópico? ¡Quién había de ser, sino el pueblo llano de las ciudades y los campos, que no era español, a pesar de que la ley imperante y las exterioridades mecánicas de su sociabilidad lo hiciesen entender así! Nada hay más exacto ni menos conocido que este hecho, imprescindible sin embargo para dar la clave filosófica de nuestra revolución.

Seducidos los españoles en el siglo XVI por las perspectivas que les había abierto el descubrimiento de Colón, y encelados por la rivalidad de los portugueses, lanzaron a estas latitudes multitud de expediciones exploradoras. Fué el Uruguay un punto objetivo para las maniobras audaces de los grandes navegantes y soldados de la España de aquellos tiempos; pero en ninguna parte sufrieron ellos mayores reveses que en nuestro país. Dos expediciones marítimas batidas; tres ciudades y varios fuertes militares arrasados, dos ejércitos y algunos destacamentos importantes destrozados en campo raso; he aquí el precio a que pagaron su atrevida tentativa de asentar dominio sobre la tierra de los charrúas. Abandonada esta conquista por imposible, resolvieron los indios chanaes afiliarse voluntariamente a la nueva civilización en el primer cuarto del siglo XVII, y fundaron a Santo Domingo de Soriano. En seguida se aventuraron los jesuítas a establecer en el norte sus célebres reducciones, con indios charrúas y guaraníes. Después vinieron los portugueses y fundaron la ciudad de la Colonia, cuya posesión fué tan disputada entre la corona española y la portuguesa, que hubo de hacer fracasar el tratado de Utrech. Y por último, viendo la España que un francés se establecía en Maldonado con tren de guerra y buena cantidad de pobladores, y que los portugueses echaban

los primeros cimientos de Montevideo, hizo un grande esfuerzo y reivindicó el dominio de toda la tierra, estableciendo en ella su autoridad, después de haber despedido a los portugueses, a los jesuítas y a los franceses.

Pero no pudieron los conquistadores ni dominar ni despedir a los charrúas, quienes terriblemente adheridos al sentimiento de su libertad propia y de la independencia nacional, lucharon siempre por conservarlas. Órdenes muy rigurosas se dieron para extirpar aquella raza. Uno de los gobernadores (Andonaegui) firmó cierto papel en el cual se mandaba *degollar hasta los muchachos de pecho de aquella canalla perra;* pero la citada canalla era menos degollable de lo que el caritativo gobernador se imaginaba. Conociendo entonces la imposibilidad de llevar a cabo sus proyectos de conquista, los españoles promovieron una corriente de inmigración canaria a nuestro suelo, con el fin de traernos ya que no su misma raza, puesto que los canarios son africanos, a lo menos la religión y el lenguaje que ellos habían hecho adoptar a uno de sus pueblos conquistados. De ahí que Montevideo y Maldonado recibieran un número crecido de estas familias, y que los primeros pobladores de la capital uruguaya fuesen agraciados con grandes lotes de tierra que les transformaba en verdaderos señores feudales. Más tarde, casuales remesas de asturianos y gallegos se establecieron en algunos puntos de la campaña. Pero mientras esta inyección de sangre hispana se efectuaba parsimoniosamente en el país, la raza primitiva desbordándose en las campiñas del norte y en las de Maldonado y Montevideo, restablecía el equilibrio perdido y daba su antiguo tono a la población nacional. Los

españoles mismos, escasos de mujeres, tomaban por suyas a las mujeres charrúas; y nuestros indios, en los combates en que capturaban prisioneros, se abstenían de soltar las mujeres españolas que caían en su poder y con las cuales se unían. En conclusión pues, ya por las mujeres charrúas que se unían a los españoles, ya por las portuguesas, gallegas y canarias que se unían a los charrúas, el origen primitivo de nuestra raza recobró sus derechos, y cuando la Revolución estalló, la sociedad uruguaya no conservaba de la España otra cosa que su religión, su lenguaje y la sabia organización de la familia.

Era por lo tanto un pueblo, todo un pueblo, con exigencias y tradiciones propias, quien se había levantado a disputar en 1811 la primacía del gobierno y del mando. Hasta los rencores de momento, que oscurecían los grandes servicios debidos a España, inclinando las muchedumbres con mayor predilección a recordar los desafueros de sus tenientes, que a distinguir entre esa conducta y la solicitud próbida con que la Metrópoli había muchas veces ocurrido a nuestras necesidades; eran parte muy principal para ahondar el abismo entre los contendores. La civilización adquirida, siendo un elemento integrante de la sociedad, no podía apreciarse en todo su valor por los criollos que la disfrutaban desde la cuna; mientras que los vejámenes soportados por ellos o sus mayores, vivían frescos en su mente y llenaban de amargura su corazón. El criterio popular estaba formado en la creencia de que sostener la causa española, importaba cambiar la república joven y lozana, por la vieja monarquía decrépita que mata todas las iniciativas populares con su hálito letal: importaba reivindicar para Uriarte, La Rosa, del Pi-

no, y Elío, el título de benefactores de una sociedad azotada por ellos: importaba levantar a la condición de axioma de gobierno, el aforismo de que "al criollo pan y palo", y establecer como conclusión jurídica práctica, el *cañón reyuno* de la Plaza de la Matriz donde se azotaban desnudos y hasta dejarles por muertos, a los infelices gauchos.

Sobre este criterio político, reposaba el criterio literario de entonces; no en cuanto al gusto, sino en cuanto a la inspiración que presidía las composiciones en boga: pues el gusto, como concepción de lo bello, estaba lejos de haber nacido aún para lo general de las personas ilustradas de la colonia. Los que mucho sabían, después de solazarse con Cervantes y Quevedo, no habían avanzado más allá de Rioja, Solís y Herrera, y los que sólo conocían de oídas a estos autores, los consagraban sin discusión, bajo la fe de la Real Academia, cuyo testimonio les parecía superior a sus propios medios de análisis, y tal vez no se equivocaban en ello. Así, pues, no existiendo la crítica razonada ¿para qué escribir aquí, si del otro lado de los mares había una Real Academia apta para juzgar sin apelación, y muy poco dispuesta a premiar lo que saliera de los límites literarios establecidos por los escritores reputados como maestros y representantes del ideal de los tiempos de Felipe II? ¿Quién se hubiera atrevido a decir, que las celebradas gracias del *Libro Verde* de Quevedo, no son más que un hacinamiento de majaderías indecorosas, y que en su *Gran Tacaño* hay páginas capaces de provocar náuseas al estómago más fuerte? ¿Quién hubiese sido bastante audaz para probar que el *Quijote,* admirable libro sin duda, no puede satisfacer el ideal de nuestro país, porque ni Sancho Panza se

parece en nada a los hombres de nuestro bajo pueblo, ni hay entre nosotros quien desee atropellar molinos de viento como el buen caballero manchego, ni holgazanes que se echen a perseguir locos, como el bachiller Sansón Carrasco?

Solamente gozaba de instrucción bastante para darse cuenta de estas cosas, la clerecía nacional, sabiamente instruída en las cuestiones más árduas. Debíase este servicio, a uno de los pocos que hizo Carlos III a los españoles al reorganizar con empeñoso afán los estudios superiores, formando por ese medio un cuerpo de catedráticos, que distribuídos por todos los dominios de España, dejaron en ellos el sedimento de nutrida y copiosa ciencia que aprovechó con ventaja la siguiente generación. Hasta las universidades de Chuquisaca y Córdoba y el Real Colegio de San Carlos en Buenos Aires, llegaron los beneficios de esa innovación apreciable, recibiendo sus educandos una excelente dotación de saber. De esos centros salieron para nosotros, el doctor Lamas que a los 24 años de edad había ganado a concurso dos cátedras; el doctor Larrañaga que después de haber ensayado el estudio de la medicina cuyos secretos debían inclinarle a las ciencias naturales en que fué maestro, concluyó por ordenarse de sacerdote; don Lorenzo Fernández que como los dos anteriores debía agregar a sus pruebas sacerdotales, la prueba del hierro y del fuego en las batallas de la patria; y por último, don Juan Francisco Martínez, que templaba los rigores de su capellanía militar con el culto de las musas.

Por lo mismo de ser el clero nacional la parte más ilustrada de la sociedad, de sus filas vinieron los primeros ensayos para dar un giro nuevo a la

literatura. Tan atrevida fué la empresa como el palenque escogido para realizarla, pues nada menos que a crear un Teatro se dirigieron los conatos de los novadores. Aquello importaba empezar por donde debía haberse concluído en cualquier otro país, aunque no en el nuestro; porque si bien se mira, nuestra regla de procederes siempre invierte los términos en la realización de las cosas. Con decir que hemos empezado la vida reñidos con el alfabeto, pues Zapicán (Z) es el primer defensor de la integridad de la patria, y Artigas (A) es quien fija tres siglos después su existencia en el concierto de las naciones; que siendo los primeros en el orden topográfico del Río de la Plata, fuimos los últimos en ser civilizados; que hemos tenido sistema constitucional republicano antes de tener dictadura; que antes de tener caminos carreteros hemos tenido ferrocarriles; que antes de tener instrucción primaria regimentada, teníamos universidades a pares, una *Mayor* y otra *Menor;* no es extraño que antes de tener poesía popular tuviéramos teatro, que es la última expresión no sólo del arte poético, sino de la misma ficción artística llevada a su más alto grado.

Fué pues el teatro nacional, punto de partida del movimiento literario uruguayo: y por él empezaron nuestros poetas la batalla contra el ideal español, buscando a sacudir por las letras, el yugo de la tradición que más tarde habían de romper las multitudes con las armas. La oportunidad del primer ensayo la aprovechó el P. don Juan Francisco Martínez, con ocasión de un festejo eminentemente local, y que llenaba de orgullo a los orientales. Tratábase de conmemorar la reconquista de Buenos Aires por las fuerzas expedicionarias que habían partido de

Montevideo en 1806; y el Cabildo, deseoso de recuperar para la futura capital uruguaya ese antecedente que andaba medio eclipsado con motivo de la gloriosa victoria conseguida más tarde por Buenos Aires sola contra Whitelocke, se esforzaba en dar a la fiesta toda la solemnidad de una reivindicación. Entre las cosas que se idearon para ello, entró como imprescindible una representación teatral alusiva, dando Martínez el argumento con un drama suyo, en dos actos y en verso, titulado *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada.* Examinemos con alguna detención este primer producto de nuestro teatro.

El drama de Martínez, teniendo un título genuinamente español y en boga, era sin embargo de corte griego. Su plan consistía en exhibir a Montevideo bajo la inspiración de Marte, reconquistando a Buenos Aires defendida por Neptuno protector de los ingleses. Ambas capitales, representadas cada una por una Ninfa, exponían las alternativas de dolor o alegría que los sucesos iban produciéndolas. El escenario simulaba una selva, durante todo el drama. En lo más fuerte de los lances intervenía la música con entonaciones adecuadas a los efectos en litigio; y para conseguir la unidad de tiempo y de lugar que el desarrollo del argumento necesitaba, departían los dioses mano a mano con los generales y magistrados que aprestaban las tropas al combate. Esto era trasladar el teatro griego a Montevideo, haciendo que Ruíz Huidobro y Liniers hablasen con las deidades olímpicas, como habían hablado Temístocles o Pericles en muchos de los dramas y tragedias aplaudidas por los atenienses.

Pero si el argumento del drama montevideano y el de muchas producciones teatrales griegas, coin-

cidían por lo heroico del tema ¿estaban en igual relación acaso, los recursos escénicos disponibles, el local de la representación y el espíritu que informaba los episodios dramatizados? Para saber lo que era un drama en Atenas, corresponde tener presente que se daba en un inmenso local sin techumbre, alumbrado por la claridad del sol; y que los recursos escénicos superaban a cuanto podamos imaginar en el día. Fuera de estas particularidades que al cambiar la posición del artista, centuplicaban sus elementos de acción; había además una tendencia uniforme en el teatro griego —la tendencia fatalista— que no podía naturalizarse en nuestro naciente teatro de levadura cristiana. La sociedad ateniense por razón del paganismo en que vivía, gozaba con encontrar reproducidas sobre la escena sus creencias en la predestinación al bien o al mal que marcaban el destino de los héroes; rindiendo así pleito homenaje a aquel *Hado* que inflexiblemente hacía a los hombres instrumentos ciegos de una voluntad contra la cual se debatían en vano. Y de ninguna manera y en ningún episodio correspondía menos achacar a la fatalidad el desarrollo de los acontecimientos, que en la reconquista de Buenos Aires por la expedición montevideana.

La invasión inglesa al Río de la Plata estaba prevista y anunciada desde tiempo atrás, y tan lo estaba, que el marqués de Sobremonte a pesar de sus aturdimientos ingénitos, había ensayado algunas medidas de defensa, pertrechando a Montevideo que suponía el punto indicado para las primeras hostilidades británicas. Ruíz Huidobro y Liniers, cada uno en la esfera de su mando, tenían razones sobradas para desconfiar de las aptitudes militares del marqués;

pero al mismo tiempo sabían que los elementos disponibles para contrarrestrar cualquier atentado, no eran tan despreciables que pudieran los ingleses llevárselos por delante con sólo quererlo. Así es que cuando uno y otro tuvieron noticia de la calaverada, por la cual Popham y Beresford se posesionaran de Buenos Aires con un puñado de hombres; en el acto abarcaron la situación de una ojeada, encontrándose acordes en la posibilidad de dominar los acontecimientos. La enfermedad de Ruíz Huidobro y el temor de que algún refuerzo inesperado de ingleses apareciese sobre Montevideo embistiéndolo por sorpresa, hizo que Liniers tomara el mando de la expedición; pero es seguro que con uno u otro caudillo, los expedicionarios hubieran triunfado, pues Beresford y Popham desde que pusieron el pie en tierra estaban militarmente perdidos. ¿A quién podía ocurrirle sino a dos aventureros desesperados, atacar el virreinato del Plata con 1600 hombres, sin caballería, sin relaciones en el país, sin protección inmediata y sin otros medios de comunicación que seis buques de pelea, inservibles para darles el dominio interior de la tierra donde todo les faltaba?

El caso se reducía, pues, a que los ingleses chocaran o no con un soldado. Si Sobremonte lo hubiera sido, los bate antes de que entraran a Buenos Aires, o los reduce por hambre una vez que estuvieran adentro. Pero en defecto de él, aparecieron Ruíz Huidobro y Liniers, que sabían su oficio, y en tal calidad cumplieron como correspondía a sus antecedentes. Es llano que este proceder idóneo de los generales no amengua un ápice el heroísmo de las tropas, ni la espontaneidad de los donativos populares para aprestarlas, ni menos lo vigoroso de la iniciativa por cuyo

mérito fué reconquistada la capital del virreinato. Es presumible asimismo que si la expedición montevideana no parte a tiempo, los ingleses por una eventualidad cualquiera hubieran podido recibir refuerzos y mejorar entonces de tal modo su situación que vinieran a hacerse temibles. Pero precisamente por no haber conseguido nada de esto, se ve que no obraba en favor de ellos una ciega fatalidad, y que los elementos aglomerados para perderlos, fueron puestos en acción por agentes libres, dentro de un plan racional y obedeciendo a una probabilidad de triunfo lógicamente concebida.

En presencia de pruebas tan claras, ¿cómo podía Martínez, sacerdote católico, echarse en brazos del fatalismo, para solemnizar el más grande de los aniversarios que hasta entonces festejaba su ciudad natal? El hecho tiene una doble explicación, en las supersticiones populares de aquí, y en el gusto literario que entonces se desarrollaba tímidamente en la península española. Por lo que respecta a las supersticiones, en Montevideo las había y muy hondas, como legítima herencia de aquella predisposición agorera que trajeron sus primitivos pobladores canarios. Un año antes de la invasión inglesa lo demostró la ciudad, saliendo sus habitantes en tropel a las calles, por que un *ben-te-veo* parado en la azotea de la Matriz comenzó a cantar a deshora; teniéndose por tan evidente el presagio de una catástrofe, que los contemporáneos del episodio aún ponderan los esfuerzos empleados para reducir el ánimo afligido del vulgo. De esto puede inferirse, cuan inveterada andaría por entonces en el espíritu público la propensión a lo maravilloso, no siendo de extrañar que su influencia contaminase a los poetas, ya por analogía

de exacerbación mental, ya por cálculo y como recurso de éxito en sus producciones. Es de suponer entonces, que por cualquiera de los dos motivos, y singularmente por el último como más concorde con su ilustración y estado, daría Martínez a su drama el entronque prodigioso que lo caracteriza.

Ahora, en cuanto a la filiación literaria de la obra, ella se encuentra en la bibliografía de aquellos tiempos. Desde la mitad del siglo anterior había entrado en cierta boga el teatro griego en la península, resucitándolo don José Cañizares con su *Sacrificio de Ifigenia* que los franceses dicen ser imitación de Racine, y los españoles copia de una comedia de Calderón perteneciente al número de las que se perdieron. Tras de Cañizares vino don Pedro Estala, presbítero, que había publicado en 1793 el *Edipo* de Sófocles, precediéndole de una introducción que hasta hoy obtiene el aplauso de los críticos. Estas producciones, al igual de otras que en escaso número arrojaba por entonces la tipografía española, cruzaron el océano y vinieron a formar parte de las bibliotecas de conventos, seminarios y universidades de América; habilitando a Martínez para sacar de ellas el tipo de la inspiración teatral con que deseaba conmemorar las glorias de su país.

Mas semejante retroceso al clasicismo puro, tenía de suyo un inconveniente para todo poeta novel. A poco que se examinen las cosas, se ve que la diferencia escénica entre el teatro antiguo y el teatro moderno consiste toda ella en la forma de exposición. Para los antiguos, un drama o una tragedia eran el relato de un episodio capital, en que los incidentes intermedios tenían escasa importancia. La idea dominante, desleída en largas tiradas de versos, hacía

imprescindible una dicción correcta y armoniosa para interesar el ánimo del auditorio, venciendo esa dificultad casi insuperable de transmitir por medio de tercero los encantos de la palabra propia. El teatro moderno por lo contrario, expone de otra manera el episodio que desea dramatizar, desenvolviéndolo por medio de una acción rápida y constante, que más atiende a los hechos que a las palabras. Por eso es que al remitirnos al pasado, las bellezas de Esquilo, Calderón y Shakespeare se buscan en la estructura del verso y en la robustez o alcance del concepto emitido, perdonándoseles, sobre todo al último, los anacronismos y dislates en que pueden haber caído con relación a fechas, lugares y sucesos; mientras que muy de otro modo y a beneficio de inventario más severo, acepta la crítica, iguales faltas en los dramaturgos del día. Martínez pues, exhibiéndose a la antigua sin los recursos de los maestros, demostraba mayor entusiasmo que conocimientos en su patriótica tarea.

Y a la verdad que destarados de la producción del vate uruguayo, el sabor local del asunto y el corte clásico de su desarrollo, el drama en sí valía y vale poca cosa. Desde luego es abigarrado el conjunto de sus personajes. Una *Ninfa,* representando a Montevideo, otra *Ninfa* a Buenos Aires; Marte, dios protector de España; Neptuno, protector de Inglaterra; el gobernador de la Plaza; un personaje representando al Ilustre Cabildo, otro representando al Comercio, otro a los hacendados; el general de la expedición, un oficial, un criado y acompañamiento de pueblo; tal es el grupo destinado a dar vida al drama.

hacerlo, o eran harto jóvenes aún, o vivían perdidos en la lejanía de los campos. La imprenta, que hoy es patrimonio hasta de las últimas aldeas del territorio nacional, era entonces un artefacto misterioso para la generalidad de sus habitantes. Gracias si los ingleses, por conveniencia propia, habían traído la primera a Montevideo, llevándosela después consigo al entregar la plaza; con lo cual hubimos de quedarnos sin letra de molde, a no ser por la Serenísima señora doña Carlota de Borbón, que ansiosa de mandar sobre gentes instruídas, regaló a la ciudad en arras de futuro dominio, una nueva imprenta para irnos ilustrando en los beneficios de su proyectado gobierno, del cual se libraron nuestros mayores con no poca fortuna para nosotros. Pero ni la imprenta inglesa con su corto y disolvente auxilio, ni la borbónica con sus pretensiones, podían improvisar el reinado de una literatura que aún no había trascendido al público por iniciativa de sus futuros apóstoles; y que tal vez habría estado en gestación muchos años aún, si no estalla el movimiento revolucionario que sacudió a la sociedad sobre sus bases.

A partir de 1811, fué que empezaron a despuntar los poetas populares. Venían casi todos del pueblo campesino, y aspiraban a traducir las aspiraciones y tendencias de las masas. Aceptando sus ideales, se avergonzaban empero de usar su lenguaje; aquel lenguaje gauchesco que tiene tartamudeos y diminutivos originales, y una elasticidad de giros que parecería académica en labios de gente culta. El primero de estos trovadores campestres, que tuvo por decirlo así una consagración oficial, fué Valdenegro, mocito vivaracho y peleador, que Artigas había sacado de los fogones para hacerlo sargento de blan-

dengues; y que tan gran papel desempeñó más tarde en la Revolución, sin que pueda calcularse hasta donde habría llegado, si un desafío no le arranca la vida en Baltimore cuando era coronel y estaba transitoriamente proscrito. Su renombre literario data de 1811 cuando los patriotas sitiando a Montevideo y para hacer llegar pliegos oficiales hasta el cabildo, se valieron de la estratagema de clavar una bandera blanca y roja en las avanzadas, de cuya asta pendían los pliegos con esta décima de Valdenegro:

El *blanco* y *rojo* color
con que la Patria os convida,
es para que se decida
vuestro aprecio en lo mejor.
Si al *rojo,* nuestro valor
breve os sabrá castigar,
y si al *blanco* queréis dar
discreta y sabia elección,
contad con la protección
del Ejército Auxiliar

Sea que la espectabilidad política y militar de Valdenegro entibiase su dedicación a la poesía; sea que se encubriera bajo el anónimo para no patrocinar composiciones que al extender su fama en sentido literario, debían mermarla como prócer activo de la revolución; lo cierto es que no se conocen de él asertivamente otros versos, por más que se le atribuyan muchas de las canciones y décimas anónimas de aquellos tiempos. El coronel Cáceres en unas Memorias inéditas que tenemos a la vista, lo pinta como poeta y orador distinguido, y siendo Cáceres hombre idóneo, es de presumir que pudo apreciar a Valdenegro en diversas ocasiones y dentro de las

aptitudes cuya posesión le concede. De todos modos, la fama dejada por Valdenegro se ha hecho tradicional.

No puede decirse igual cosa de otro de sus contemporáneos, don Francisco Araúcho, que formaba excepción entre los poetas republicanos, citando a Ovidio en sus obras. Hijo de un hombre de educación académica e instruído él mismo hasta donde le permitían sus cortos años, Araúcho llevó a los campamentos patriotas el gusto de las aulas, haciendo raro contraste su versificación disciplinada, con la verba caprichosa y agreste que usaban los revolucionarios. Artigas, necesitado de hombres instruídos, encontró conveniente fomentar en Araúcho las disposiciones políticas más que las literarias, y le empleó interinamente en su Secretaría, enviándole más tarde a servir la de Otorgués, cuyo expediente oficial ganó mucho en formas y templanza desde entonces. Pero no aviniéndose el carácter de Araúcho con los hábitos del caudillaje revolucionario, fijó al fin su residencia en Montevideo cuando la ciudad fué recuperada por los patriotas, obteniendo la Secretaría del Cabildo en premio a la confianza que inspiraba. En ese puesto cultivó con alguna dedicación la poesía.

No son sus versos de aquéllos que dejan una honda huella en las literaturas de donde proceden; pero no carecen tampoco del relieve necesario para distinguirse, atendida la época y el medio social en que fueron escritos. Araúcho se inspiraba en la solemnidad de las circunstancias, para dar a sus cantos aquella entonación robusta que levanta el ánimo, y a veces lo conseguía, como en la oda al *Heroico empeño del pueblo Oriental* donde se leen estas estrofas:

Y tú, modelo de los hombres libres,
impertérrito Artigas,
vencedor de los riesgos y fatigas,
Arístides virtuoso, mientras vibres
el acero luciente,
vivirá el oriental independiente.

Por ti aparece la deseada aurora
del memorable día
final para la horrenda tiranía,
en que la dulce Libertad señora
fija su trono augusto
cubriendo a la opresión de acerbo susto.

¡Oh Provincia Oriental! Eleva al cielo
oblación obsequiosa,
porque de tus rivales victoriosa
mantienes seres libres en tu suelo,
que protestan ufanos
¡Antes morir, que consentir tiranos!

Pero con Valdenegro y Araúcho, si bien tenía la literatura uruguaya cierta representación, no tenía el sentimiento revolucionario intérpretes genuinos. Contrayéndonos a Araúcho, ya que de Valdenegro podemos decir poca cosa, conviene observar que el país no estaba para asuntos clásicos, en medio de aquella vertiginosa acción a que le compelían los sucesos; y las masas populares, suponiéndolas con aptitudes para entender literaturas extrañas, no habían de ir a buscar formas para sus ideales en Ovidio y sus concordantes. Nada hay más comprometido para la poesía, que desentenderse de los tiempos en que vive; pues no solamente arriesga su popularidad, sino que rehuye la fuente única de inspiraciones duraderas. De haber incidido en este error, proviene el fracaso de casi todos los poetas ilustrados de la Re-

volución; porque deseando ellos conciliar sus preocupaciones de escuela con las circunstancias de momento, pugnaron por encerrar dentro del concepto clásico ideas y propósitos que no cabían en él; haciendo hablar con el lenguaje de Esquilo o de Virgilio a los personajes de estas tierras, y fingiéndose contemporáneos de aquéllos, para imitar el giro de sus pensamientos. Conducta desacertada, que les volvía extranjeros en su país, donde vegetaban sin entender a nadie, ni ser entendidos.

El jefe de esta escuela esterilizadora, había sido el P. Martínez con su drama de género mitológico, donde los dioses andaban a mojicones. Araúcho marchó sobre la misma huella, pero con más mesura y mejor donaire, lo cual no le impidió quedarse a medio camino; porque en toda creación donde el plan y estilo corren de cuenta ajena, o sucumbe el autor en la impotencia o reacciona y concentrándose en sí mismo, ensaya a planear y decir las cosas como mejor las entiende. Tanto Martínez como Araúcho carecieron de la noción de su época, que no solamente era revolucionaria en el terreno político, sino que también lo era en el literario. El clasicismo de todos los matices y de todas las procedencias, se había derrumbado junto con el sistema monárquico; no porque el nivel común de la ilustración nacional hubiera crecido, sino porque la naturaleza de las circunstancias actuaban fatalmente en ese derrumbe. La poesía de extracción mitológica, sobre todo, muy apropiada a formar las delicias de los literatos metódicos y de las personas pacíficas, no se compadecía con la realidad de aquella vida turbulenta, y mucho menos habían de tomarla en serio hombres expuestos al tráfago de los peligros. Un Aquiles impunemente bravo

porque era invulnerable, podía hacerles reír a ellos, que para batirse a pecho descubierto doquiera se presentase el enemigo, no tenían más defensa que la tosca lanza y el caballo; y pues que en 1806 habían visto a 83 milicianos sitiar en Maldonado a 2000 ingleses, y veían ahora a José Culta con 200 voluntarios sitiar a Montevideo guarnecido de 5000 hombres y 390 cañones; por fuerza debían parecerles ridículos los 100.000 griegos sitiadores de Troya, y miserable la estratagema final del caballo de madera.

Y si estos recursos mágicos de la antigua escuela, no escapaban al riesgo de las rechiflas posibles ¿qué mejor suerte les era dable esperar a Júpiter y todo su Olimpo? Viviendo en el continente de las maravillas, era mucho suponer que causasen impresión los trabajos de Hércules o las hazañas de Teseo, cuando la tradición corriente y auténtica de la conquista demostraba que Cortés o Pizarro, cualquiera de ellos por separado, habían hecho más, mucho más, que Hércules y Teseo puestos en balanza. Y si del continente americano en general, pasamos a la nación uruguaya en particular ¿cuál de todos esos héroes o semi-dioses, podía deslumbrar la imaginación de un pueblo que no ignoraba haber costado su conquista más oro y ejércitos a la España de lo que la costaran los vastos imperios de Méjico y el Perú juntos, a pesar de que nunca opuso a la Metrópoli arriba de 1500 hombres de pelea por no permitirlo la cortedad de sus fuerzas? Provenía pues, de esta inferioridad incurable de la mitología y de la fábula, su consiguiente ineptitud para aclimatarse entre nosotros; de modo que el fracaso de Martínez, Araúcho y sus imitadores está bien justificado.

No se crea por ello, que les enrostramos los estudios a que se entregaron, pues sería absurdo suponer que el estudio dañe en manera alguna a nadie, y mucho menos, a los literatos. Lo que les enrostramos es la errónea aplicación de los conocimientos adquiridos, la imitación sin discernimiento de los clásicos, que son imprescindibles como estudio y como elemento de asimilación, pero que para imitados son el más grande de los escollos; pues el imitador está condenado a marchar entre el plagio y la parodia, y al menor traspié cae en uno o en otra. Generalmente, los autores que empiezan, se precaven poco de ese peligro, y de ahí el trabajo de refundición en que pasan buena parte de su vida más tarde. Hablamos, se entiende, de los autores de raza; porque los otros, los pseudo-autores, esos no rehacen nada ni que los maten, confiando en que su fama ha de durar *para siempre y un día más* como decía Milton al hablar de cierta contribución inglesa.

De lo dicho se infiere, que la Revolución no tenía hasta aquellos momentos una personalidad literaria, que caracterizase las ideas populares en el fondo y hasta en la forma de sus composiciones. La intención de los poetas que van citados, tendía a eso indudablemente, pero el éxito no les había sonreído. No bastaba que sus producciones tuvieran referencias de actualidad; era necesario que la actualidad toda entera quedase fotografiada en ellas, si por ventura fuesen capaces de tanto. Y como no lo fueron, la situación les precisó a dejar la escena a quien podía llenarla sin inconveniente, que fué Hidalgo, intérprete verídico del sentimiento nacional y jefe de una escuela nueva.

Mas no nació este poeta como Minerva, armado y pronto, sino que sus comienzos fueron dificilísimos, hasta el punto de no vislumbrarse en ellos nada que le colocase sobre el nivel común. Mientras la Revolución marchó feliz y triunfalmente, sus versos fueron flojos; revelándose el hombre superior, cuando la desgracia hizo a su patria esclava de un poder extraño. Interesante lección que demuestra, como pueden las torturas del patriotismo, a falta de mejor enseñanza, desarrollar en el espíritu instintos que de otro modo hubiesen permanecido latentes.

Hidalgo había empezado como todos sus antecesores, pretendiendo encerrar en forma extraña los conceptos que le inspiraba su numen. Fueron muy pobres sus primeros versos, reduciéndose a himnos y marchas patrióticas, que sólo el entusiasmo de aquellos tiempos podía hacer tolerables. Con todo, la uña del león se dejó ver en cierta composición dramática, que revelaba al bardo de capital propio e ideas definidas. Bajo el título de *Sentimientos de un Patriota,* se representó en 1816 una producción suya, de carácter unipersonal, en que el protagonista incitaba a los americanos a desechar toda veleidad de anarquía, uniéndose para combatir al enemigo común. La originalidad de la pieza consistía en las ideas puestas en juego y la moral política que las caracterizaba. Había, es cierto, tiros y música en la escena, pero sobre no repugnar este recurso a la naturaleza de la ficción dramatizada, a causa de ser el protagonista un oficial patriota, constituía por otra parte, uno de los más preferidos en aquel tiempo de marcial entusiasmo.

En estos y otros ensayos, pasó para Hidalgo el primer período de la Revolución, que termina con

el desastre de Artigas y sus compañeros ante la invasión portuguesa. Sometido el país a aquellos intrusos, la poesía nacional había de tomar por fuerza otro rumbo, y por lo que respecta a Hidalgo, tomó el que se avenía con sus inclinaciones, cultivando el género gauchesco, del cual es propagador y maestro reconocido. Los *Diálogos de Chano y Contreras,* mostraron hasta donde podía llegar aquel talento privilegiado en la descripción de los tipos y costumbres campestres.

Uno de esos *Diálogos* se publicó en Buenos Aires, con motivo de las fiestas Mayas de 1822, y su contexto venía a ser el siguiente. El gaucho Ramón Contreras, que había presenciado las fiestas, se las cuenta a Chano, otro gaucho amigo suyo, haciéndole minuciosa relación de sus impresiones todas. Desde la noche del 24 de Mayo, arranca el relato, con detalles sobre las inscripciones grabadas en la pirámide de la libertad, la ornamentación de la plaza, las músicas, y fuegos artificiales. Concluído aquel primer espectáculo, las gentes tomaron el camino del teatro, mientras Contreras lo tomó para casa de un tal Roque, donde

Dormí, y al cantar los gallos
ya me vestí; calenté agua
estuve cimarroneando
y luego para la plaza
cogí, y me vine despacio:
Llegué ¡bien haiga el humor!
llenitos todos los bancos
de pura mujerería,
y no amigo cualquier trapo
sino mozas como azúcar
Hombres ¡eso era un milagro!

Y al punto en varias tropillas
se vinieron acercando
los escueleros mayores
cada uno con sus muchachos,
con banderas de la patria
ocupando un trecho largo;
llegaron a la pirami
y al dir el sol coloreando
y asomando una puntita..
¡Bracatán! los cañonazos,
la gritería, el tropel,
música por todos lados,
banderas, danzas, funciones,
los escuelistas cantando,
y después salió uno solo
que tendría doce años,
nos echó una relación ..
¡cosa linda, amigo Chano,
mire que a muchos patriotas
las lágrimas les saltaron!

La fiesta de esa mañana prosiguió bajo iguales esplendores hasta las 11 de ella, en que apareció el Gobierno, con gran séquito de empleados civiles y militares, a presenciar el desfile de las tropas. Contreras, después de admirar a su sabor estas cosas, sintió la necesidad de reponerse, y fué a almorzar. En seguida asistió a un juego de sortija, concluído el cual se volvió a la plaza. Allí, entre las danzas y músicas, llamó su atención el juego de los palos enjabonados, "altos como un ombú," y de cuyas puntas colgaban "una chuspa con pesetas" y otros premios para quien se atreviese a conquistarlos. Entre los más audaces ascensores, sobresalía un inglés, que por repetidas ocasiones se llevó los premios. Pero lo que más hizo reír a Contreras

fueron, amigo, otros palos
que había con unas guascas,
para montar los muchachos;
por nombre rompe-cabezas,
y en frente, en el otro lado
un premio para el que fuese
hecho rana hasta toparlo.
Pero era tan belicoso
aquel potro, amigo Chano,
que muchacho que montaba
¡contra el suelo!... y ya trepando
estaba otro... y... ¡zás, al suelo!
hasta que vino un muchacho
y sin respirar siquiera
se fué el pobre resbalando
por la guasca, llegó al fin
y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
y me tenté ¡mire el diablo!
con poncho y todo trepé
y en cuanto me lo largaron
al infierno me tiró,
y sin poder remediarlo
(perdonando el mal estilo)
me pegué tan gran culazo
que si allí tengo narices
quedo para siempre ñato.

No puede pedirse como descripción, nada que sea más natural y correcto que esto. El lenguaje, las figuras retóricas, lo llano de la relación, la inocencia de los incidentes humorísticos, todo es hermoso. La personalidad del poeta desaparece para dejar que se exhiba un gaucho de pura sangre, decidor, patriota, buen amigo, que en la intimidad de las confidencias se pinta a sí mismo tal cual es, y retrata de paso el gremio social a que pertenece.

En otro *Diálogo* de distinta índole, pero entre los mismos personajes, ha rayado Hidalgo a igual

altura. La hipótesis en que se basa esta otra conversación, es una visita de Chano a Contreras, que está en su casa y se sorprende agradablemente de verle llegar. Ambos departen sobre la situación política, y se lamentan de los extravíos del gobierno. Hablando de la mentada igualdad ante la ley, dice filosóficamente Chano:

Roba un gaucho unas espuelas,
o quitó algún mancarrón,
o del peso de unos medios
a algún paisano alivió.
Lo prenden, me lo enchalecan;
y en cuanto se descuidó
le limpiaron la caracha,
y de malo y salteador
me lo tratan, y a un presidio
lo mandan con calzador.
Aquí la ley cumplió, es cierto
y de esto me alegro yo,
¡quien tal hizo, que tal pague!
Vamos pues a un señorón.
Tiene una casualidad...
Ya se vé. . *se remedió*...
¡Un descuido que a cualquiera
le sucede, sí señor!
Al principio mucha bulla,
embargo, causa, prisión,
van y vienen, van y vienen,
secretos, admiración.
¿Qué declara?... Que es mentira...
que él es un hombre de honor!
¿Y la mosca?... No se sabe,
el Estado la perdió.
El preso sale a la calle
y se acaba la función.
¿Y esto se llama igualdad?
La perra que me parió!

Con la misma energía y en el mismo *Diálogo* condena Chano las preferencias acordadas a la adulación, con mengua de los buenos servidores. Ve con dolor, el derroche de los dineros fiscales, mientras los caminos están intransitables, los edificios públicos inconclusos, y los pensionistas del Estado muertos de hambre. Le parece que todo eso, es un capítulo de acusación contra los gobiernos patrios, que han reducido el país a tanta miseria; y como complemento a sus raciocinios, después de haber detallado las calamidades que sufren los buenos, relata los goces de los perdularios en esta forma:

> Entre tanto, el adulón,
> el que de nada nos sirve
> y vive en toda facción;
> disfruta grande abundancia,
> y como no le costó
> nada el andar *remediado*
> gasta más pesos que arroz.
> Y amigo, de esta manera
> en medio del pericón,
> el que tiene, es "Don Fulano";
> y el que perdió se amoló,
> sin que todos los servicios
> que a la patria le prestó
> lo libren de una roncada
> que le largue algún pintor[1]

Tales son el estilo y la forma dialogal adoptados por Hidalgo en sus composiciones gauchescas. Nadie se había atrevido antes de él a ensayar bajo su responsabilidad, dándole carta de naturalización literaria, este género popular, que se tenía por cosa humildísima; cuando el poeta uruguayo levantándolo hasta sí, lo hizo un tema fecundo de recursos siempre nuevos; y formó una escuela de la que son

5

discípulos Ascasubi y Del Campo en Buenos Aires, y Lussich entre nosotros. Tan cierto es que el verdadero talento, dignifica cuanto toma por asunto de sus afanes.

A la sombra de los poetas de fama, se había creado por aquellos tiempos otra generación de cultores de la poesía, que se apoderó de la escena luego de haber sido reivindicada definitivamente la independencia nacional. Entre esos nuevos campeones de la idea, descolló don Manuel de Araúcho, hermano de don Francisco, y teniente coronel de los ejércitos de la patria. Bajo el título de *Un paso en el Pindo,* se publicaron sus producciones poéticas en 1835; producciones que el había comenzado a trabajar desde que era empleado del Cabildo en tiempo de Artigas, y que coleccionó bajo la presidencia de Oribe, dedicándoselas. Hay mucho de extravagante en esa colección, donde ni el *Le-Roy* deja de encontrar un himno laudatorio; pero hay también algunos ensayos dramáticos y algunas letrillas, que abonan el talento del autor.

El período sangriento que se abrió en el país al terminar la segunda presidencia constitucional, paralizó el movimiento literario, interrumpiendo por largos años todo comercio intelectual. Como manifestación única del pensamiento, quedó la prensa diaria, cuyas hojas volantes decían lo suficiente para noticiar los encuentros y batallas, las venganzas, los sustos, las devastaciones de que fué teatro la República durante catorce años. Hoy todo eso ha pasado, flotando su recuerdo en el horizonte histórico como una nube de sangre. Por entre esa nube, procuran nuestros ojos entrever otras épocas mejores, y la imaginación nos lleva a los tiempos legendarios de la

independencia con ánimo de reanudarlos al presente. Digamos, pues, la última palabra para concluir.

Lo que tiene de halagador nuestra literatura revolucionaria, es que señala un esfuerzo intelectual, al lado de un esfuerzo guerrero, cuya intensidad parecía excluir todo cultivo de emociones dulces. Esa combinación de las armas y las letras, asociándose para hacer triunfar una idea, demuestra que los independientes tenían no sólo confianza en su causa, sino pasión por los ideales que iban anexos a su triunfo. Habían soñado una patria libre, y querían presentarla de tal modo a las miradas del mundo, que no se echase de menos en ella nada de lo que formaba el ornamento de los demás pueblos libres de la tierra. El empeño era atrevido sin duda, y su éxito no correspondió, artísticamente considerado, a la alteza de los propósitos que lo impulsaban; pero había en ello un síntoma bastante satisfactorio para el orgullo nacional. De todos modos, resultaba evidenciado que no era la barbarie indómita quien había conseguido casualmente libertar el territorio patrio, pues aparecían factores de otra índole persiguiendo ese fin. Una revolución que fundaba bibliotecas populares, abría escuelas públicas, consignaba adelantadísimos principios de gobierno en sus programas políticos y solemnizaba sus triunfos militares con torneos literarios, no era una Revolución de bárbaros.

Las causas que contribuyeron a acortar el vuelo de la poesía, son muy abultadas para no alegarlas en descargo. Rigurosamente hablando, y destacados los clérigos, no había en el país otro literato preparado a ser tal, que Figueroa; pues los demás se habían formado solos, sea porque entraran a la vida activa en harto temprana edad, sea porque su ins-

trucción propia no rebasase los límites de conocimientos muy elementales. Casi todos ignoraban las reglas artísticas que pulimentan la forma, y carecían de aquel caudal de consulta que refina el gusto por la comparación de las ideas propias con los pensamientos ajenos. Vivían en un escenario estrecho, sin las perspectivas luminosas que irradia el arte en las naciones viejas. Por eso es que su poesía no pudo reflejar otra cosa que el ansia de la libertad, en una forma muchas veces pobre, como eran pobres sus medios de acción y su modo de vivir.

Pero no puede negarse que con todos estos inconvenientes, cumplieron su misión, así los grandes como los pequeños, dotando al país de una literatura, que con todos sus defectos, es la raíz de la literatura nacional. Seríamos injustos, si en nuestros adelantos de hoy, pretendiéramos menospreciar aquellos esfuerzos, tanto más dignos cuanto eran inspirados por un ideal nobilísimo. La crítica debe ejercer su ministerio sobre ellos, pero no para satirizarlos, sino para poner en claro la razón de sus deficiencias, y darse el patriótico placer de medir los progresos realizados desde entonces, merced a la labor constante de una generación que ha podido aplicar mayor actividad intelectual al cultivo de las letras.

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

(Juicio crítico sobre el libro de Draper)

Desde la aparición de Voltaire y los enciclopedistas, la literatura católica ha recibido un golpe del cual anda por reponerse todavía. Arrojada del primer puesto en la circulación, perdió necesariamente la importancia que da el favor público, y no teniendo número de lectores aproximado a su rival, ha debido retirarse vencida del campo de la influencia. Sin hablar de los grandes autores clásicos del catolicismo, hoy casi todos relegados al olvido, aún en los modernos se ve la indiferencia de que son víctimas, y si a Chateaubriand le ha salvado su prosa poética, y a Donoso Cortés la maravillosa elevación de su estilo, y a Manzoni su gracia italiana, y a Luis Veuillot su originalidad, y a César Cantú la audacia de sus síntesis históricas, no pueden jactarse de parecida suerte centenares de escritores de un mérito indisputable, cuyos libros circulan perezosamente entre los eruditos, después de haber sido la ruina social y pecuniaria de sus autores.

Ensoberbecidas las escuelas racionalistas por esta muestra abrumadora de favor popular, la aducen a

manera de comprobación irrefutable sobre el crédito de sus doctrinas, y afirman que es suyo el mundo de las ideas, porque es suyo el pasto intelectual de que se nutre la humanidad educanda en su mayor extensión. No irían descaminadas al decirlo, si en el fondo de los hechos no hubiera un dato olvidado que determina en otro sentido la solución del problema.

El racionalismo es, a par de una escuela de propaganda, una escuela literaria. Lo magro de su contextura le obliga a recurrir al arte, para vestir con apariencias de vigor propio, la debilidad que ostentaría si se presentara escueto de artificios en la escena. Acariciador mimoso de la forma, pule y redondea las frases distribuyéndolas en proporción adecuada de sonoridad, dentro de los límites de cada período. Donde debe defenderse ataca; donde puede atacar afecta no defenderse, aun cuando echa el resto en la parada, y sale del paso en los trances más serios con una broma picante, que si no convence al lector, lo ruboriza, cortándole el hilo de las reflexiones. Tal fué la táctica de Voltaire, cuyas obras leídas hoy a sangre fria, pasman la razón del que se ponga a analizar los quilates de juicio que tuvo el siglo que le llamó patriarca de la regeneracion humana.

La literatura católica tiene contra sí para propagarse, todas las ventajas que le lleva su rival, con más otros inconvenientes que nacen de la naturaleza de su índole. El deseo de decir la verdad, de comprobarla y de enseñarla, induce a los escritores de esa procedencia a dilucidar sus temas con una copia de datos, que perjudica la lección agradable de sus libros. De ahi, que en la esfera de las contiendas intelectuales, se asemeje el racionalista al

espadachín flexible y diestro que da un asalto ante admiradores encantados en la soltura de sus ademanes; mientras los católicos remedan al antiguo caballero feudal, inexpugnable de pies a cabeza, pero de guardia tardía y ademán pesado. Por supuesto que esta observación reza con los trabajos fundamentales que presentan a la religión bajo el concepto científico que ella tiene de por sí, y no con las producciones de bella literatura, en muchas de las cuales sobrepujan los católicos a los racionalistas Pero es de advertir, que aún existiendo esa equivalencia en el campo imaginativo, subsiste también para ella la inferioridad de circulación, lo que prueba que la educación superficial distribuída hoy por el mundo, falsea tanto los principios religiosos como el buen gusto.

Tan considerables han sido, empero, los trabajos lanzados al mundo literario por el catolicismo, que con todos los defectos de forma, y más que nada de volumen, que quiera oponérseles, han rebasado el límite que la indiferencia marca a la curiosidad. Los hombres estudiosos de todas las procedencias, y singularmente algunos protestantes, no han podido abstenerse de ir a buscar en esos voluminosos libros tan satirizados, la fuente de agua viva que apaga los martirios intelectuales de la duda, y del estudio de los Padres de la Iglesia y de la lección de los teólogos sus comentadores, han sacado notables producciones literarias, que empezando con las de Cobbett, Ranke, Guizot y Macaulay, prometen no acabar mientras la incredulidad irrespetuosa no contenga sus ímpetus contra el decoro humano. Este hecho por sí solo demuestra que si los protestantes han podido encontrar en el arsenal católico armas tan formidables que con esgrimirlas a su modo tienen acorra-

lado al ateísmo y al racionalismo puro, a mayoría de razón pueden los católicos asestar el último golpe a sus adversarios, si se deciden a esgrimir como conviene en la actualidad, sus armas invencibles.

Se nos antoja que la necesidad de una reforma literaria en la confección de las obras fundamentales, está indicada como curativo eficaz del mal que analizamos. Un poco más de movilidad en el estilo, menos agrupación de pruebas en los puntos que ya están victoriosamente rebatidos, cierta condescendencia con la imaginación cuyos rápidos giros suelen ser indispensables para la pintura gráfica de las ideas, son sin disputa, exigencias racionales de estos tiempos en que todo marcha a vapor. Bastará para demostrarlo el éxito asombroso obtenido por el libro que forma la materia de este estudio, y que no siendo en sí mismo más que una recopilación de cargos ya rebatidos, ha logrado, merced a su estilo y corte literario, cautivar la atención pública doquiera; sin que hayan sido parte a cerrarle el paso, ni las críticas de los adversarios, ni las de los propios amigos condolidos de los agravios que hace su autor a la verdad, tergiversando sucesos capitales para la historia de la civilización del mundo.

Lleva el libro de Draper por título *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia;* y su contenido es un rápido bosquejo en doce capítulos, que partiendo de los tiempos en que supone haber comenzado el movimiento científico con la fundación del Museo de Alejandría, llega hasta la época actual deteniéndose en el Concilio Vaticano, cuyas operaciones intenta narrar. Las diversas fases porque el

cristianismo ha pasado en tan largo transcurso de años, son sucesivamente presentadas al lector de tal modo, que dejan en su espíritu la triste impresión de la credulidad humana explotada por el fundador de una secta religiosa, envilecedora de los hombres durante diecinueve siglos, a beneficio de una sucesión de embaucadores que se titulan Pontífices Romanos, y bajo la autoridad de una institución supersticiosa y torpe que se llama Iglesia Católica.

Seguramente que si la historia ha de ser una enseñanza saludable basada en la verdad estricta, ni verdad ni enseñanzas provechosas contiene la obra del profesor americano, quien, sea dicho de paso, acompaña su nombre en la edición inglesa con los calificativos de "Doctor en medicina y leyes, Profesor de la Universidad de Nueva York, y autor de un tratado de fisiología humana", prolijidad enumerativa aproximada al charlatanismo, según parece haberlo comprendido hasta el traductor español, librando el nombre de todas estas adherencias con dejarlo en Juan Guillermo Draper a secas. Tras de esta policía piadosa del señor Arcimis, ha venido el señor Salmerón, que a título de jefe de lo que llaman escuela krausista en España, debía necesariamente escribir un prólogo para la obra de Draper, como para cualquiera otra en que hubiera la oportunidad de botar al arroyo, desfigurada y maltrecha, la altisonante y gallarda lengua española.

Cual sea el concepto que tiene Draper sobre el modo de escribir la historia, puede averiguarse desde luego en el siguiente pasaje de su libro: "Hay dos modos de escribir la historia —dice— artístico el uno, científico el otro; el primero acepta que el hombre *da* o es origen de los acontecimientos, por lo tanto

escoge algún individuo notable, lo representa bajo una forma de fantasía y hace de él, el héroe de una novela. El segundo, considerando que los sucesos humanos presentan una cadena jamás interrumpida, en que cada hecho nace de otro anterior y produce otro subsiguiente, declara que no es el hombre quien domina los sucesos, sino estos al hombre. El primero crea unas composiciones que, aunque pueden interesarnos y causar nuestra delicia, son poco más que novelas; el segundo es austero, quizá hasta repulsivo, por la convicción que nos imprime del irresistible dominio de la ley y de la insignificancia de los esfuerzos humanos". De lo cual se sigue que el autor es fatalista y que para él domina ciegamente en el mundo una ley inflexible y superior a la inteligencia del hombre, a la vigorosa iniciativa de las naciones, y a los esfuerzos de la ciencia. La humanidad, según esto, ha vivido miserablemente engañada hasta hoy, celebrando los triunfos de los políticos, admirando los sacrificios de los creyentes, aplaudiendo la heroicidad de los pueblos. En nada de ello hay cosa de qué extrañarse, porque estaba escrito!

Con semejante filosofía, ya se comprende que la fidelidad en la narración de los hechos y la buena fe en su apreciación, es cosa baladí. ¿Qué importancia puede tener en el orden de la filiación histórica, el atribuir a tal o cual causa la eficiencia de tales o cuales hechos, si con ella, contra ella o sin ella, los hechos se habrían producido del mismo modo? Aceptada esa regla de criterio, así la importancia de los sucesos como la de los individuos intervinientes en su realización, caen bajo la misma ley de insignificancia. Por eso es, sin duda, que Draper comienza la historia de sus conflictos provocando un

verdadero conflicto, con destruir de una plumada toda la civilización egipcia y griega, poniendo el origen y cuna de la ciencia en la fundación del Museo de Alejandría, que creó Ptolomeo y adelantó su hijo

Escandalizado ante tamaño dislate, el señor Salmerón, a pesar de su pasta krausista y de su reverente admiración declarada hacia el libro en cuya portada ha escrito su nombre, no puede menos de llamar a Draper al orden, diciéndole: "Aun sin contar la extensión y elevación de cultura que en el remoto Oriente alcanzaron sobre todo las razas arias, y que en la religión como en el arte y la filosofía y hasta en el saber positivo de la observación natural constituyen un período brillante y aun solemne por la majestuosa fecundidad de la fantasía y la profundidad de las ideas, parécenos de todo punto injustificable referir el origen de la ciencia a la fundación del Museo de Alejandría; como si pudieran relegarse al ínfimo papel de frustráneos ensayos o fantásticas irreflexivas concepciones, las profundas y sistemáticas doctrinas que con tan regular y legítimo proceso fué produciendo y desarrollando el maravilloso espíritu del pueblo griego. Podría quedar inapercibido el movimiento ante-socrático por la falta de monumentos escritos, que no alcanza a suplir la tradición, y por la deficiencia y manquedad de las observaciones y teorías, siendo en rigor injusto menospreciar el *naturalismo dinámico* de la escuela jónica, y el *idealismo matemático* de la escuela itálica, y el *panteísmo dialéctico* y el *atomismo mecánico* de las escuelas metafísica y física de Elea, y el *espiritualismo* de Anaxágoras, y el *racionalismo* que pudiéramos llamar evolutivo o transformista de Heráclito, con que se preparaba una concepción unitaria del mundo, y

se destruía el antropomorfismo mitológico, y se abría el camino de la observación y de la inducción científicas, y se despertaba la razón al conocimiento reflexivo de los principios y leyes de la realidad, y se hacía posible la aparición de los genios superiores de Platón y Aristóteles y hasta se formulaban doctrinas a que la ciencia vuelve con reconocimiento profundo en nuestro tiempo".

Por el esfuerzo hercúleo del señor Salmerón, decidiéndose a salir del limbo de su lenguaje habitual para poner en idioma casi corriente estas objeciones, puede juzgarse hasta donde será inadmisible la enmienda hecha en la partida de nacimiento de la ciencia por el americano doctor, dos veces diplomado, cuyo libro es a un mismo tiempo delicia y confusión de sus admiradores. Y no se crea ser éste el único traspié de que han tomado nota los amigos, sino que más adelante también han debido refutar al autor, sobre la contradicción de sus apreciaciones en lo que mira a la marcha e influencias del protestantismo, que él juzga de tan distintos modos como ocasiones tiene de nombrarlo.

Cedamos otra vez la palabra al señor Salmerón que aborda en esta forma su crítica: "Apenas si se detiene Draper a consignar el progreso cumplido en la Reforma, y aún estima su trascendencia y carácter con incierto criterio, incurriendo en contradicciones que no hemos de pasar en silencio. Preocupado sólo de enumerar los adelantos concretos de la observación, afirma (pág. 224) que "nada debe la Ciencia a la Reforma"; y casi a renglón seguido (pág. 247) tiene que consignar que merced a ello "no hubo autoridad que pudiese condenar las obras de Newton". Confundiendo en un mismo anatema la excepción

con la regla, llega por la muerte de Servet a equiparar el protestantismo con el catolicismo (pág. 224); y al fin (pág. 376), viniendo a mejor acuerdo, reconoce que si llegó Calvino a tan bárbaro exceso de fanatismo "no fué por los principios de la Reforma, sino por los del catolicismo, de los que no había podido emanciparse completamente". Mas sobreponiéndose a tales indecisiones, y rectificando sus contradicciones, en definitiva sustenta (pág. 376) que mientras el cristianismo católico y la ciencia son absolutamente incompatibles, no sólo es posible una reconciliación entre la Ciencia y la Reforma, sino que se verificaría fácilmente si las Iglesias protestantes quisieran observar la máxima de Lutero, establecida en tantos años de guerra, de que todos tienen derecho de interpretar privadamente las Escrituras; *fué* el fundamento de la libertad individual".

Ya se ve pues, que el primero de todos los conflictos a resolver por Draper, es el conflicto de sí mismo con sus potencias intelectuales; porque a menos de no tener el juicio perdido y flaca y alucinada la memoria, es imposible caer en contradicciones mayores y anacronismos más fuertes, a vueltas de extremar una duplicidad doctoral, que con el tratado de fisiología humana y todo, no ha surtido otro efecto que el que surtieron en el desventurado hidalgo manchego aquellos libros pecadores que en hora tardía quemaron el ama y la sobrina. Mas como quiera que sea, con lo dicho sobra para formar opinión respecto a la que tienen de autor y libro, sus propios amigos y admiradores.

Los amigos del autor, empero, si por lo que hace al origen y progresos de la ciencia, le han ido a la mano para rectificarle sus fantásticos datos; no

ha sucedido así respecto al origen y progresos del cristianismo, en cuya historia han dejado pasar sin correctivo el supuesto de que su Fundador fué un intrigante, y que sus discípulos y continuadores encontraron el terreno preparado para difundir la intriga con éxito satisfactorio. Ambos cargos no tienen, sin embargo, ni el mérito de la novedad; y el primero de ellos es la reproducción del que le hicieron a Cristo sus inícuos jueces. Veamos cómo lo cuenta la Escritura: "El pontífice (Anás) preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: —«Yo manifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, a donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a aquéllos que han oído lo que yo les hablé, ellos saben lo que yo he dicho». Cuando esto hubo expresado, uno de los ministros que estaban allí le dió una bofetada, diciendo: —«¿Así respondes al Pontífice?» Jesús le contestó. —«Si he hablado mal, da testimonio del mal: mas si bien ¿por qué me hieres?»" (1)

Le habían preso levantándole calumnias, se justificaba con el testimonio público de su vida, y le abofeteaban todavía. El hecho se reproduce ahora con los mismos caracteres de entonces: idénticos son los raciocinios del acusado y de los jueces. De un lado el Salvador, puro y sencillo como la inocencia, ofreciendo a los hombres el testimonio abierto de su vida; y frente a él sus calumniadores, aglomerando todo linaje de falsedades para imputarle delitos contra la verdad. ¿Que contestar a estos cargos? Aún existe sobre la cima del Gólgota la ondulación que

(1) Juan, c XVIII, v 19-23.

marca el paraje donde se consumó el sacrificio de la víctima, venida al mundo, según sus propias palabras, *para dar testimonio a la verdad!*

No valen, en cuanto al Cristo, las falsificaciones históricas ni las mistificaciones de cualquier género que sean. Mas en la narración de los sucesos que constituyen la trama de la vida cristiana, desde la muerte del Salvador hasta la consolidación de la Iglesia en el mundo, las opiniones de los enemigos de ésta han contribuido a formar los más opuestos criterios. Prevaliéndose de tal confusión, es que Draper asienta como cosa evidente, que el triunfo de la Iglesia se debió, no a designios sobrenaturales, ni a la virtud y entereza de los apóstoles y mártires de las primeras aciagas épocas de lucha, sino precisamente a la tolerancia de los romanos con el cristianismo Pero nada hay más inexacto que semejante afirmación.

La verdad pura y genuina de los hechos es, que desde el día en que el cristianismo apareció, tuvo por premio el martirio. En el siglo I y reinando Tiberio, la primera víctima fué Esteban protomártir. Reinando Nerón sucumbieron San Pedro y San Pablo, a más de los centenares de mártires oscuros que les precedieron y siguieron. En el siglo II comienza con Trajano una nueva persecución, que hace sucumbir entre otros a San Simeón obispo de Jerusalem y San Ignacio obispo de Antioquía, ancianos ambos. Bajo Marco Aurelio, San Policarpo obispo de Esmirna y San Fontino obispo de Dion, ambos nonagenarios, San Justino filósofo convertido y centenares de otros cristianos, reciben el martirio. En el siglo III, bajo Septimio Severo, perecen con San Irineo obispo de Lyon 18.000 mártires y dos mujeres Santa Perpetua y Santa Felicitas, mueren en el anfiteatro con

heroico comportamiento. Bajo Maximino, caen los Papas San Ponciano y San Antero, el diácono Ambrosio, el sacerdote Protoctetes, Santa Úrsula y sus compañeras. Bajo Decio, el Papa San Fabián y los obispos san Bábilas de Antioquía y San Alejandro de Jerusalem sufrieron el martirio con millares de cristianos, cuya listas se agotó en los obispos San Cornelio y San Lucio últimas víctimas de aquella terrible época. Bajo Valeriano, se decretó que los obispos, sacerdotes y diáconos fuesen decapitados, y lo fueron entre otros el Papa San Sisto y su diácono Lorenzo; San Cipriano de Cartago y los 153 mártires de Utica degollados en un solo día. Bajo Aureliano, un nuevo edicto lanzado contra los cristianos, no se cumplió en todos sus efectos por haber sido asesinado el emperador. Bajo Diocleciano, la persecución revistió caracteres abrumadores: no sólo fueron martirizados millares de individuos entre ellos la legión Tebana, sino que se arrasaron los templos, se quemaron las reliquias y ornamentos, se degradaron a los nobles de uno y otro sexo cuya tibieza pagana dejaba presumir inclinaciones al cristianismo, y quedó establecido el terror como norma de procedimiento. ¿Puede esto llamarse tolerancia?

Ni tampoco se concibe que el estado de las costumbres públicas, dejase lugar a un sentimiento parecido. Aparte de la espantosa corrupción que reinaba entonces en Roma, y que por acción refleja puede conocerse leyendo una página de la vida de los césares que imperaban; las inteligencias más cultas y floridas eran víctimas de supersticiones y desvaríos, que las hacían fanáticamente intolerantes en punto a creencias religiosas. Agregábase a ello, un profundo desprecio a los cristianos, tenidos por la

hez de las gentes; reputados viciosos, ignorantes y miserables; profesores de una religión insensata que superaba todas las demencias conocidas *(insania, amentia, dementia, stultitia, furiosa opinio, furoris incipientia)*. Se ridiculizaba la baja estofa social de aquel Cristo tan amado, su muerte en un patíbulo oprobioso, la clase de compañeros que se le habían juntado como apóstoles y los que se les apandillaron después a estos como sucesores. Se comparaba la sencillez de porte y costumbres de los nuevos teólogos, la austeridad de sus pruebas, las promesas invisibles de una gloria extra-terrestre, con aquella pompa del paganismo y aquellos goces inmediatos y tangibles que ofrecía y proporcionaba César, omnipotente, rey y pontífice a la vez, representante de la patria por la tradición y del orgullo romano por la dominación positiva del mundo. Y se concluía de aquí, que era necesario exterminar aquella plebe fanática, novadora de las costumbres y los ritos; tomando su persecución todo el fervor de un acto religioso y patriótico, como que tendía a apaciguar el enojo de los dioses y a velar por la grandeza del imperio.

Es tan rudimentario todo esto para los que tengan una mediana lección historial, que Draper se ve en grandes apuros al intentar negarlo, y no sale del paso sin contradecirse feamente. Pintando el estado social del imperio romano a la aparición del cristianismo, dice (pág. 57): "Cuando el Imperio, en un sentido militar y político, alcanzó su mayor elevación, llegó a su más alto punto de inmoralidad bajo un aspecto religioso y social; se hizo completamente epicúreo; sus máximas eran que la vida debía tomarse como una fiesta; que la virtud es únicamente el condimento del placer y la templanza el medio de pro-

longarlo". De aquí resulta evidenciado, que la situación era bien desfavorable para la propaganda de una moral austera, y sin embargo Draper no lo cree así, afirmando (pág. 38): "que a favor de una paz universal y un sentimiento de fraternidad entre las naciones vencidas, era fácil la rápida difusión por todo el Imperio del principio cristiano nuevamente establecido". Mas no pudiendo conciliarse esto con las persecuciones que el autor entra a narrar en seguida, escribe (pág. 39): "que descubriendo los emperadores romanos que era absolutamente incompatible el cristianismo con el sistema imperial, intentaron abatirlo por la fuerza; obrando en esto de acuerdo con el espíritu de sus máximas militares, que sólo reconocían la fuerza como medio de obtener conformidad". Ni te entiendo, ni me entiendes!

Por este estilo son todos los *conflictos* del libro de Draper, que no nacen de la confrontación o paralelismo del progreso religioso con el científico, sino del cotejo respectivo de las afirmaciones del autor. No hay una página que no difiera de la anterior y contradiga a la siguiente, en lo más fundamental de sus conceptos Sin embargo, sus apasionados dicen que raciocina lógicamente, y para confirmarlo, le apuntan ellos mismos las contradicciones en que cae, justificando de esa manera aquella sentencia bíblica que dice: "manadero de vida es la sabiduría a quien la posee, pero la erudición de los insensatos es locura".

Mas todas estas excursiones en el dominio de los tiempos pasados, no podían resultar beneficiosas para el autor de los *conflictos* mientras quedara en pie el testimonio vivo de la Revelación; ¿sí es que

por fin se decide a impugnarlo, aunque violando las reglas de la unidad procesal y el método cronológico de la narración, que le mandaban haber empezado por ahí. De dos clases son las objeciones que se han hecho hasta hoy a la Biblia por sus opugnadores. Del género hermenéutico o interpretativo la una, su antigüedad nace con los primitivos cismáticos hasta formar la escuela de Lutero y sus partidarios; y del género crítico la otra, sus ínfulas han crecido en nuestros tiempos de escepticismo exagerado, en los cuales se ha tenido a gala no creer siquiera que existiese el *maná* en Egipto, hasta que un viajero poco simpático al catolicismo declaró haberlo comido allí. (1) Sin embargo, los trabajos hechos por diversos sabios analizando la Biblia; entre los cuales no pueden omitirse los muy recientes del abate Moigno y el P. Gual que resumen cuanto se ha escrito sobre la materia; presentan ese libro inmortal con tales caracteres de autenticidad que hacen ridícula la pretensión de mantener dudas sobre ello.

¿Y cuáles son, por otra parte, esas dudas? Si las había sobre la antigüedad del *Pentateuco* de Moisés, está demostrado hoy por rigurosa cronología que Moisés supera en edad a todos los antiguos escritores conocidos, siendo anterior a *Sanconiatono* el fenicio en 300 años; a Homero en 500, a Confucio en 1000, a Beroso el caldeo en 1170, a Herodoto y a Maneton en 1240; lo que demuestra a la vez que no pudo plagiar a ninguno de ellos. Si a esta antigüedad, que de suyo garante la originalidad, se la contesta diciendo que no pertenece a Moisés sino a Esdras la redac-

(1) C F Volney — *Viaje por Egipto y Siria.* Tomo II, (Apénd.)

ción del *Pentateuco;* Esdras mismo (lib. II, 8-13) se encarga de desmentir el aserto afirmado: "que bajo el gobierno de Artajerjes *Mano-Larga* se trasmigró él desde Persia con los hebreos que quisieron seguirle, y una vez en el país natal, fué encargado por sus compatriotas de *interpretar* los libros de Moisés", lo que prueba que estaban ya escritos. Por otra parte, en los tiempos en que Esdras acometía esta empresa, los samaritanos, enemigos mortales de los hebreos, poseían otro ejemplar del *Pentateuco,* y no habrían permitido sin protesta que se adulterase lo que ellos tenían por una ley divina. La mejor prueba en este caso contra cualquier abuso de Esdras, es el hecho de que dos pueblos enemigos tuviesen, cada uno, un ejemplar de los libros de Moisés, y que ambos ejemplares se conserven idénticos después de más de 2800 años.

Se alegan también contra la originalidad del *Pentateuco,* otras objeciones. Dicen que por razón de haber sido escrito, estaba ese libro trabajado para un pueblo que sabía leer y que habría recibido esa enseñanza junto con los principios religiosos que formaban de antiguo su lastre intelectual; de donde se sigue que Moisés fué un mero compilador de las ideas corrientes entre sus compatriotas. Agregan que leyéndose en el *Pentateuco* frases como esta: "Porque Moisés era varón muy manso, más que todos los hombres que eran sobre la tierra"; y como esta otra: "Nunca más se levantó Profeta en Israel, como Moisés, a quien haya conocido el Señor cara a cara"; es imposible que el mismo aludido se hiciera ese elogio. Y por último, añaden, que narrándose en el *Pentateuco* la muerte de Moisés, no pudo racionalmente describirla éste, lo que es un testimonio más

contra la autenticidad del libro. Nada de nuevo, empero, dicen estas objeciones, y sobre todo, nada prueban.

Que los hebreos sabían escribir antes de Moisés, lo dice el mismo Moisés en el *Éxodo,* cuando habla de ciertas lápidas sobre las cuales estaban esculpidos nombres e inscripciones de los hijos de Israel; y lo confirma en los *Números,* mentando el *Libro de las batallas del Señor,* cosas todas anteriores a él. Que se elogiase a sí mismo en algunos pasajes de su inspirada narración, humillándose y vituperándose en otras, es achaque común a todos los escritores sagrados; pues San Pablo en algunos lugares de la Escritura se compara con los primeros de los apóstoles, mientras en otros se llama hijo abortivo y persecutor de la Iglesia; y San Juan no vacila en asegurar que el Señor le prefería a él entre todos sus discípulos. Ahora, por lo que respecta a los ocho versículos finales del *Pentateuco,* en que se narra la muerte de Moisés, los teólogos más ortodoxos siempre han admitido, que pueden haber sido escritos por Josué su confidente y sucesor. He aquí todo, ¿prueba ello algo contra el *Pentateuco?* Porque los hebreos sabían escribir antes de Moisés ¿se pretenderá que conocían y amaban de tiempos atrás las leyes del Sinaí y sus concordantes, cuando la historia atestigua que se sublevaron contra ellas y contra Moisés repetidas veces, en el transcurso de los 40 años que ensayó a imponérselas? Porque Josué o cualquier otro haya agregado ocho versículos a los cinco volúmenes que componen el *Pentateuco* ¿se seguirá de ahí que Moisés no sea el autor de todo lo que precede a esas dieciséis líneas?

Esto es sencillamente absurdo. Pero lo es más todavía, la conglomeracion de ditirambos con que los exégetas de nuevo cuño tratan de salir triunfantes contra la Biblia, arrancando el debate de la esfera cronológica y literaria, para llevarlo a lo fundamental y teológico. Corridos en la cuestión de fechas y sincronismos, apelan a la inventiva, para hacer de los dogmas un fabuloso tejido de procedencia humana, cuyos hilos se encuentran generalmente en la India, como que nadie ha de ir allá para cerciorarse de la cosa La India que estaba un poco en baja desde que Voltaire la manoseó tanto para oponerla al catolicismo, ha entrado en moda nuevamente por mano de M. Jacolliot, especie de hierofante que con una nueva Biblia de su invención, recorre las calles de París, pronto a dar cuantas explicaciones se le pidan. Este indiómano y sus acólitos, resuelven todas las dificultades con remitirlas al país del Ganges y del Bramaputra, de donde han desenterrado una civilización hasta el día incógnita. De allí ha salido el dogma de la Trinidad, de allí los libros de Moisés que son un plagio de los *Vedas;* de allí toda la doctrina cristiana, pues nada menos que Jesucristo mismo, estuvo en la India quince años para aprender las cosas sublimes que nos enseñó. Dogmas de la Trinidad, del Purgatorio y del Infierno, caída del hombre, su regeneración por la penitencia, la oración y la limosna; todo viene de la India. ¡Que Jacolliot, tan travieso! Lo cierto es que él ha echado fama y no le faltan discípulos, entre ellos nuestro Draper, que ya se nos va quedando rezagado, y al cual volvemos sin más trámite.

Puestas a la disposición del público por las dos escuelas enemigas de la Biblia, tantas maravillas;

Draper no podía menos de agarrarse a la coyuntura, pero lo ha hecho con tanta inhabilidad, que pretende utilizar los argumentos de ambas escuelas a la vez, en lo que anda desacertado. Porque si ha de negar la autenticidad de la Biblia, por fuerza tiene que despreciarla en absoluto, y no hacer mención de ella en ciertos casos dándole una validez que en otros le niega.

Desde que toda la Biblia es falsa ¿para qué discute entonces la probabilidad de que el *Pentateuco* fuese escrito por Esdras y no por Moisés, que San Pedro muriese en cualquier parte menos en Roma, que los dogmas de la Trinidad, del Purgatorio y del Pecado Original no fluyan de la enseñanza de Cristo, y que el bautismo y la confesión auricular sean una invención clerical? Porque si por arte de encantamiento, Esdras que vivió unos 1300 años después de Moisés, pudo escribir por primera vez el *Pentateuco* que los israelitas leían sin embargo desde 1300 años antes, y si San Pedro no fué encerrado en la prisión *Mamertina* en Roma junto con San Pablo por orden de Nerón, y de allí salió a ser crucificado, alcanzando su compañero un género de muerte menos infamante por gozar honores de ciudadano romano; y si los dogmas de la Trinidad, del Purgatorio y del Pecado Original no fluyen de la enseñanza evangélica, especialmente el primero del Génesis y de los Salmos; el segundo de la epístola de Santiago, y el tercero de los evangelios de San Marcos y San Juan, y si Cristo no ordenó en repetidas ocasiones la confesión como medio seguro de purificarse, y el bautismo, bautizándose él mismo ¿qué importancia tiene todo eso, desde que los católicos lo sacan de un libro falso como es la Biblia? ¿Ni qué importancia tiene

tampoco, el que la cronología de Moisés ande según Draper en contradicción con la ciencia, si a fin de cuentas no fué Moisés el que escribió la parte contestada de los libros sagrados, a los cuales de hoy en adelante no ha de llamárseles *sagrados,* porque les ha sustituído en autoridad el parto intelectual del ilustre profesor neoyorkino, con todas sus virtudes infusas y efusas?

Este encarnizamiento con la Biblia está, por otra parte, demás, si es que Draper intenta por tal medio atacar la Iglesia, librando a la ciencia de las ligaduras de la Revelación en lo tocante a cuestiones geológicas y paleontológicas que parecen preocuparle muchísimo. ¿Es, por ejemplo, imposible que en seis días de los nuestros fuera creado el mundo? Pues ahí está la opinión de los hebraístas más conspícuos, quienes al vocablo *yom* empleado por Moisés para indicar lo que nosotros llamamos *dia,* dan el valor de un período de tiempo que lo mismo puede determinar un instante como millares de siglos. ¿Es objeto de escándalo, para los sabios de cáscara draperista, que la narración mosaica no deje entender la existencia de leyes secundarias ejerciendo su influencia sobre la creación del mundo? Pues ahí está San Agustín poniendo en claro los pasajes de la Biblia que lo dejan entender, y admitiendo no solamente esas leyes secundarias sino aquella materia *etérea* de donde Laplace sacó más tarde el componente sustancial de los soles y los mundos que vagan por el espacio. Y sobre todo, si nada de esto satisface, hay una razón de fuerza para dejar en paz a la Biblia, por lo que toca a la edad del mundo y la del hombre, a saber: que la Iglesia nada ha definido al respecto,

de donde se sigue que todas las opiniones son libres en orden a este asunto.

Ciertamente que hay sabios bastante testarudos como Quatrefages, Vilanoba, Secchi, Moigno y otros, que apurando las investigaciones científicas, encuentran sus últimos resultados concordes con la revelación bíblica ¿pero qué hemos de hacerle? Discuta Draper con ellos, desbaráteles las razones que emiten, y sobre todo, los hechos que aducen, y después de este triunfo denos la segunda edición corregida de sus *Conflictos;* seguro que a pesar de ello no caerá en nota de herejía por lo que respecta a la edad del mundo y del hombre, cuestiones debatidas en el seno de la Iglesia desde los primeros siglos del cristianismo y por los más célebres doctores cristianos. Y en cuanto a la Biblia, es perder tiempo todo ataque a su autenticidad, porque ella se basa en el testimonio de una antigüedad incuestionable, admitida y confirmada por centenares de generaciones que no habían de haberse estado engañando impunemente unas a otras, para dejar en pie la única superchería antigua que existiese, después que han caído todas, pasando a su vez con ellas, ideas y escuelas filosóficas, sabios, propagandistas, reyes, naciones culminantes e imperios que se creyeron inmortales.

Ahora, por lo que toca al origen específico del hombre, que Draper se inclina a poner como Darwin en el transformismo fatal de la animalidad, corresponde decir que no solamente la Biblia, sino la razón natural rechaza tal hipótesis, sustentada en lo antiguo por los egipcios que se decían hijos de unas ratas nacidas entre el limo del Nilo; resucitada más tarde por Empédocles y Lucrecio entre los griegos y romanos; y enterrada por el sentido común hasta

el presente siglo, en que la escuela evolucionista la ha devuelto a la circulación con aires de trascendental descubrimiento. Tan absurdas son las composiciones de lugar por las cuales conciliaba el materialismo pagano, la ausencia de un principio divino en la creación del hombre con la absoluta soberanía de la materia; como ridículas las disquisiciones del moderno panteísmo que se esfuerza en sacar del mono al ser racional, por sucesión de evoluciones antojadizas. Ambos sistemas, sobre no hacer otra cosa que alejar la dificultad de una causa primera, remitiendo sus especulaciones a principios secundarios tras de los cuales aparecen siempre otros; promueven en último resultado la más nimia de las polémicas. Porque si es irracional sustituir la creación adámica, por aquella vulva accidentalmente emergida, en la cual quería Lucrecio que hubiesen caído al acaso ciertas gotas seminales que formaron al hombre; no menos atrabiliario es, suponer al hombre descendiente del mono, cuando ambas especies coexisten sobre la tierra, siendo así que por ley natural inviolable, ninguna especie nueva aparece mientras su antecesora no se ha agotado por completo.

Rigurosamente examinadas todas las hipótesis, ninguna se aproxima en solidez, racionalidad y sentido práctico a la revelación mosaica; que da al hombre desde su nacimiento las condiciones ingénitas a su naturaleza propia, como se las dá igualmente a cada una de las parejas animales, sin lo cual no se concibe el desarrollo de las especies sobre la base típica de una forma peculiar; diga Darwin lo que quiera, y por más que Draper le haga coro a toda voz. De otra manera es falsa esa ley de *caracterización* que ellos mismos proclaman con tanto énfasis; por-

que no existiendo tipo generador a que remitirse, ¿cuál va a ser el distintivo que demuestre una condición genérica en las especies?

Por donde se ve, que la Biblia sin haber tenido nunca pretensiones de libro científico, define mejor que nadie, sin embargo, las cuestiones científicas cuando las aborda; y da a los hombres junto con las bases de una enseñanza religiosa profundamente sabia, los elementos racionales de criterio para buscar la verdad en el campo de las especulaciones. De ahí proviene que los Padres de la Iglesia, por ejemplo, sin otro auxiliar que las sagradas letras, hayan podido resolver tantos problemas de fundamental alcance para las ciencias naturales, adquiriendo sus raciocinios un valor cada vez más considerable, a medida que el tiempo y las controversias los han vigorizado. Y no hay nada de extraordinario en esto, si se tiene en cuenta que del sentido común es de donde salen y a donde vuelven todos los descubrimientos científicos que constituyen el capital intelectual de la humanidad, y no siendo el sentido común otra cosa que la inteligencia libre de preocupaciones, es llano que en esa aptitud holgada, el espíritu se eleva dócilmente hacia las regiones donde toda verdad tiene su asiento indestructible. Prosigamos.

No se concebiría una diatriba completa contra la Iglesia, si la Inquisición no tuviera en ella un lugar preeminente, así es que el autor americano se lo da y muy amplio en las páginas de su libro. Por ignorancia o de intento, confunde en la palabra *Inquisición,* una serie de instituciones cuyo nacimiento no provocó la Iglesia, y en cuyos progresos no tuvo

responsabilidad. En este caso se hallan, la Inquisición de Teodosio el Grande en el siglo IV, la de Carlomagno en el siglo VIII, la germánica en el siglo XII, las de Venecia y Federico II de Alemania en el siglo XIII, la española a fines del XV, y la protestante en el siglo XVI. La *Inquisición eclesiástica,* única instituída, fomentada y dirigida por la Iglesia, nació bajo el pontificado de Inocencio III, hacia el año 1204, con motivo del terrible cisma de los *Albigenses;* y se complementó bajo Gregorio IX en 1233. Su misión en todos los tiempos fué la de un jurado: estaba encargada de declarar si había o no herejía, en las doctrinas novedosas que se presentaban al público por los escritores y propagandistas. Si la había, procuraba incitarles a la retractación por toda suerte de exhortaciones, lecturas y controversias, recluyéndoles durante algún tiempo en lugares apartados para que la meditación influyera el raciocinio; pero si aún así, persistían en el error, entonces les devolvía a la autoridad civil que aplicaba en ellos la legislación vigente. Ante este tribunal comparecieron, Galileo, que murió tranquilo y libre en su cama a pesar de todas las pamplinas narradas sobre él, y Jordano Bruno, religioso apóstata, que fué echado a las llamas por el brazo secular, convicto y confeso de contumacia como hereje, mago y astrólogo.

En concepto de Draper, empero, ni la uniforme severidad de la legislación penal europea de entonces, ni la diferencia originaria entre las inquisiciones políticas y la eclesiástica, son asunto digno de tomarse en cuenta. Si los gobiernos civiles quemaban herejes y magos, culpa es de la Iglesia católica, y así lo asienta el autor americano, por más que pruebas irrefutables demuestren lo contrario. Hoy es una cosa

corriente y sabida, por ejemplo, hasta que punto estuvieron los Papas en contra de la Inquisición española; y el mismo Llorente, cuyo libro constituye el arsenal donde se forjan las armas para combatir a la Iglesia en lo que se refiere a aquel tribunal político, se ha visto obligado a confesarlo. Es él quien cita la reprobación de Sixto IV a la conducta de los inquisidores de Sevilla, y la orden de que todos los fallos inquisitoriales tuvieran apelación a Roma; así como que se absolviese secretamente a los herejes arrepentidos para evitarles los castigos civiles y la verguenza pública. Es él quien cita la excomunión lanzada por León X contra los inquisidores de Toledo, arrostrando el enojo de Carlos V, campeón entonces de la Iglesia contra los protestantes; así como también el proyecto de reforma de la Inquisición toda, que tanto disgustó al emperador. Es él quien cita la vindicación del benedictino Virués, absuelto por Paulo III de la acusación de luteranismo y provisto más tarde obispo de Canarias; así como la oposición del mismo Papa a que se introdujese en Nápoles la Inquisición española. Es él, quien desmintiendo el aserto de haberse sacrificado en los tribunales inquisitoriales españoles más de un millón de víctimas, ha demostrado con números que no pasaron de 10.000 las víctimas sacrificadas, durante los primeros ochenta años que fueron los más duros. Es él por último, quien ha documentado la negativa de Paulo IV, a que la Inquisición se introdujese en el Milanesado.

Como quiera que sea, juzgando las cosas del punto de vista actual de nuestra sociabilidad, se preguntan algunos como puede conciliarse la doctrina evangélica que predica la paz y la fraternidad entre

los hombres, con la institución de un cuerpo tan formidable como la Inquisición eclesiástica. A esto responden los hechos, las exigencias históricas y el triunfo de la civilización.

Apenas resuelto el problema de que el mundo romano abrazase el cristianismo en el siglo IV, nacieron falsos intérpretes que produjeron hondos y peligrosos cismas. A la cabeza de estos novadores apareció Arrio, pretendiente desairado a la dignidad episcopal en la Iglesia de Alejandría y propagador de la doctrina que lleva su nombre. Anatematizado en el concilio de Nicea, no desistió la empresa, y supo trabajar de tal modo, que después de su muerte el cisma tomó proporciones colosales, dividiendo el Imperio y arrebatando al cristianismo todo el Oriente que se hizo arriano. A favor de esta división tomó cuerpo el espíritu de secta; nuevos cismáticos se alzaron doquiera, hasta que en el correr del tiempo, el Islamismo con su prodigioso desarrollo vino a forzar las puertas de la Europa asombrada. Vióse claramente entonces, que lo que peligraba en el mundo occidental, no era sólo el prestigio del clero cristiano ni el poder de la jerarquía eclesiástica, sino toda una civilización, que habiendo nacido al calor de las doctrinas de Cristo, llevaba en sus entrañas junto con el destino de la Iglesia el porvenir de la humanidad. Los pueblos europeos y sus gobiernos civiles estrecharon filas; vinieron las cruzadas contra los infieles musulmanes, se reforzó la legislación penal con exquisita severidad, y fué conceptuada la defensa del cristianismo como el principio eficiente de toda salvación posible.

Así vivió la Europa cristiana durante ocho siglos, luchando primero contra Arrio y sus discípulos

que la arrebataron el Oriente, y después contra Mahoma y sus sectarios que la amenazaban en el corazón de sus dominios. Y en esta disposición de ánimo la encontró el cisma de los *Albigenses,* que despuntó promediando el siglo XII, en los pueblos de la Francia Meridional conocidos con el nombre de *provenzales.* Una civilización más brillante que sólida y más pedantesca que brillante, daba a aquellos pueblos la exterioridad de un progreso envidiable. Rica y armoniosa su lengua, abundante y fácil su poesía, habíanse popularizado por todos los centros europeos, y particularmente en Italia, donde el provenzal era idioma tenido en más mérito que el propio. Ciudades grandes e industriosas, magnates opulentos y despreocupados, hacían de la Provenza un oasis, pero bajo aquellas perspectivas deslumbradoras se escondía como lo hace notar un escritor nada sospechoso, "la más refinada corrupción, la costumbre descarada del engaño, la codicia, la sutileza de ingenio, los sentimientos falsos, el orgullo de las riquezas, la locura de la prosperidad, la política sin caridad, y la crueldad fría y reflexiva; pareciéndose esta civilización a la del Bajo Imperio y a la de los Árabes (1)".

Y no puede juzgársela de otro modo, examinando el resultado a que llegaba en su propaganda. Había comenzado por impugnar la necesidad de obediencia a los mandatos de la Iglesia, y de ahí siguió hasta aceptar en el orden religioso el culto de dos divinidades distintas, y en el orden social la derogación del matrimonio. Aquello se daba la mano con el paganismo dualista por un lado, y con el islamismo

(1) Teófilo Lavalée - *Historia de los Franceses.* T II, lib. I, cap IV.

poligámico por otro. La Iglesia lo entendió así, y envió al Languedoc una legión de misioneros que predicaran contra la herejía en boga; pero el éxito fué de los más desgraciados, no logrando aquellos sacerdotes otra cosa que desprecios y silbidos. Cundió entre tanto rápidamente la doctrina de los *Albigenses,* penetrando en el transcurso de medio siglo hasta España, después de haber inficionado la Hungría, la Bulgaria y la Lombardía, influyendo sobre los estudios filosóficos de las escuelas de París, y contaminando la Alemania y los Países Bajos que se tornaban heréticos. Ocurría este trastorno en momentos en que Saladino se apoderaba de Jerusalem y los Almohades africanos invadían la España; de modo que podía conceptuarse perdido el cristianismo. Inocencio III que ocupaba a la sazón el trono pontificio, atendió a remediar el conflicto enviando nuevamente al Languedoc legados y monjes del Císter, a quienes ayudaba Domingo de Guzmán, cuya piedad y caridad le hicieron digno de los altares más tarde. Tan infortunados, empero, como sus antecesores, estos misioneros fueron corridos y maltratados por los provenzales, mientras el conde de Tolosa, rodeado de concubinas, judíos y mercenarios, estimulaba y aplaudía el hecho desde su corte. Entonces el Papa, agotados los medios conciliatorios, excomulgó a los provenzales, mandó predicar la cruzada que acabó con ellos, y echó las bases de la Inquisición.

Tales fueron las causas a que obedeció el establecimiento de la Inquisición eclesiástica, tribunal creado para depurar las doctrinas teológicas corrientes y librar al mundo de una recaída al paganismo; que, dentro de las previsiones humanas, habría sido sin levante. ¿Se excedió en algo la Iglesia, al proceder

así? ¿Sacrificó en holocausto a su seguridad de entonces, la libertad futura de los hombres, el santo legado de la ciencia, la obra inviolable del progreso? Veámoslo.

El cargo capital contra la Inquisición eclesiástica es, que detuvo el vuelo del espíritu humano, comprimiendo sus espontaneidades dentro de un círculo de sofismas consagrados por la política sacerdotal. Se pretende que el clero católico, temeroso de perder su influencia entre las masas populares, prohibió toda especulación filosófica que salvara los límites trillados por sus adeptos; y ahogó en sangre, o mejor dicho, extinguió en las hogueras, la vida de aquellos pensadores que sintiéndose atraídos a la contemplación del universo sideral, pusieran de manifiesto ideas que contrariasen la cosmogonía admitida sobre la inmovilidad de la tierra y su evidente superioridad en el orden planetario. Draper recoge y levanta estas acusaciones, recapitulándolas con singular esmero en cada trecho de su libro, y de ellas deduce, que el movimiento cismático y separatista operado dentro del mundo cristiano, en cualquiera de sus fases, fué preferible a la autoridad de la Iglesia; no destarando el Islamismo, al que discierne los más efusivos y calurosos elogios.

Sin embargo, la historia de la ciencia demuestra, y Draper mismo lo confirma, que el progreso de la astronomía se debe por entero a la Iglesia; viniendo de monjes, frailes y clérigos, todos los conocimientos positivamente científicos que hoy tenemos en esa rama del saber humano. Hasta Copérnico, canónigo polaco, cuyo estado sacerdotal olvida Draper

de mencionar, la ciencia astronómica se desarrollaba vacilante, entre las inducciones pitagóricas y el erróneo sistema de Ptolomeo que suponía a la Tierra colocada en el centro del mundo, siendo el clero católico quien únicamente hacía esfuerzos singulares por adelantar sus progresos. Dionisio *el chico,* monje natural de Escitia, en el año 527 fijó la cronología cristiana por la cual nos regimos hoy. El P. Beda (730-35) clérigo inglés, descubrió el equinoccio, dejando una colección de obras originales que son todavía estimadísimas. Silvestre II (999-1003) cuyos conocimientos científicos asombraron a sus contemporáneos antes de ser Pontífice, había formado el globo celeste y abierto cátedras de matemáticas y astronomía. Bacon, fraile franciscano inglés (1214-1249), llamado el *Doctor admirable,* inventó la teoría de los telescopios, de los espejos ustorios, de la refracción, del arco iris, y explicó las mareas por la atracción de la luna. Pero sólo Copérnico fué quien determinó las revoluciones de los cuerpos celestes "adelantándose a Newton en muchos de sus descubrimientos, y fijando a la ciencia el camino de donde no se ha apartado más. (1)"

El hecho es harto conocido para mencionarse con cierta extensión, si no brindara oportunidad de presentar en nuevo y flagrante delito de mentira al escritor que venimos criticando. "Copérnico —dice él— concluyó hacia el año 1507 un libro sobre las *Revoluciones de los cuerpos celestes.* Había viajado por Italia en su juventud y dedicádose a la astronomía, estudiando en Roma las matemáticas. Un estudio profundo de los sistemas ptolomaico y pitagórico,

(1) Arago — *Lecciones Elementales de Astronomía.* Lec. II.

le había convencido de la verdad de este último, y apoyarlo era el objeto de su libro; comprendió que sus doctrinas eran totalmente opuestas a la verdad revelada, y previendo que podía acarrearse el castigo de la Iglesia, se expresó con prudencia y de un modo apologético, diciendo que había tomado únicamente la libertad de ensayar si, en el supuesto del movimiento giratorio de la Tierra, era posible hallar una explicación mejor que la antigua de las revoluciones de los mundos celestes; y que al obrar así había usado del privilegio concedido a otros, de fingir las hipótesis que querían. El prefacio estaba dirigido al papa Paulo III".

Para desmentir el cargo de *velada herejía* atribuído a la doctrina de Copérnico, bastará decir que la publicación de su libro fué hecha a instancias del Cardenal Schomberg, del Obispo de Culmi y varios otros teólogos. Y para borrar el baldón de supercheria con que se quiere manchar el carácter inmaculado de tan grande y virtuoso sabio, sobra con transcribir su carta dedicatoria a Paulo III, que dice así: "Dedico mi obra a Vuestra Santidad, para que vea todo el mundo, así los sabios como los ignorantes, que no rehuyo su juicio y examen. Vuestra autoridad y vuestro amor por las ciencias en general y por las matemáticas en particular, me servirán de escudo contra mis malignos y pérfidos detractores, a pesar del proverbio que dice que no hay remedio contra la mordedura de un calumniador. Los movimientos del sol y de la luna están indicados con tan poca precisión en las hipótesis antiguas, que no pueden determinar la constante y eterna duración del año. Los antiguos no se valían de los mismos principios para explicar las revoluciones de los cuerpos

celestes. Tan pronto admiten circulos excéntricos, como los epiciclos, cuya aplicación no se aviene con la totalidad del sistema. Ellos no tienen base alguna cierta: ni aún han sabido comprender y demostrar el problema más importante, la forma del mundo y la simetría de los cuerpos celestes. Su sistema parece el cuerpo de un monstruo, compuesto de miembros reunidos al azar. Al observar los movimientos de los planetas en relación con los movimientos de la Tierra, no sólo descubrimos una perfecta analogía y concordancia, sino que admiramos el orden y la simetría en el conjunto de los cuerpos celestes; el mundo entero forma un todo armónico, cuyas partes están tan bien ligadas entre sí, que no es posible eliminar una sola sin introducir el desorden y la confusión. Yo estoy cierto que los matemáticos sabios y profundos aplaudirán mis descubrimientos, si como es propio de verdaderos filósofos, examinan a fondo las pruebas que presento en este libro. Mas si algunos hombres ligeros e ignorantes, quisieran abusar contra mí de algunos pasajes de la Santa Escritura cuyo sentido tuercen, *no por eso retrocederé;* desprecio de antemano sus ataques temerarios. ¿Por ventura Lactáncio, escritor por otra parte célebre, pero ignorante en matemáticas, no quiso poner en ridículo a los que creían la esfericidad de la Tierra? No es de admirar que me esté reservada la misma suerte. Pero *las verdades matemáticas,* no deben ser juzgadas sino por *matemáticos.* Si no me engaño, mis trabajos serán de alguna utilidad para la Iglesia, de la cual tenéis el gobierno supremo".

¿Es este el lenguaje de un impostor? ¿Hay aquí superchería o encubrimiento, pretexto para engañar a alguien, o deseo de poner traidoramente alguna he-

rejía en circulación? Copérnico lo dice de una manera clara y enérgica: "Las verdades matemáticas no deben ser juzgadas sino por matemáticos, y aun cuando los ignorantes tuerzan contra mí algunos textos de las Escrituras para combatirme, no por eso retrocederé". Así hablaba un sabio católico a otro sabio, dignos ambos de la misión que recíprocamente les había dado la Providencia.

En pos de Copérnico, viene Galileo, su discípulo, que habiendo aceptado todas las conclusiones del maestro, las revistió con la novedad de un estilo bellísimo y el propósito de apoyarlas en las Escrituras, dando atrevidas interpretaciones del texto sagrado. Se empeñó en disuadirle de este último propósito el papa Urbano VIII, su grande amigo, pero el astrónomo no atendió las observaciones del Pontífice, levantando tal disputa entre los hombres de letras, que intervino la Inquisición en el asunto. A su presencia fué llamado Galileo, y después de un juicio en que abjuró la parte herética de sus doctrinas, fué sentenciado a un arresto en el palacio de la embajada toscana, después en su propia casa y al último dejado en plena libertad. En esto, ciertamente, la Inquisición eclesiástica anduvo más caritativa que el Parlamento de París, el cual aprobó una decisión de la Universidad de la Sorbona (4 de setiembre de 1624), que prohibía *bajo pena de la vida,* profesar o enseñar doctrina alguna contraria a *los autores antiguos y aprobados.*

Las discusiones astronómicas, entre tanto, tomaban gran vuelo en Europa, seduciendo a los sabios con el incentivo de los deslumbradores descubrimientos de Copérnico, que Galileo supo popularizar y ex-

tender. Los trabajos de copernianos como el P. Castelli, benedictino y profesor de la Universidad de Pisa; del célebre P. Campanella, y del obispo español don Diego de Zúñiga que comentaba la Biblia a la luz de las nuevas doctrinas, eran recibidos con ansiedad por el público ilustrado. Galileo había dejado también un número muy apreciable de discípulos y continuadores, entre los cuales se contaban los PP. Cavalieri y Renieri, fray Gabriel Pierozzi que concibió e hizo grabar el pomposo epitafio de su tumba, y muchos cardenales y obispos. Era pues la astronomía, una ciencia de moda, con adeptos en toda Europa, siendo el clero católico su más fuerte columna. Vino a culminar esta actividad, la aparición de las doctrinas de Keppler, discípulo de Tycho-Brahe astrónomo dinamarqués que era contrario a los copernianos.

Desde luego, en el seno de la clase social donde el movimiento tenía mayor impulsión, fué donde nacieron las controversias más vivas y fecundas. Aprovechando el estado de los ánimos, un dominico apóstata llamado Jordano Bruno, comenzó a circular sus ideas heréticas bajo la cubierta de estudios astronómicos, iniciando la propaganda con una obra titulada *Infinitud del Universo y de los Mundos.* Tras de este libro vinieron otros, en que se atacaban los dogmas de fe y la jerarquía eclesiástica, y entonces cayó sobre él la censura, viéndose obligado a fugar a Inglaterra, desde donde comenzó una lucha constante y feroz contra el catolicismo. Vuelto a Italia, la Inquisición le prendió en Venecia y de allí fué trasladado a Roma, declarado hereje y entregado a la justicia civil que le mandó quemar. Oigamos a Draper narrando el hecho.

"Por orden de las autoridades eclesiásticas —dice— fué trasladado Bruno de Venecia a Roma y confinado en las prisiones de la Inquisición, acusado, no solo de ser hereje, sino también heresiarca, que había escrito de un modo indecoroso respecto a la religión; el cargo especial que había contra él, era que había enseñado la pluralidad de los mundos, doctrina contraria a todo el tenor de la Escritura y enemiga de la religión revelada, especialmente en lo relativo al plan de la salvación... En sus *Conversaciones de la Tarde* decía que las Escrituras nunca habían pretendido enseñar ciencia, sino moral, y que no podían aceptarse como autoridad en asuntos astronómicos o físicos... Después de una prisión de dos años, fué presentado ante sus jueces, declarado culpable de los hechos alegados, excomulgado, y, por su noble negativa a retractarse, entregado al brazo secular para ser castigado "tan misericordiosamente como fuera posible y sin derramar su sangre"; fórmula horrible que indicaba que el preso fuese quemado vivo. Sabiendo bien que aunque sus verdugos podían destrozar su cuerpo, su pensamiento viviría entre los hombres, dijo a sus jueces: "quizá teméis más dictar mi sentencia, que yo escucharla". Esta se llevó a efecto, y fué quemado en Roma el 16 de febrero de 1600".

Todo este novelesco y absurdo proceso se destruye por sí mismo. Desde luego, la Inquisición no podía hacer a Bruno un cargo, y cargo especial, por haber enseñado la *pluralidad de los mundos,* puesto que el dogma católico comporta perfectamente esa doctrina, que antes de Bruno habían sostenido con brillo doctores de la Iglesia como Orígenes, y prelados de tan singular piedad y sabiduría como el car-

denal de Cusa. Tampoco podía la Inquisición presentar la Escritura como fuente de enseñanza astronómica o física, cuando estaba casi fresca la tinta con que Copérnico había escrito a Paulo III aquellas célebres palabras: "las verdades matemáticas sólo deben ser juzgadas por matemáticos, y aun cuando algunos hombres ligeros e ignorantes tuerzan contra mí ciertos pasajes de la Santa Escritura, no por eso retrocederé". Lo que había en todo esto, y que con su acostumbrado atolondramiento confiesa Draper a raíz de las afirmaciones anteriores, es que Bruno, a más de ser sacerdote apóstata era filósofo panteísta. Véase sino, como él mismo lo prueba: "Sus meditaciones sobre estos asuntos —dice— le habían hecho venir a la conclusión de que las opiniones de Averroes no estaban lejos de la verdad. Puede por esta causa ser considerado Bruno entre los escritores filosóficos como intermediario entre Averroes y Espinosa".

En cuanto al terrorífico cuadro que pinta a la Inquisición dando fórmulas hipócritas, para hacer más desesperante el castigo del mísero hacia quien se afectaba piedad, es tan falso como todas las afirmaciones sañosas del escritor que criticamos. La Inquisición eclesiástica no determinaba castigos, ni infligía penas. Su carácter de jurado, la impedía inmiscuirse en estas cosas. Llamada para fijar el criterio de la justicia civil sobre la naturaleza de las doctrinas o hechos que decían relación con los dogmas religiosos, declaraba si eran o no contrarios a ellos los escritos o actos de las personas indiciadas. Cuando la herejía era patente, ensayaba un último esfuerzo ante los procesados para provocar su retractación discutiendo largamente con ellos los puntos

controvertidos; y si después de agotados todos los medios cuyo empleo solía durar años enteros no cejaban, entonces les entregaba a la autoridad civil, la cual procedía al tenor de las leyes hijas del uso, costumbres y aspiraciones de la época. ¿Había en esto algo de extraño? Todos los tiempos han sido iguales, y toda legislación no es más que el reflejo de las necesidades, de las pasiones y hasta de los odios del tiempo en que se dictó.

Por otra parte, el ideal de aquella época era la pureza de la fe, y a su esplendor se sacrificaba toda otra consideración; porque de conservarlo dependía la paz del mundo civilizado y el triunfo del progreso. De ahí que un escritor racionalista haya determinado los elementos de ese criterio imperante, en los siguientes términos: "En un tiempo no lejano todavía, la religión preocupaba todas las conciencias y eran sus intereses el pábulo constante de generosos designios. El guerrero izaba el estandarte donde brillaba la cruz; el conquistador llevaba al ungido misionero que predicaba la fe de los vencedores; el monarca juraba con la mano puesta sobre los Evangelios; los cánticos religiosos que saludaban al sol naciente bendecían al Dios de los ejércitos; la piedad era la virtud por excelencia, el honor la prenda más segura. Las virtudes religiosas excitaron el fanatismo (*¡¡bendito fanatismo que tenía por norma la piedad y el honor!!*); la veneración debida al doctor que en las escuelas y en los púlpitos enseñaba la verdad de las Escrituras, los cánones y sentencias de concilios y maestros, produjo la animadversión del sacrílego que dudaba, del temerario que mostraba la duda. La aureola mística y santa que debía adornar la frente de los propagadores de la fe, cubría la frente del apóstata de igno-

minia; y si la sociedad se adelantaba a los juicios de Dios, y daba reverencia y culto al que por su olor de santidad parecía glorificado, adelantábase también a esos mismos juicios de Dios, y no contenta con anatematizar al disidente y propagador de doctrinas heterodoxas, hacía preceder de una condenación terrenal la condenación celeste; y hubo tribunales religiosos, delitos contra la religión, penas aflictivas, pena de muerte y todo linaje de tormentos para el culpable en materias religiosas". (1)

De lo dicho se infiere, que la Inquisición eclesiástica no fué propiamente un tribunal, pues nunca infligió penas ni mandó ejecutar sentencias; así como tampoco fueron crueldades de la Iglesia, sino resultancias del criterio jurídico de la época, los castigos en que caía toda infracción al dogma religioso. Es por lo tanto falso y temerario el cargo de que la Iglesia por medio de la Inquisición eclesiástica comprimiese el vuelo del espíritu humano, particularmente en el terreno de la astronomía, a fin de conservar con el reinado de la ignorancia, la superioridad clerical en el dominio del mundo. Antes y después de Copérnico, la astronomía siguió su marcha triunfante bajo el impulso del clero católico, con el aplauso de los pontífices que siempre la amaron, y en medio de la adhesión sincera del pueblo cristiano, que enseñado desde la cuna a admirar las obras de Dios, no podía menos de extasiarse con las revela-

(1) Manuel de Rivera Delgado. — *El criterio legal en los delitos políticos.* — Cap. I.

ciones de una ciencia que le descubría los secretos del Cielo!

Enorme lista de nombres resultaría, si pretendiéramos catalogar los individuos del clero, posteriores a Copérnico en el empeñoso cultivo de la ciencia astronómica; desde Scheiner, el perfeccionador del telescopio, y los PP. La Faille, Guldin y Lestaud sobre cuyos estudios llegó Newton a la conclusión de su admirable sistema, hasta el P. Secchi de quien se ha dicho que conocía el Sol a pulgadas. Así pues, esa tendencia a estudiar las leyes que rigen el mundo sideral, espiando las evoluciones silenciosas de los planetas en la inmensidad; ese arranque del espíritu hacia el panorama esplendente que el Creador nos muestra como para incitarnos a contemplarle en sus obras lejanas; ese afán de medir los cielos, que se asemeja a la esperanza de una herencia; esa ansiedad de penetrar sus maravillas por medio de la óptica, que ya parece darnos el consuelo de una semi-posesión; todo ese tesoro de revelaciones y de goces, todo él, ha sido fielmente conservado y aumentado por el clero católico. ¿Cómo dicen entonces, que la Iglesia pudo ser enemiga de la astronomía?

Ningún valor tiene, por otra parte, la aserción de Draper encaminada a presentar al protestantismo como protector de la ciencia, cuando dice que merced a la Reforma no hubo autoridad que pudiese condenar las obras de Newton; pues sobre no traer los trabajos del célebre astrónomo cosa que contradiga la enseñanza dogmática, sus descubrimientos se basaban en las teorías de Copérnico, adelantadas por La Faille, Guldin y Lestaud, clérigos también; de manera que con la Reforma o sin ella, los estudios de Newton hubieran tenido el éxito que tuvieron.

¿Ni qué clase de libertad trajo la Reforma, cuyos pontífices se asesinaban entre sí; ni qué progresos llevó a efecto o inició siquiera, para que pretenda reivindicarse en su nombre la tutela de la libertad humana? ¿Desde cuándo datan esos sistemas de gobierno inicuamente despóticos, sino desde la Reforma, que invistió a los soberanos sus adeptos con el doble carácter eclesiástico y civil, creando gobiernos político-religiosos, ella, que aparentaba declararse enemiga de todas las teocracias?

Si no estuviera ya tan averiguado el comienzo, crecimiento y fines del cisma luterano, padre de todos los cismas que se distinguen con el nombre de Reforma; si no se supiera que sus crueldades excedieron lo ponderable, puesto que el rey-pontífice Enrique VIII de Inglaterra, él solo, dictó 72.000 sentencias de muerte, imitando el ejemplo de Lutero y Calvino que por su parte hacían entregar a las llamas a los católicos y a los protestantes tibios a quienes denominaban *perros herejes;* sería el caso de recordar al desmemoriado autor neoyorkino, lo que Duruy, Villers y otros protestantes han escrito sobre ese tópico. Mas el propósito de no reproducir cosas harto conocidas, por un lado; y la convicción de no decir novedad al reproducirlas, excusa el que nos contentemos con reforzar nuestras afirmaciones por medio de estas breves palabras de un protestante más célebre aún que los anteriores: "Cuando al partido reformado —dice Guizot— se le imputaba la multiplicidad de sectas, en lugar de confesar y sostener la libertad de su libre desarrollo, *anatematizaba las sectas,* se excusaba y desconsolaba porque se habían introducido. Si se le tachaba de persecución, se defendía con dificultad, *alegando en su favor la necesidad;*

decía que tenía derecho de reprimir y castigar el error, porque estaba en posesión de la verdad; que sus creencias e instituciones eran las *únicas* legítimas; que si la Iglesia romana no tenía derecho para castigar a los reformados, era porque no le asistía la acción legítima contra ellos. Cuando los ataques sobre persecución se dirigían al partido que dominaba en el seno de la Reforma, no por sus enemigos sino por sus propios hijos; cuando las sectas que anatematizaba la decían: "hacemos lo que vosotros habéis hecho, nos separamos como vosotros os habéis separado", entonces aún se veía más embarazado para contestar, no respondiendo muchas veces *más que por un exceso de rigor*. La revolución religiosa del siglo XVI no conoció los verdaderos principios de la libertad intelectual, mientras trabajaba por destruir el poder absoluto en el orden espiritual. En Alemania, lejos de pedir la libertad política, aceptó, no digo la servidumbre, pero sí la falta de libertad. En Inglaterra, consintió la constitución jerárquica del clero, y la presencia de una Iglesia que abunda en tantos abusos como nunca llegaron a conocerse en la romana, siendo al mismo tiempo mucho más esclava". (1)

Este es el juicio de un protestante sobre la Reforma, juicio que se agrava al reproducir el de la humanidad sobre los reformadores. ¿Quién no conoce la vida y hechos de Martín Lutero, fraile apóstata, cuya licencia de costumbres sobrepuja la de los libertinos más probados, y cuya torpeza intelectual se deja colegir por esta apreciación suya de Aristóteles: "ciertamente que es un demonio, un terrible

(1) Guizot. — *Historia general de la civilización de Europa.* — Lec. XII.

calumniador, un malvado sicofante, un príncipe de las tinieblas, un verdadero Apollyon, una bestia, el mayor embustero de la humanidad en quien difícilmente se halla la menor filosofía, un charlatán público y de profesión, un macho cabrío, un completo epicúreo, ese dos veces execrable Aristóteles, y sus alumnos unos sabandijas, sapos y piojos?" ¿Quién no sabe que este falsario, alteró la Biblia a su antojo, para escudarse por ese medio contra su propia conciencia, agregando la palabra *sola* al texto de S. Pablo (Rom. III, 28) que dice: *Y así concluímos, que es justificado el hombre por la fe;* y reprendido por sus sectarios de tan sacrílega adulteración, respondió: "Yo sé bien que la palabra *sola* no se encuentra en el texto de S. Pablo; pero si un papista os insta sobre esto, decidle sin deteneros: el Dr. Martín Lutero lo ha querido así, y dice que un papista y un asno son la misma cosa"?

¿Quién no sabe hasta donde llegó la tiranía de Calvino, aquel bárbaro que desterró a Castalión y Bolsec, quemó vivo a Miguel Servet y castigó duramente a Perrin y Berthelier, por que se oponían de palabra o por escrito a sus devaneos? ¿Quién puede leer sin una sonrisa de desprecio las prédicas sobre austeridad moral de Teodoro de Besce, autor en sus mocedades de un volumen de poesías obscenas titulado *Juvenilia,* y aplaudidor en su vejez del asesinato del duque de Guisa? ¿Quién no conoce a Zwinglio, su apostasía, su propaganda disolvente de toda moral social, su defensa del vicio pecaminoso, sus incitaciones a la corrupción más desvergonzada? ¿Quién ignora lo que fué aquel monstruo llamado Enrique VIII de Inglaterra, y no repugna a aquella hipócrita Isabel, llamada *doncella* para escarnio de la hones-

tidad? ¿A quién no escandalizan los asesinatos a sangre fría de Cristiano II y Gustavo Wassa, respectivamente jefes del protestantismo en Dinamarca y Suecia? Pues si aquella era la doctrina, y estos los hechos de la Reforma ¿cuál es la libertad que ella ha traído al mundo?

Ni en religión ni en política dejó la Reforma otra línea de conducta a sus corifeos, que el más craso despotismo. Inconsecuente en sus reglas de criterio, mientras predicaba el libre examen sofocaba por el tormento, la persecución y la muerte, todo ejercicio intelectual que tendiese a hacer práctica esa libertad, cuyos límites circunscribía el mal humor antojadizo de sus corrompidos pontífices; viéndose Macaulay obligado a confesar en este punto que "libelos tan escandalosos como los de Hebert, mascaradas tan absurdas como las de Anacarsis Klootz, y crímenes tan bárbaros como los de Marat, han manchado la historia del protestantismo". Inconsecuente en su propaganda política, mientras bramaba contra el Papado incitando a los pueblos a sacudir su tutela, investía a los reyes con facultades sacerdotales que les trasformaban en soberanos asiáticos, dueños del cuerpo y del alma de sus súbditos; viéndose Cobbett obligado a confesar en este punto, por lo que corresponde a Inglaterra, "que Enrique VIII y su ministro Cranmer, fueron los dos hombres más miserables y corrompidos de que haya memoria, y que merced a la decantada Reforma introducida por ellos, se ha producido esa miseria inexplicable que reina en el día entre las clases trabajadoras de Inglaterra e Irlanda, y ese sistema tan odioso como detestable que ha puesto a los judíos y a los fabricadores de papel moneda en posesión de la mayor parte de los bienes del reino".

Aparte de los perjuicios materiales que estos trastornos causaron en el mundo por las sangrientas guerras que la Reforma produjo y las riquezas que devastó, en el orden moral ella inficionó de tal suerte los ánimos y secó tanto las fuentes del saber, que hizo retrogradar la Europa un siglo en la esfera intelectual. Ahí están vivos los monumentos literarios que atestiguan ese retroceso, y si por algo se distingue el siglo XIX en estos últimos años de su vida, es por la acción reparadora con que el sentido común va encarrilando la humanidad hacia el camino de donde violentamente la sacaron aquellos devaneos de la soberbia.

En su malevolencia contra la Iglesia, encuentra Draper la ocasión de hacerla otra serie de cargos, pintando fantásticamente los sucesos que precedieron y siguieron al descubrimiento de América, así como lo que le sucedió a su descubridor por causa del clero. Oigámosle decir: "Entre los marinos genoveses que sustentaban esta idea (la forma globular de la tierra), se hallaba Cristóbal Colón. Nos cuenta que lo que llamó su atención sobre este asunto fueron los escritos de Averroes; pero entre sus amigos nombra a Toscanelli, florentino, el cual se había dedicado a la astronomía y hecho gran defensor de la forma globular. Encontró Colón en Génova poca protección; invirtió entonces muchos años tratando de interesar a diferentes príncipes en su empresa; su tendencia religiosa fué señalada por los eclesiásticos españoles y condenada por el concilio de Salamanca; su ortodoxia fué refutada por el Pentateuco, los Salmos, las Profecías, los Evangelios, las Epístolas, y los

escritos de los padres S. Crisóstomo, S. Agustín, S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Basilio y S. Ambrosio".

Desde luego, hay tanta tontería como ignorancia en todo este pasaje, posponiendo la influencia de Toscanelli a la de Averroes en el ánimo de Colón; llamando *concilio* a la junta de sabios y profesores de todas condiciones y estados reunida en Salamanca por orden de los reyes católicos para examinar las teorías del gran navegante, y mentando como único argumento contra sus proyectos la cita de ciertos pasajes de la Escritura y de algunos Padres de la Iglesia, que se le opusieron. De los papeles de Colón coordinados y dados a luz por su hijo Fernando, se sabe positivamente que las ideas fundamentales de su gran proyecto le vinieron meditando las teorías de Ptolomeo, estudiando los mapas de Marino de Tiro, ayudándose de los escritos de Aristóteles, Séneca, Plinio y Estrabón, y leyendo las descripciones de Marco Polo y Juan de Mendeville; sobre cuyo conjunto de datos pudo adquirir un concepto bastante amplio de la forma globular terrestre, complementándolo más tarde, con el trato del célebre doctor florentino Toscanelli, que le animó y estimuló instruyéndole con la más generosa voluntad. Poca, poquísima influencia podía tener Averroes en este género de investigaciones científicas, pues sus libros no son otra cosa que un trasunto de las doctrinas de Aristóteles, Galeno y Ptolomeo, a quienes el médico árabe copió servilmente; de modo que habiendo Colón disfrutado los originales, ningún provecho podía sacar de la lectura de los plagios. Así la insistencia de Draper en pintar a un pontífice del islamismo inspirando al descubridor de América la concepción de sus proyectos, no tiene otro fundamento que el deseo de coronar con un laurel

usurpado la torva frente de los hijos de Mahoma, a cuyas doctrinas rinde el buen profesor tan decidido culto, que parece ser un *mormón* o islamita trasplantado de las márgenes del Bósforo a las orillas del Mississippi.

Y en cuanto al consejo de Salamanca —que no era ni más ni menos sabio de lo que fueron los de Génova y Portugal reunidos con el mismo objeto, y que ya habían rechazado como inadmisibles los planes de Colón—, no opuso solamente argumentos bíblicos o teológicos, sino que enumeró todas las razones físicas, matemáticas y cosmogónicas que corrían entonces como última palabra de la ciencia; y que el tiempo ha demostrado no ser tan desatentadas, como algunos creen. Porque si había algo erróneo e improbable en las doctrinas de Colón, era el falso supuesto de que partían, buscando la prolongación del Asia y afirmando que debía existir en ese continente un núcleo territorial por necesidad de compensación; idea en cuyo engaño murió a pesar de sus cuatro viajes al Nuevo Mundo, que nunca supuso haber descubierto. Nadie ignora que los dominios fantásticos del Preste Juan de las Indias, para cuyo fabuloso señor escribió un rey de Portugal cierta carta destinada a entregársele en propia mano cuando le encontrasen sus capitanes, eran cebo para todas las tentativas que se llevaban a efecto por entonces; aún cuando al mismo tiempo la situación topográfica atribuída al maravilloso país en cuestión, como los antecedentes históricos de que se derivaba su posible existir, constituían el mentís más rotundo a las deducciones científicas de entonces y de hoy mismo. Por eso fué que los astrónomos genoveses y portugueses desahuciaron a Colón luego de oírle, siguiendo

la misma línea de conducta los astrónomos y cosmógrafos españoles reunidos en Salamanca, excepción hecha de dos obispos y algunos profesores de estado religioso.

Más aún cuando tales hechos no se hubieran dado, es evidente que las resistencias opuestas a Colón, en vez de indignificar a los hombres de su época, no hacen más que colocar las cosas dentro de su límite natural. Porque si la posibilidad de una circunnavegación de los mares, fuera cual fuese la hipótesis en que se basara, hubiese sido idea popular y factible por los tiempos del ilustre genovés, su viaje no tendría mayor singularidad hoy que la de comprenderse entre los más largos de su tiempo. Pero precisamente porque la ciencia de entonces suponía imposible navegar en esa forma, llegando al punto de sostener lo inabordable de las regiones antípodas que muy pocos consentían existir, mientras otros, y no de los que se quedaban en tierra sino de los que viajaban por necesidad profesional, creían no tener límites el Océano; precisamente porque ninguna noción correcta, ningún indicio seguro, ninguna práctica medianamente aceptable consentía exponerse a tan terrible prueba, es por lo que Colón, aún partiendo de erróneos cálculos, resulta perdurablemente grande, al vencer con su genio no sólo las preocupaciones del vulgo y las suyas propias, sino los errores muy disculpables de la ciencia de su tiempo.

Para confundir las opiniones de Draper sobre este punto, veamos como juzga al pretendido concilio de Salamanca, un autor protestante de indiscutible autoridad en la materia: "El rey católico —dice— refirió consiguientemente el negocio a Fernando de Talavera, mandándole juntar en asamblea los *astró-*

nomos y cosmógrafos más entendidos de España para que tuviesen una conferencia con Colón, examinasen las bases de su teoría, consultasen después entre ellos y expusiesen su opinión. En la ciudad de Salamanca fué donde se celebró la interesante conferencia... Hospedóse Colón en el convento de domínicos de San Esteban, *donde fué dignamente tratado,* y en el mismo edificio tuvo lugar el famoso examen. La religión y la ciencia estaban en aquella época, sobre todo en España, íntimamente unidas. Existían los tesoros del saber *casi exclusivamente en los claustros de los monasterios*... ¡Qué admirable espectáculo debió presentar el antiguo salón del convento en tan memorable conferencia!... Formaban la asamblea *profesores de astronomía, geografía, matemáticas y otros ramos de ciencias,* varios dignatarios de la Iglesia y muchos doctores religiosos... Un simple marinero levantando la voz en medio de aquel *imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos,* sustentando con natural elocuencia su teoría, y defendiendo, por decirlo así, la causa del Nuevo Mundo! Dícese que al empezar su discurso, todos dejaron de prestarle atención *menos los frailes de San Esteban,* por poseer aquel convento más conocimientos científicos que el resto de la universidad. Los más rudos o más fanáticos se habían atrincherado en este argumento, que ¿después que tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos habían estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos navegado sus mares por millares de años, había venido a ocurrírsele a un oscuro aventurero suponer que le estaba a él reservado el hacer aún vastos descubrimientos? Muchas de las objeciones y reparos puestos por aquella docta corporación, han llegado hasta nosotros, y

excitado una sonrisa a expensas de la Universidad de Salamanca. Pero no debemos juzgar a los miembros de aquel Instituto, sin tener muy presente la época en que vivieron... Entre muchos *a quienes convencieron los raciocinios e inflamó la elocuencia de Colón,* se menciona a Diego de Deza, digno y docto religioso del orden de Santo Domingo, entonces catedrático de Teología del convento de San Esteban, y después arzobispo de Sevilla... que con sus unidos esfuerzos, se dice atrajeron a su opinión a los hombres más profundos de las escuelas". (1)

Aquí tenemos demostrado por autoridad ajena a toda sospecha de parcialidad religiosa, la clase de miembros de que se compuso la junta de Salamanca, y los argumentos sustanciales que se opusieron a Colón en ella. Eran simplemente argumentos científicos en boga, bien o mal concordados algunos con la Biblia, más no por eso menos en uso; siendo de notar que a pesar de ello, el presidente de la Inquisición y futuro arzobispo de Sevilla, fray Diego de Deza, no los aceptó, lo mismo que el cardenal Mendoza, plegándose ambos al dictamen de Colón, de quien fueron amigos sinceros y protectores decididos. Si se juntan ahora todos los antecedentes del proceso del gran Almirante, desde que lo recogió hambriento y desprestigiado fray Juan Pérez de Marchena en la Rábida, para recomendarlo a fray Bernardo Talavera, confesor de la Reina, bajo cuyos auspicios pasó a presentarse al Consejo de Salamanca donde dos obispos y algunos frailes de San Esteban fueron sus únicos protectores hasta hacerle camino con Isabel la

(1) Washington Irving. — *Vida y viajes de Cristóbal Colón.* lib. II, cap. IV.

Católica, que al fin entró definitivamente en el proyecto, ¿no es acaso la síntesis de todo, que debido a dos obispos y unos cuantos frailes oscuros, pudo verificarse el descubrimiento de América? Rechazado Colón en Génova y Portugal por comisiones de sabios oficialmente constituídas para examinar sus proyectos, mal mirado en Inglaterra, desahuciado en España, ¿qué fuera de él, y qué de nosotros, si Marchena, Talavera, Deza, Mendoza y los frailes de San Esteban no hubiesen ocurrido a salvarle?

No es esto todo. Draper, después de usurpar audazmente a la Iglesia su parte de gloria en el descubrimiento de América, pretende arrojar sobre los habitantes primitivos del Nuevo Mundo el sambenito de una vergonzosa plaga física, con el designio de presentar a León X doliente de ella. Afirma en consecuencia, que el mal venéreo tiene un origen americano indisputable, y que su desarrollo en Europa se debió a la inoculación transportada por los descubridores regresando a las poblaciones que les daban albergue. Y habiéndose hecho popular la peste, era natural que llegase a Roma y subiese hasta la silla pontificia, para herir al grande hombre que la ocupaba entonces. Calumnia inventada a falta de otra mejor, porque no siendo León X acusable de ignorancia o de iliberalidad, era necesario macularle de algún modo, ya que su nombre debía ir unido al siglo que lo lleva.

Este procedimiento de escritores que no se respetan, lanzando a la publicidad cargos sin pruebas y afirmaciones groseras que más perjudican al victimario que a la víctima, es una táctica conocida y des-

preciable. León X cuya vida y hechos han escudriñado en todo sentido sus amigos y sus enemigos, no está exento de algunos defectos, que eran en él, como en todos los grandes hombres, una manera de compensación a sus calidades insignes. Se le ha acusado de haber protegido con demasiada generosidad a sus deudos; se le han hecho cargos por haber puesto en acción ciertas veces una política tortuosa; pero la inmoralidad cínica que supone la calumnia lanzada por Draper, no ha sido capítulo de acusación probable contra él. La América que debe a este Papa una protección generosa y paternal de sus desventurados habitantes primitivos; las ciencias, las artes y las letras que le deben la Edad del Renacimiento, protestan contra el miserable proceder del enano, que no encontrando medios de entallarse al gigante, le acomete por lo bajo, como los animales dañinos.

Y ya que la ocasión se presenta, vamos a desmentir una vez más a Draper, con la autoridad de un correligionario suyo, sobre el origen atribuído al mal venéreo, que nunca fué, ni tenía razón de ser ingénito a la sociabilidad americana primitiva. Hablando de las ventajas e inconvenientes comerciales que el descubrimiento de América proporcionó a la Europa, dice Prescott: "Al paso que el comercio colonial se presentaba bajo este aspecto tan poco lisonjero, no proporcionando inmediatamente los magníficos resultados que de él se esperaban, se creyó generalmente que fué causa de que en Europa se introdujese una enfermedad, que, valiéndose de la frase de un escritor eminente *hacía más que contrapesar todas las ventajas reunidas que del descubrimiento del Nuevo Mundo resultaran.* Hablo de la terrible

enfermedad de que se sirve el cielo para castigar severamente la comunicación licenciosa de los dos sexos, y que estalló con toda la violencia de una epidemia en casi todos los puntos de Europa, a muy luego de haberse descubierto América. La coincidencia de estos dos acontecimientos motivó la general creencia de su mutua conexión y enlace, por más que ninguna otra circunstancia viniera en apoyo de esta opinión: la expedición de Carlos VIII contra Nápoles que puso muy poco después a los españoles en inmediato contacto con las diversas naciones de la cristiandad, suministró un medio muy natural y fácil de que el mal se propagase rápidamente; y esta teoría sobre su origen y transmisión que fué adquiriendo mayor éxito con el tiempo, lo cual hizo más difícil su refutación, ha pasado con muy poco examen de boca de uno en otro historiador hasta nuestros días.

"El intervalo, sin embargo, demasiado breve que medió entre la vuelta de Colón y la aparición simultánea de la enfermedad en los puntos más distantes de Europa, produjo hace ya tiempo cierta desconfianza muy fundada acerca de la exactitud de aquella hipótesis; y un americano, naturalmente deseoso de librar a su país de tan triste nota, no puede menos de experimentar gran satisfacción al ver que la crítica más investigadora y prudente de nuestros días ha llegado finalmente a poner fuera de duda que el mal de que tratamos, lejos de ser originario del Nuevo Mundo, nunca fué en éste conocido, hasta que los europeos le introdujeron".(1)

(1) William A. Prescott: *Historia de los Reyes católicos.* (Parte II cap IX) donde recomienda por una nota la

Reducidas pues, a su expresión verdadera las afirmaciones de Draper en lo que respecta al descubrimiento y enfermedades de América, se sigue que ellas son, no el resultado de ideas arraigadas, más o menos debatibles pero en el fondo sinceras; sino asertos calumniosos deliberadamente asentados con el fin de dañar a la Iglesia, triturando de paso la reputación de sus hijos más dignos. Con tal criterio filosófico y semejante conciencia de historiador, no puede lisonjearse un hombre de andar buscando la verdad cuando la desprecia doquiera que la encuentra a la mano, para hacerse apóstol voluntario de la mentira y la calumnia. Cual sea el fin de tan odiosos procederes, pasma el pensarlo, si se tiene en cuenta que todo ese tejido de embustes ha sido tramado para llegar a la conclusión de que el descubrimiento de América dió el golpe de muerte a la doctrina de los milagros.

Reflexionemos un poco sobre este argumento de socorro, tan manoseado por los incrédulos. ¿Qué son los milagros? Son, según ellos mismos, la suspensión de las leyes naturales. Ahora bien: esta definición, en vez de agravar la dificultad, la resuelve de una manera tan clara como satisfactoria. Desde que hay leyes naturales hay un legislador, y todo legislador tiene perentoriamente anexa a su carácter la facultad de suspender, modificar o anular las leyes que da.

Dicen, sin embargo, que Dios no está en tal condición, porque siendo soberanamente sabio, es

obra de Domingo Thiene titulada "*Lettere sulla Storia de'Mali Venerì* (Venecia 1823)", la cual prueba a la evidencia cuanto queda expresado.

inferirle una injuria suponer que se equivoca, pues eso y no otra cosa importa atribuirle modificaciones en cualquiera de sus propósitos que son incontestablemente perfectos e inmutables. Pero esto es raciocinar de un modo bastante zurdo, porque la suspensión de ciertos efectos con relación a hombres o cosas determinadas, no implica equivocación, sino omnipotencia. Por ejemplo, ¿cuáles eran las leyes naturales que regían para esos mundos que vagan en el espacio, y que unos yermos y helados, otros hechos pedazos, siguen la evolución que les impone el astro mayor de quien dependen? Pues eran las mismas leyes de atracción, de luz, de habitabilidad, de calor que nos rigen a nosotros, y que no dejan de ser perfectas e inmutables por que se hayan suspendido para ellos. ¿Qué sabemos nosotros, cual sea el plan de la Divinidad al proceder de esa manera? ¿Con qué derecho negamos el alcance de su omnipotencia cuando todo lo decanta en la creación? Mientras la humanidad exista, creerá en los milagros, porque creerá en Dios omnipotente y bueno!

Por supuesto que la aglomeración de todas estas acusaciones y cargos, debía ir de rebote contra el Papado, escudo y palanca del catolicismo. Draper no podía escapar la dificultad sin traicionarse, de manera que la ha afrontado en esta forma: "Infalibilidad quiere decir omniciencia. Sin duda que si se admiten los principios del cristianismo italiano, su consecuencia lógica, es la infalibilidad del Papa: no hay necesidad de insistir en la naturaleza antifilosófica de esta concepción; se destruye por un examen de la historia política del papado y por las biografías

de los Papas. La primera enseña todos los errores y equivocaciones a que está sujeta una institución completamente humana; las segundas son con demasiada frecuencia una historia de pecados e ignominias".

Ante todo, pongamos en claro una aserción que este embustero desliza como al descuido, con el fin de arrojar sobre el Cristianismo la sospecha de ciertas influencias locales, que harían de él una doctrina acomodaticia al capricho de los hombres que la profesasen. No hay tal *cristianismo italiano* en el sentido que Draper lo quiere; sino que hay un solo Cristianismo, como no hay más que una sola verdad, una sola ciencia, una sola creación. El carácter distintivo del Cristianismo es su inmutabilidad y universalidad, que Jesucristo proclamó en esta frase: *un solo rebaño* y *un solo Pastor;* y de ese carácter deriva la Iglesia su título de *católica* o universal e inmutable, no adquirido como quiera, sino por expresa designación evangélica. Todo lo demás, no es cristianismo; será si lo queréis, cisma, protesta, herejía o como os plazca llamarle, pero de ahí no pasa. Precisamente las amarguras que han afligido y siguen afligiendo a la Iglesia, provienen de su incorruptible fidelidad al depósito de la primitiva doctrina. Tenemos todavía por símbolo de fe, y lo conservaremos hasta la consumación de los siglos, el Credo que enseñaron los Apóstoles: tenemos para el gobierno de la Iglesia, la jerarquía que instituyó el Señor de su propia mano; y que empezando en Pedro y prosiguiendo hasta León XIII, se conserva incólume por entre 255 Pontífices y algunos millones de Obispos.

Y en tal sucesión de Pontífices originarios de todas las naciones, y de Obispos provenientes de todas las razas del mundo, mancomunados en una sola

fe, está la prueba de la universalidad y la inmutabilidad de la doctrina cristiana. Estudiado el gobierno de la Iglesia, no se encontrará ninguno más apropiado a la disolución, si no le alumbrasen luces de lo alto. Figuraos algunos miles de sedes episcopales distribuídas por toda la superficie de la tierra, y ocupadas por sacerdotes que no se conocen entre sí; agregad a esto un Sacro Colegio compuesto de cardenales de diversas nacionalidades y facultado a elegir Pontífice por mayoría de votos cuando queda acéfala la silla papal; poned luego a ese Papa, sin dinero ni soldados, al frente de tamaña circunscripción; y decidid, si entra en los medios humanos el ejercicio de semejante gobierno y en tales condiciones. Y sin embargo, desde Pedro hasta León, la Iglesia ha tenido gobierno permanente, bajo una jerarquía estricta y dentro de las leyes inviolables que la dejó su Fundador; por más que hayan sido llamados a aplicar esas leyes, un esclavo de origen como S. Calixto I, o un sirio como Gregorio III, o un antiguo mendigo inglés como Adriano IV; que ni la pobreza de cuna, ni la diferencia de idioma, fué nunca motivo de altercados en el seno de la Madre común de los fieles.

Así pues el cristianismo, que no es italiano ni francés, ni turco ni americano, deriva la infalibilidad del Papa, de las palabras precisas con que Cristo instituyó el Pontificado en Pedro; aún cuando no da a esa infalibilidad otra latitud que la que incumbe a la enseñanza de la fe y a la guarda de las costumbres. Es falso que la infalibilidad así concedida suponga omniciencia y menos impecabilidad; porque hombre al fin el Papa como todos, puede y debe carecer de multitud de conocimientos científicos que no son para

almacenarse en una sola cabeza, y está expuesto a las flaquezas y debilidades que son ingénitas a nuestra especie. Hay en todos nosotros, sin ser pontífices, un *sentido íntimo* que no saliendo de su objeto propio es infalible, y procede sin temor de equivocarse. ¿Quién apostará contra mí a que no levanto mi mano derecha en vez de la izquierda; quién me sostendrá que no me duele la cabeza si me duele? Mas de la posesión de este criterio infalible para ciertas cosas, no se sigue que haya de tenerse para todas. Lo mismo sucede con la infalibilidad pontificia, que habiendo sido divinamente otorgada para dogmatizar en determinados casos, no hace por eso apto al Papa para proceder de igual modo en física o matemáticas, por ejemplo. Y tan cierto es esto, que la Iglesia deja siempre al criterio de los hombres las cuestiones científicas, y somete a los Papas a la confesión y a la penitencia, al igual de los demás fieles. Prueba acabada de que no considera a los pontífices, ni omnicientes, ni impecables.

Bajo este supuesto, las acusaciones contra los Papas pierden mucha parte de su vigor, desde que el pontificado no les libra de ser hombres y pecadores. Pero ¿es cierto que hayan sido tantos sus escándalos, que las biografías papales sean con demasiada frecuencia *historia de pecados e ignominias,* como afirma Draper?

Parece, sin embargo, que debiera destararse de tan negra inculpación, a los treinta y tres primeros pontífices, desde S. Pedro hasta S. Melquíades, todos muertos en el martirio. Corresponderá tal vez igual procedimiento de equidad, con los dieciocho pontífices siguientes, desde San Silvestre hasta S. León el Grande y S. Anastasio, elevados todos al honor

de los altares, por las virtudes inquebrantables de su vida privada y los insignes servicios prestados a la civilización. No sería injusto tampoco que se libraran del anatema, S. Juan I que encontró la prisión y la muerte en la corte del emperador Justino, donde había ido a pedir el cese de las persecuciones religiosas. San Gregorio el Grande, segunda providencia de los pobres y de los esclavos, apaciguador de las guerras europeas, escritor, orador, hombre de estado, propagandista cuyo celo encontraba el mundo pequeño para espaciarse, elevado contra su voluntad al gobierno de la Iglesia, a la que había sacrificado su fortuna y su ilustre nombre vistiendo tosco sayal de fraile. S. Martín I, muerto en la proscripción, luchando contra el fratricida Constante II heresiarca sanguinario, y cobarde sacrificador del Bajo Imperio a los árabes. San Eugenio I, continuador de la lucha contra Constante y contra el cisma de la Iglesia griega. San Deusdedit, personificación de la piedad y la ternura. S. León II, restaurador de la disciplina eclesiástica y escritor eminente. S. Gregorio II, vencedor de los lombardos y los iconoclastas, y dominador de las insurrecciones que amenazaron su combatido pontificado. S. Pablo I, cuya alta razón política se refleja en sus letras pontificales. S. Pascual I, rico en virtudes. S. León IX, que prepara bajo los consejos de Hildebrando, aquella época brillante de la Iglesia dentro de la cual se depura la doctrina, y queda como reforzado el esplendor del cristianismo.

Caben también en la excepción, algunos otros nombres harto conocidos, como ser el de Gregorio VII, gran reformador que en un siglo de explotación y de inmoralidad grosera, luchó y humilló a los poderosos de la tierra, levantando la autoridad del es-

píritu sobre todas las pasiones innobles. Inocencio III, el hombre más sabio y el jurisconsulto más hábil de su tiempo, que en dieciocho años de pontificado conquistó la independencia temporal de la Santa Sede, puso a raya al emperador de Alemania, al rey de Francia y al usurpador Juan Sin Tierra; predicó la 4ª cruzada contra los infieles e hirió de muerte la terrible secta de los Albigenses, llevando a la tumba la admiración de sus propios enemigos. Gregorio IX, octogenario, a quien ni los reveses de la fortuna ni el peso de los años pudieron vencer, encontrándole la muerte tan firme como el día en que ciñó la tiara. Martín V, que a la vez que concluía el cisma de la Iglesia de Occidente, abría el mar de la India a los descubridores portugueses. Julio II, el protector de Rafael y Miguel Angel, el reconquistador del poder temporal de la Santa Sede, tan grande en la guerra como en la paz. León X, que dió su nombre a un siglo. Pío V, el austero fraile que atacó de frente todos los vicios, y que libró a la Europa de los turcos, organizando la coalición armada que les venció en Lepanto. Sixto V, orador y profesor de derecho en sus mocedades, grande administrador y gobernante cuando Pontífice, defensor abnegado de los derechos de la Iglesia en todo terreno. Benedicto XIV, un sabio ante quien tuvo que doblegarse Voltaire sosteniendo con él una correspondencia epistolar, y de cuya justicia hicieron elogios Federico el Grande, Isabel de Rusia y el Sultán. Pío VI, el Pontífice mártir, a quien la Revolución Francesa condenó a morir en el ostracismo.

Y por los que se omiten en esta relación, en cuanto les pudiera rozar alguno de los conceptos de la sentencia infamatoria, bien puede restituirles su

honrada fama, el siguiente juicio de un protestante, escritor de más talla y mejor nombre que Draper: "Ni existe, ni ha existido jamás en la tierra —dice Macaulay— obra alguna de la política humana tan digna de estudio y de examen como la Iglesia católica. Su historia comprende y resume, por decirlo así, las dos grandes épocas del progreso: ninguna otra institución de cuantas han logrado llegar hasta nosotros, por antiguas que sean, transporta el pensamiento a aquellos tiempos en que el humo de los sacrificios se elevaba sobre el Panteón, mientras que los tigres y leopardos rugían y peleaban en el anfiteatro de Flavio: las más ilustres y seculares familias reinantes son modernas si se las compara con la prolongada serie de los soberanos pontífices, que por una sucesión no interrumpida se remonta desde el Papa que consagró a Napoleón en el siglo XIX al que consagró a Pepino en el siglo VIII; y aún más allá de Pepino, va a perderse en la noche de los tiempos fabulosos el origen de la augusta dinastía apostólica. Ningún signo indica que se halle cercano el término de tan prolongada soberanía; y así como ha visto el principio de todos los establecimientos eclesiásticos que hoy existen ¿quién sabe si no está destinada a ver su fin también? Si era grande y respetada antes de que los sajones hubieran pisado las playas de Inglaterra, antes de que los franceses hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega estaba floreciente aún en Antioquía, cuando los ídolos recibían culto en el templo de la Meca, bien puede continuar siendo grande y respetada cuando los viajeros de Nueva Zelandia se detengan en medio de vasta soledad, y apoyados en los arcos rotos del

puente de Londres dibujen las ruinas de la catedral de San Pablo". (1)

He aquí como la historia y los mismos escritores protestantes desmienten el cargo de que los Romanos Pontífices sean una sucesión de hombres ignominiosos y llenos de culpas. Igual desmentida recibe en los hechos, la afirmación de que sus definiciones *ex-cathedra* impliquen una serie de equivocaciones y errores que demuestran lo absurdo de atribuirles infalibilidad. Precisamente en el Concilio Vaticano, examinadas todas las definiciones conocidas y vigentes, se encontró que *ni una sola vez* en diecinueve siglos, se había equivocado ningún Papa al definir sobre la fe o las costumbres. ¿Qué mejor prueba?

Pero admitamos por un momento que nada de esto fuera cierto, y que la historia de los Papas resultase un tejido de pecados e ignominias, a la vez que un cúmulo de errores y equivocaciones su magisterio docente ¿no ve Draper que el argumento se vuelve contra él? Si durante diecinueve siglos el Papado ha visto caer el imperio romano; nacer y morir el imperio de Carlomagno; formarse, triunfar y desaparecer el imperio español que superó en límites territoriales a todos los conocidos; y el imperio otomano que hacía temblar al mundo; y el imperio portugués que se extendía por el Asia y por el Africa hasta donde no soñó en llegar Roma; y la República Francesa que unció la Europa al carro de sus victorias; si todo esto ha acontecido sin conmover los cimientos del Papado, cuya tiara ceñía la cabeza de hombre ignorantes y pecaminosos ¿no es evidente que

(1) Macaulay. — *Estudios Politicos: El Pontificado*

sólo por auxilio sobrenatural, pudieron tales hombres transmitirse incólume un poder que ha resistido a la acción del tiempo y las revoluciones, cuando debía sucumbir a los embates de la inmoralidad y la ignorancia de aquellos que lo ejercieron?

Del ataque a la *Infalibilidad,* pasa Draper a combatir el Concilio Vaticano que la definió, y haciéndolo, no puede excusarse de descargar sus iras contra los Jesuítas a quienes atribuye la convocación de aquella asamblea del catolicismo. A estar a sus informes, empero, sería ésta la primera vez en que el Papa, un Concilio y los Jesuítas, se hubieran contradicho de la manera más triste, borrando todos con imperdonable ligereza, sus tradiciones inflexibles, para servir al filosofismo moderno y congraciarse con la incredulidad reinante. Y cuenta que el caso ocurre, según el perspicaz tratadista de fisiología, nada menos que con relación al más fundamental de los principios religiosos: la definición de la idea de Dios, Autor y Señor de todo lo creado.

Oigamos a Draper "Una de las más notables, y sin embargo característica contradicción de la constitución dogmática —dice— es el homenaje *forzado* que paga a la inteligencia del hombre. Presenta una definición de la base filosófica del catolicismo, pero *oculta* de la vista las formas repulsivas de la fe vulgar. Enseña los atributos de Dios creador de todas las cosas con palabras adecuadas a una *concepción sublime,* pero *se abstiene* de afirmar que este tan terrible e imponente Ser nació de una madre terrenal, esposa de un carpintero judío, que luego ha llegado a ser reina de los cielos. El Dios que pinta *no es el*

Dios de la Edad Media, sentado en su trono de oro rodeado de coros de ángeles, sino el Dios de la filosofía. La constitución no tiene *nada* que decir acerca de la Trinidad, *nada* del culto debido a la Virgen, al contrario, esto se encuentra *virtualmente condenado;* nada acerca de la transubstanciación o conversión por el sacerdote de la hostia y el vino en carne y sangre de Dios; nada de la invocación a los santos Lleva en todas sus páginas impreso el pensamiento de la época, y de los progresos intelectuales del hombre".

. Contestemos por partes. La constitución dogmática de que tanto habla Draper, empieza su capítulo II con la siguiente declaración "Puede ser conocido con certeza Dios, principio y fin de todas las cosas, *por la lumbre natural de la razón humana mediante la contemplación de las cosas creadas,* aunque por lo que hace al hecho, agradó a la sabiduría y bondad divina revelarse a sí mismo y manifestar los decretos eternos de su voluntad al género humano por otra vía, a saber: por la revelación sobrenatural al hombre no debida". Ahora bien: si la definición filosófica del catolicismo que ha merecido el aplauso de Draper es esta, —y no puede ser otra— ¿qué es lo que ha ocultado la constitución dogmática a las miradas de los sabios como él? La Iglesia ha profesado siempre el principio, de que el primer conocimiento de Dios, puede venir por la razón natural, y tan es así, que los teólogos católicos llaman a esa vislumbre de la Divinidad *preámbulos de la fe.* No de otro modo creyeron casi todos los primeros Padres de la Iglesia, salidos del paganismo para entrar en la religión cristiana, a fuerza de raciocinar. No de otro modo se hizo religión el cristianismo entre el vulgo pagano, que por esfuerzos de razón llegó a formarse

el concepto de la divinidad de Cristo y prestó fe a sus promesas. De manera que la base filosófica, proclamada según Draper por el Concilio Vaticano como *un homenaje forzado* a las ideas del siglo en que vamos, es tan vieja como el cristianismo y forma parte de su enseñanza teológica.

Apartado este inconveniente del montón de ellos que junta el doctor neoyorkino, para hacer más solemnemente oscuro el endiablado párrafo que comentamos, queda ahora por examinar qué es lo que hay de verdad en eso de que el Dios definido por el Concilio Vaticano no es el Dios que la Iglesia aceptaba en la Edad Media, sino el de la filosofía. En plena Edad Media, el año de 1215, el Concilio Lateranense IV, hacía la siguiente declaración: "Firmemente creemos y sencillamente confesamos, que no hay sino un solo Dios verdadero, eterno, inmenso e inconmutable, incomprensible, omnipotente e inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hay ciertamente en Él tres personas, pero una sola esencia, sustancia o naturaleza absolutamente simple. El Padre no procede de nadie, el Hijo de sólo el Padre, el Espíritu Santo de entrambos juntamente, sin principio siempre y sin fin; el Padre es engendrante, el Hijo engendrado, el Espíritu Santo procedente; los tres son consubstanciales y coecuales, coomnipotentes y coeternos, un solo principio de todas las cosas, un solo Creador de las cosas visibles e invisibles, de las espirituales y corporales; quien con su omnipotente virtud creó de la nada juntamente en el principio del tiempo una y otra criatura, a saber: la angélica y la mundana, y además la humana, como participante de entrambas, compuesta de espíritu y de cuerpo". Esta declaración de un Concilio de la Edad Media, ha sido copiada y

citada por el Concilio Vaticano en su Constitución dogmática, de modo que lo mismo que pensaba antes la Iglesia con relación a la Divinidad, lo piensa hoy y lo define con idénticas palabras. ¿Cuál es entonces *el homenaje forzado* que la Iglesia ha hecho a la filosofía de nuestros tiempos, al definir los atributos del Señor Omnipotente? Draper lo sabrá cuando lo dice.

Pero lo más bizarro del caso es, que el autor de los *Conflictos* se empeña en que de todo esto no se desprenda la idea de la Trinidad, a pesar de que ambos concilios nombran al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. También es peregrino el empeño de que en la definición debió nombrarse por fuerza a la Virgen y a los Santos, pero ¿por qué se les había de nombrar? El catolicismo solamente *adora* a Dios la Virgen y los Santos son *venerados*. Se trataba de fijar el concepto de la Entidad Adorable, y quedó establecido con las mismas palabras con que seiscientos años atrás lo había definido la Iglesia infalible. En todo lo demás, ni correspondía hacer concesiones al filosofismo moderno, ni dar satisfacciones a los sabios draperistas. Presidía el Concilio Vaticano Pío IX, definidor del dogma de la Inmaculada, y estaban vigentes como siguen estándolo los textos bíblicos, que desde Daniel hasta el Bautista, proclaman y anuncian la razón por la cual *la esposa del carpintero judío* había de transformarse en reina de los cielos.

Por último, no era razonable hacer tanto barullo, para venir a dar un ataque a los Jesuítas, cuya pretendida dictadura sobre la Iglesia es tan novelesca como todas las calumnias del liberalismo. Los Jesuítas tienen, es cierto, por la naturaleza de sus virtudes

y de su probada ortodoxia, un puesto culminante en el seno de la Iglesia que les ama entre sus hijos predilectos; pero ni ellos han pretendido nunca, ni la Iglesia consentiria sin suicidarse, dictaduras de ningún genero Si hay institución que menos comporte la imperiosa voluntad de un hombre o un instituto, es la Iglesia Católica, cuyos procedimientos absolutamente racionales, se basan en las reglas de conducta que su Fundador la dejó al ausentarse de la tierra.

Parece que resulta aclarado ahora, hasta donde carece el libro de Draper, de las condiciones indispensables a una obra seria. Basado sobre un falso criterio y encaminado a atacar instituciones que han resistido triunfantes la acción del tiempo y las pruebas más duras, no asume el carácter de seriedad requerido por tan ardua empresa, ni satisface por una comprobación exigible, las dudas provocadas con su antojadiza intemperancia. Porque hay en sus páginas, desde la negación de los hechos más evidentes, hasta la burla grosera de pintar al mahometanismo como superior al cristianismo en resultados civilizadores; todo ello sin más fuente de información que la palabra del autor, opuesta al testimonio de la experiencia que la desmiente con datos visibles. No es así como se escribe cuando se ama la verdad y se la busca, pretendiendo ejercer autoridad sobre los hombres, con defenderla y propagarla.

La Iglesia que en vez de temer las objeciones las provoca, porque en todos los tiempos venció por la discusión y se impuso por el criterio racional de las gentes; ha sido atacada de un modo más hábil que el empleado contra ella por este moderno ene-

migo de sus doctrinas. Tanta hojarasca y palabreo, basada sobre cimientos tan febles, dan triste idea de quien baja al terreno polémico con aires de novador, para salir de él avergonzado y corrido con sus propios argumentos. Hay en las letras, como en toda especulación abierta a la inteligencia humana, un límite que el decoro no permite saltar jamás, sin riesgo de caer en el charlatanismo o en la indignidad. Draper lo ha saltado en sus *Conflictos* asumiendo las dos actitudes, una ridícula y otra condenable, que transforman alternativamente en payaso o en folicularío al escritor público.

Después de esto, se preguntará ¿qué es lo que resta por refutar en el libro del profesor neoyorkino? Todo, todo el libro, que desde su título hasta la última página, no encierra una palabra que no sea una mentira. Porque mentira es el título de *Historia* con que condecora el atajo de vacuidades antifilosóficas que constituyen la narración, mentira el calificativo de *conflictos* que da a sus romanescas apreciaciones, mentira la filiación que atribuye a las ideas generadoras del progreso humano, mentira los cargos que hace a las instituciones y a los hombres más conocidos. Jamás se ha faltado a la verdad con tanta desvergüenza en el mundo, como lo ha hecho este doctor de la Universidad de Nueva York, que a semejanza de Erostrato no ha vacilado en buscar la celebridad por medio de barbaridades. Leyendo su libro, a pesar de las galas del estilo, se nos ha antojado creerle loco de atar en ciertos pasajes, si luego no se comprobase en otros que es simplemente mentecato, o sea un grado menos de aquella disposición de animo en que todavía la inteligencia brilla porque delira.

CÉSAR DÍAZ

Si alguna vez ha sido útil la táctica periodística del señor Sarmiento de Buenos Aires, indudablemente lo fué en ocasión de llamar a César Díaz *porteño renegado;* dando así lugar a que la familia del muerto volviese por los fueros de la verdad y mandara imprimir las Memorias auténticas en que su deudo, verdadero general formado en los campos de batalla, ofrecía gratuitamente y por acaso, más de una lección al general de papel que le negaba su nacionalidad y pretendía deslucir sus servicios. Por tan inesperado incidente, ganó la literatura uruguaya un libro, del cual puede decirse en su mayor elogio, que todos lamentan encontrarle tan corto, cuando corremos tiempos en que la escasez de volumen constituye la mayor recomendación para las obras que se editan.

Mas no es esta la única originalidad que presentan las *Memorias inéditas del general don César Díaz;* pues esa obra, sobre ser un libro bueno, es por añadidura el libro de un soldado; y como quiera que en nuestra época la condición militar de los individuos lleve siempre anexa la idea de no ser ellos aptos para otra cosa que para dar tajos y mandobles, resulta sorprendente y placentero verles manejar la

pluma con maestría. Estamos ya muy lejos por cierto, de los tiempos en que generales como Tucídides, Xenofonte y César, dejaban a la posteridad libros que son todavía modelos de arte; y no hay esperanza, a lo menos entre nosotros, de que soldados como Cathan y Mirabeau, lleguen a conquistar en la tribuna parlamentaria el derecho de dirigir los negocios públicos por la sola influencia de la palabra. Así pues, el libro de un general, famoso por su rigidez en el mando y su serenidad en el combate, e inolvidable además por su muerte trágica como lo fué el general Díaz, reviste todos los caracteres de una novedad literaria.

Los soldados de buena ley, cuando juntan a la experiencia de su oficio un talento cultivado, son más aptos que ninguno para tratar la literatura. Porque formándose en la continuidad del peligro y en las alternativas de la obediencia y el mando un criterio exacto de lo que valen los hombres y la vida, saben decir mejor las cosas, de lo que aspiran a decirlas aquéllos cuya práctica mundanal no pasa más allá de su bufete; y cuyos desengaños teóricos provienen de las impresiones adquiridas en sus bibliotecas. Antiguamente, cuando la profesión militar implicaba la de jurisconsulto y orador, como en Grecia y Roma, fué demostrada esta verdad por los hechos; y si hoy nos cuesta admitirla, es porque habiendo caído tan bajo la noción del patriotismo, se mira el servicio de sangre como un vejamen, delegándosele gustosamente en los que andan bastante desesperados para aceptarlo; con lo cual, lejos de recibir estímulo los soldados, viven en un abandono y menosprecio poco favorable a producir literatos y oradores.

No diremos que esta regla sea uniforme para todos los casos. Rivera, Rondeau y Palleja, tres generales, dejaron narraciones militares redactadas en buen estilo; y el último de ellos, un *Diario de la guerra del Paraguay,* que tiene positivo valor literario. Del general don Antonio Díaz se asegura, haber escrito un elocuente trabajo historial sobre las guerras de la Independencia, que desgraciadamente yace inédito entre el legajo de sus papeles; y el coronel Cáceres escribió unas *Memorias* muy curiosas, que el doctor Lamas posee y nosotros hemos leído. Conviene expresar, sin embargo, que estos jefes y algunos otros cuya sola correspondencia epistolar clasificada y reunida formaría excelentes libros, eran soldados de vocación e instinto, habiendo llegado a coronar su carrera entre inconvenientes tales, que el menor de todos consistía en narrarlos a la posteridad.

A esa escuela y a esa clase de hombres perteneció César Díaz, como lo atestiguan sus servicios y sus años; y en merito de ello fué que rompiendo con la rutina establecida, pudo consignar sobre el papel los recuerdos de su pasado. Pero el trabajo cuyo plan se había propuesto, quedó trunco, porque la muerte sorprendió a su autor cuando estaba lejos de presumirla tan próxima, a los 45 años de edad, sano, fuerte, renombrado por sus servicios anteriores, simpático por sus desgracias de momento, y sin embargo, implacablemente fusilado a pesar de la capitulación escrita que garantía su vida.

Mas lo incompleto del libro no obsta, para que sus páginas formen un agradable conjunto de lectura. A lo vívido de la narración, se une el interés de los episodios que ella abraza, resultando de ahí que el narrador, junto con su autobiografía, escribe

la historia de una época tan azarosa como interesante. El general Díaz es sobrio en el relato de sus antecedentes personales, que coloca en la portada del libro, bajo el título de *Apuntes* hasta el 20 de setiembre de 1853. En seguida vienen dos manuscritos "La campaña de 1842 y organización de la defensa de Montevideo"; y "La campaña del ejército grande en Sud América", donde resaltan los tipos de Rosas y Oribe, Rivera y Paz, quedando tallados en todos sus lineamentos sobre alto pedestal, que la posteridad se verá obligada a contemplar cada vez que vuelva los ojos a aquellos días de prueba.

Y efectivamente que fueron aciagos aquellos días. La República pudo decir con el Dictador romano. hasta aquí he peleado por la victoria, hoy peleo por la vida. Jamás habían presenciado los uruguayos, espectáculo más aterrador que la marcha triunfante de aquel ejército que franqueaba su territorio en 1842, al mando del caudillo taciturno y vengativo, cuya táctica militar, colocándole sobre todos los generales del Río de la Plata por haberlos vencido a todos, se combinaba con unos procederes que añadían a las perspectivas de su crueldad, la evidencia de su poder incontrastable. Don Manuel Oribe, reclamando con las armas en la mano una presidencia que había renunciado, no buscaba el sufragio popular sino la sumisión cívica; y tampoco pedía esa sumisión como paso previo al serenamiento de su cólera, sino que la imponía sin consideración a nada ni a nadie. Venía aliado a Rosas, al tirano argentino que en los desvanecimientos de la soberbia colocó su retrato sobre el tabernáculo de los templos; y dejaba suponer con esta alianza, a los que esca-

paran al filo de su espada, que sucumbirían al dominio unificador soñado por el déspota de Buenos Aires.

En el espanto de aquella situación, en que la capital de la República, último baluarte de resistencia, no tenía otro recurso contra Oribe victorioso, que 100 soldados de línea, 1500 milicianos bisoños y 6 piezas de artillería sin artilleros; se levantó tranquila la Asamblea Nacional, pasando al gobierno un oficio, que concluía con estas palabras: "La Asamblea General, en el carácter que inviste, y contestando a la nota de V. E., ha creído de su deber manifestarle de un modo público y solemne, la firme y decidida resolución en que está de sostener y defender a todo trance los derechos e inmunidades de la Nación Oriental: que para conseguirlo, ella está resuelta a todo; y que cuenta con que V. E. revistiéndose de toda la energía y patriotismo que exigen los momentos solemnes en que se encuentra la República, tomará la honrosa disposición que le corresponda, dictando las medidas que juzgue más acertadas, y que esta Asamblea le ofrece robustecer con todo el influjo de su poder". En seguida decretó la libertad de la esclavatura formando con ella un ejército, impuso la caída del Ministerio asustadizo que rodeaba al Presidente Suárez, declaró de obligación indeclinable todo servicio público; fulminó con los dictados de traidor y de cobarde a los que abandonasen las filas, y en pocos días organizó la defensa de la patria, arrancándola al más desesperado trance en que nunca se hubiera visto.

Todos estos incidentes, narrados por el general Díaz con naturalidad y exactitud, dan a los cinco capítulos de su manuscrito sobre "la campaña de 1842 y la organización de la defensa nacional", un

carácter literario de primera fuerza. En esas páginas no hay exageraciones, ni declamaciones, ni insultos. Escritas con sinceridad y por vía de recuerdo para distracción propia, el autor ha exprimido en ellas su pensamiento íntegro. Lo que opina sobre los hombres, es anticipadamente abonado por el relato de los sucesos, de modo que cuando vienen las alusiones a las personas, está el lector preparado a recibirlas de conformidad a su propio juicio preexistente.

Iguales condiciones presenta el manuscrito titulado "La campaña del ejército grande en Sud América", donde el autor aparece en el rango de jefe de la división auxiliar uruguaya. Ese trabajo, que puede servir de modelo como crítica militar y que es correctísimo como exposición historial, revela además el espíritu artístico del general Díaz, pintando de mano maestra el pasaje del río Paraná por los aliados, la travesía posterior de la Pampa, y el aspecto del ejército enemigo en los preliminares de la batalla de Caseros que decidió la suerte del tirano argentino. Hay también una serie de anécdotas respecto del general Urquiza, que pintan al vivo el carácter y la razón del prestigio ejercido en Entre Ríos por aquel personaje, generalísimo entonces del ejército aliado.

Tal es el contenido de ese libro escrito en su mayor parte sin el propósito de que viera la luz pública, y prematuramente trunco por la muerte de su autor. Ni uno ni otro motivo han influído, empero, para que deje de ser bueno, en la doble acepción de su mérito literario y de la moral política que trascienden sus páginas. Siempre será loable, que los actores de las grandes situaciones dejen en pos de sí la narración fiel de los sucesos en que inter-

vinieron, a fin de contribuir a la enseñanza de la posteridad, menesterosa de recoger en lo pasado ejemplos y doctrinas que fortifiquen su criterio. Pero tratándose de un período tan azaroso como el que comprende la década de 1842-1852, durante la cual se retocaron, por decirlo así, las bases en que reposaba la nacionalidad uruguaya; poniéndose a prueba la fuerza de sus instituciones, la resistencia de sus hijos y la legitimidad del derecho con que había entrado la Nación a vivir independiente y libre; todo trabajo de aclaración sobre hechos tan capitales, se transforma en positivo servicio para el país.

El general Díaz que había servido a la República como soldado y diplomático, complementó sus esfuerzos sirviéndola como literato, en las páginas donde se destaca tan vigorosa su propia personalidad. El pundonor soldadesco que le acompañó desde sus primeras armas, se advierte resaltando sobre todo lo que emprende, e influye sobre sus juicios, formulados siempre del punto de vista del deber. Por cumplirlo también respecto de sus correligionarios políticos, fué que murió en una revolución oscura, a manos de un general que había sido su amigo y por orden de un Presidente que había profesado su mismo credo. Contemos este último episodio de su vida.

En los acontecimientos que se siguieron a la caída de Rosas, el general Díaz ocupó los puestos de Ministro de Guerra, Presidente provisorio delegado, y jefe de Legación en el exterior Su personalidad había ido creciendo, y cuando vino la lucha electoral de 1855-56 fué proclamada su candidatura a la presidencia, aunque sin éxito positivo, pues los trabajos más fuertes convergieron hacia la candidatura de don Gabriel Pereyra que obtuvo el triunfo.

Era Pereyra, hombre de antecedentes conspicuos por su familia y por sí mismo; varón consular, como decían los romanos, aunque con fama de una energía rayana del despotismo cuando la contradicción ponía a prueba su tenacidad. Ocupó el gobierno nombrando un ministerio mixto, y constituyendo un Consejo consultivo en el cual tomaron asiento hombres de todas las procedencias políticas, muchos de ellos caracterizados por largos servicios anteriores. Sin embargo, el descontento público se hizo sentir, con motivo de un desacato cometido por turbas de plebe furiosa contra varios miembros de la Asamblea Nacional; y aunque el presidente Pereyra condenó el hecho en un manifiesto, se imputó a secretas influencias suyas, o cuando menos a culpable tolerancia con los factores del desacato, la facilidad con que se consumó.

Sobre este pie de rencores, empezó a dificultarse la situación. El Presidente, distanciándose de sus antiguos amigos de la Defensa de Montevideo, se echó en brazos de don Manuel Oribe y sus parciales, y el general Díaz fué desterrado con varias otras personas a Buenos Aires, sin forma de proceso ni sentencia legal, y a mérito de una *conspiración* que el gobierno se vió embarazadísimo para calificar, en su Mensaje de 31 de marzo de 1856, monumento de tartamudeos y ficciones pasado al Cuerpo Legislativo. Así las cosas, corrió el tiempo ahondándose las enemistades entre los dos partidos tradicionales, hasta que, abierto el período electoral de 1857, se aprestaron ambos a la lucha. El general Díaz, vuelto ya de su destierro, fué naturalmente a formar en las filas de sus amigos políticos y comenzó con ellos la campaña electoral, cuyas resultancias eran temidas por el gobierno, cada vez más débil en la opinión.

Puso el colmo a esa impopularidad, el ajuste de los tratados de 1857 con el Brasil, que el gobierno pretendía fuesen aprobados por el Cuerpo Legislativo, no vacilando al efecto en mandar a la barra de la Asamblea, al iniciarse los debates, tropa armada a órdenes del Jefe Político de la Capital; quien al ver perdida la votación, dió el espectáculo insólito de apostrofar con amenazas a los diputados opositores, levantándose la sesión en medio de un gran tumulto. La prensa desafecta a la autoridad, comentó hábilmente estos hechos, y el gobierno, despechado al fin, se propuso imponer silencio a cualquier precio; disolvió el *Club Defensa* que así se llamaba el de la oposición, desterró al general Díaz y a varios periodistas y militares, y se constituyó en grande elector. Estas agresiones, debían forzosamente traer otras en desagravio.

Así sucedió. Varios caudillos de campaña se alzaron en armas, y el movimiento empezó a tomar fuertes proporciones. Los revolucionarios, empero, carecían de jefe, y por lo tanto volvieron los ojos a Díaz, que estaba en Buenos Aires con propósito visible de no mezclarse en nada. A ruegos de sus amigos se decidió al fin, y después de tentar sin éxito un auxilio de armamento por parte del gobierno porteño, compró de su peculio particular 200 fusiles, y con 74 compañeros se embarcó el día 3 de enero de 1858 en la goleta *Maipú,* dando velas para Montevideo, a cuyo puerto llegó el día 6. Desembarcó en la costa del Cerro incorporándose a unos 1000 revolucionarios que allí había, y con ellos abrió la campaña cuyas alternativas, ora favorables, ora desgraciadas, le llevaron veintidós días después a capitular en *Quinteros* con el enemigo que le rodeaba. En

esa capitulación se les garantía a él y a los jefes superiores libre pase al Brasil; mientras los oficiales y soldados quedaban a disposición del Presidente de la República.

Bajo la fe de tan solemne pacto, entregaron los revolucionarios sus armas. Pusiéronse en marcha para el Brasil los jefes, pero a tres leguas de camino recibieron contraorden y volvieron al campo, donde acababan de ser degollados 78 individuos de los suyos. Terrible sospecha les hizo concebir aquel incidente anexo al de su vuelta, pero nada dijeron ni se les dijo. Con todo, rumores siniestros llegaron a sus oídos. Se hablaba de una reunión habida entre los jefes del ejército vencedor; varios chasques acababan de ser despachados a la ciudad y se esperaban órdenes del gobierno. ¿Cuáles podían ser ellas? Nadie lo indicaba, pero un síntoma muy marcado hizo crecer las desconfianzas. Los jefes vencedores habían cambiado su porte anterior, franco y alegre, por una actitud reservada y evasiva. En medio de estas zozobras, y como si no se aguardara otra cosa que la vuelta de los capitulados de alta graduación, el ejército del gobierno emprendió su marcha con rumbo a Montevideo.

El tiempo era caluroso. Las jornadas se hacían de noche y sin novedad. El día 31 de enero se concedió permiso a los capitulados para escribir a sus familias· lo hicieron. Algunas de esas cartas, publicadas más tardes, tienen todo el acento de las esperanzas perdidas. El 1º de febrero a medio día, fué comunicada al ejército la orden de levantar campo. Mientras se hacían los preparativos de marcha, un oficial superior se presentó al general Díaz, pidiéndole su pasaporte, a nombre y de orden del general

en jefe, que necesitaba hacer en él algunas alteraciones. El general opuso cierta resistencia a entregarlo, fundándose en que era su única garantía, pero siguiendo luego el consejo del coronel Tajes, sacó una copia del documento y lo entregó. A las 2 de la tarde rompió el ejército su marcha, caminando hasta las 7, hora en que hizo alto sobre una cuchilla donde desplegó en batalla. Allí debía cumplir las órdenes recibidas del gobierno.

Presenciaban los prisioneros la maniobra de despliegue, cuando vino sobre ellos un grupo del que se destacaron varios soldados, y echándose sobre el general Díaz, lo desmontaron del caballo despojándole de sus espuelas, dinero y mejores prendas de vestir; le ataron los brazos con un maneador y empezaron a empujarle hacia un espinillal, anticipadamente indicado para lugar de su suplicio. El momento era solemne y la sorpresa harto rápida, para que la víctima no sintiese en el fondo del alma la verguenza de aquel manoseo, la indignidad de aquel saqueo, el dolor de aquella traición tan negra y tan friamente preparada. Por un movimiento natural, esforzó los brazos para romper las ligaduras, luego volvió los ojos a todos lados como buscando el socorro de sus compañeros; quiso hablar, mas la voz se ahogó entre el estertor de un sollozo, y por aquellas mejillas curtidas en la intemperie de los campamentos, se deslizó una lágrima caliente y amarga, primero y último tributo pagado en público a las exigencias del corazón.

Pero después de esta crisis suprema, el soldado se sobrepuso al hombre; y el general se irguió pálido pero sereno, noblemente resignado a morir, como había aprendido a hacerlo en el transcurso de

30 años de familiaridad con el peligro, en medio del cual le tocó más de una vez ser ejemplo de firmeza. Pidió permiso para escribir a su esposa; y como se lo negaran, la encomendó a Dios en altas y sentidas palabras, rogando seguidamente al comandante Bastarrica allí cercano, se hiciera cargo de su reloj, única prenda escapada al saqueo, para entregarla a la mujer ante quien debía suplir el testimonio escrito de su pensamiento. Luego se despidió de sus compañeros con un gesto, y al pasar delante del general Medina jefe del ejército vencedor, que se preparaba a contemplar impasible la ejecución de su antiguo hermano de armas "General —le dijo— ¿qué vale ya la palabra de un general oriental?" "Vaya usted, vaya usted, general Díaz —replicó Medina— esa es la orden del gobierno"... y una descarga puso fin al episodio.

Así murió César Díaz.

JUAN CARLOS GOMEZ

Está por aclararse todavía, si el romanticismo ha producido más bienes que males a la sociedad. Pues si considerado como doctrina literaria, puede reputársele a buen título una emancipación; examinado en sus tendencias políticas y filosóficas, es uno de los más deplorables devaneos del espíritu humano. Para penetrarse bien de esta verdad, corresponde averiguar cual sea el valor técnico de las palabras "clasicismo" y "romanticismo".

Por *clasicismo* se entiende, no las literaturas griega y romana propiamente dichas, sino la imitación servil de esas literaturas; mientras que el *romanticismo* implica, la reacción contra los clásicos y sus imitadores. De modo que una y otra escuela son dos exageraciones: la primera, pugnando por volver a todo trance al pasado y estacionarse definitivamente en él; y la segunda, afanosa en repudiarlo, buscando nuevas fuentes de inspiración. ¿Quién abonaría por el criterio de dos hombres, el uno empeñado en detener el tiempo, el otro batallando por desentenderse de él? Pues esta es la actitud de las dos escuelas rivales, en sus propósitos respectivos. Y si se avanza de los propósitos a los resultados, más

evidente se hace la exactitud de la comparación. Con decir que el clasicismo ha llevado el mundo al paganismo, y que el romanticismo le ha traído al socialismo, ya se comprueba el empuje del uno hacia atrás, y el desenfreno del otro hacia adelante.

Pero el romanticismo tiene todavía sobre el clasicismo, la triste ventaja de que todo lo ve negro. La fe, el amor, la amistad, son para él una mentira. No reconoce goces, fuera del sufrimiento. El genio, que hasta para los médicos materialistas es el resultado de un equilibrio casi perfecto de todas las facultades, para los románticos es una enfermedad incurable. El talento es otra enfermedad, aunque de índole menos rebelde. No existe el desinterés: la abnegación es una fábula. Para el romántico puro, ha de mirarse en el sol, antes que la luz, las manchas; y en el firmamento, antes que el diáfano azul, una dilución previa de abigarrados colores que sólo se oculta a los impotentes por atrofia orgánica. En resumen: el estrabismo, la dispepsia, los sacudimientos nerviosos, el mal humor y el olvido de la higiene más rudimentaria, constituyen el ideal teórico de la escuela. Otra cosa es en la práctica, como lo veremos.

La sociedad uruguaya imitadora de la Europa, se decidió por el romanticismo apenas pudo hacerlo. Desde entonces —y esto era hacia el año de 1840— toda persona capaz de cultivar las letras, debió forzosamente hacerlo en tono triste, bajo pretexto de confidencia y con ánimo de desahogar penas recónditas. La poesía, la oratoria y el romance se inficionaron de tristeza; y por lo tanto la melancolía que había sido una moda, fué haciéndose poco a poco una necesidad, porque no era bien nacido, ni inteligente, ni culto, aquél que no fuese melancólico. Bajo

la presión de tales ideas, y admitido que el talento era naturalmente triste y el genio una enfermedad mortal, enfermaron o afectaron enfermarse muchos hombres políticos, para lograr por las apariencias morbidas, lo que no les era dable conquistar poseyendo una salud a prueba de desengaños.

Con esto, el romanticismo se elevó de entretenimiento literario a doctrina política, y así permaneció en estado de incubación hasta que la paz de 1851 le trajo al gobierno. Entonces se vieron cosas muy raras. Los poetas sentimentales, los escritores de novelas fúnebres, los aspirantes a suicidas, los que miraban la salud como una peste y la riqueza como una maldición; los que reputaban la alegría dote de zafios y la elegancia privilegio de perdularios; todas esas gentes, en fin, que habían escrito y disertado tan primorosamente para convencer a la humanidad que su estado normal debía ser la hipocondría y el desaseo, escalaron repentinamente los puestos públicos y se presentaron en ellos sahumados y alegres, lucios y bien mantenidos, con el agregado de una tendencia a perpetuarse en el manejo de los negocios políticos, que ya pasaba de broma.

Para que la subversión revistiera su más amplio carácter, cambiaron el valor corriente de las palabras, pretendiendo dar significado convencional a ciertas reticencias y giros con que huían las dificultades. La metáfora jugaba un papel importante en la distribución metódica de esas grandes frases; y a ello debieron su predicamento el bastón de Tarquino para significar toda pacificación impuesta, y el lecho de Procusto para determinar toda igualdad forzada. Mano ciclópea de la industria, se llamo el progreso industrial; y sacerdocio político a la faena de los redactores

de diarios. Al lado de estos términos de color subido y que eran como los fuegos artificiales de la gran dialéctica, empleaban otros más vulgares, pero no menos enigmáticos. Decían *tiempo al tiempo*, cuando se les echaba en rostro su inutilidad; o *hemos de vernos las caras* cuando sufrían alguna derrota. Llamaban *solemne* a toda situación que les contara en sus filas; *decorosa* a toda medida buena o trivial en que hubieran intervenido. Las frases "noble actitud", "solución de principios", "defensa de los intereses más caros", las empleaba todo el mundo a propósito de cualquier cosa. La irrupción de melancolía que inundara anteriormente el lenguaje literario, fué desalojada y barrida por esta irrupción de solemnidad.

Entre los corifeos más sonados de la escuela, brilló desde luego don Juan Carlos Gómez; talento elegante y paradójico, naturalmente inclinado a la anarquía. Ninguno más hábil que él, para escribir un artículo apasionado o para improvisar un discurso fogoso; pero ninguno menos apto tampoco para sostener una situación o disciplinar un partido. Se había hecho hombre en Chile, a donde emigró muy joven para no tomar parte en la contienda contra Oribe y Rosas, y de allí volvió al país luego de ajustarse la paz de 1851.

Venía lleno de sí mismo, engreído, enamorado de su persona. Las atenciones de que había sido objeto entre los chilenos, que a título de extranjero no tenían razón de temerle ni objeto en deprimirle, le habían cegado a punto de creerse superior a sus compatriotas y dueño de recursos desconocidos para ellos. El desdén con que se nos ha tratado siempre en el exterior, gracias a nuestra indiferencia incurable por la opinión ajena, le había contaminado, formando

en él una profunda convicción de lo poco que valíamos; convicción que no le abandonó ni en los últimos momentos de su vida. Desconocía por completo la historia nacional, y nunca pudo formarse un criterio exacto de los motivos que determinaron nuestra independencia, ni de los inconvenientes que hacen tan penoso nuestro tránsito de la esclavitud al ejercicio del gobierno propio. Con tales ideas, se presentó en el escenario político, no como quien viene a merecer, sino como quien entra a mandar por derecho adquirido; y su primer paso fué dar calor a la idea de la formación de un nuevo partido; porque ni le gustaban los existentes, ni podía lisonjearse de gobernarlos, pues carecía de servicios para ello.

Por una aberración de las que eran tan comunes en sus procederes públicos, al nuevo partido, revolucionario hasta la médula de los huesos, le llamó *conservador*. Una vez constituído, empezó ese grupo político a derribar gobiernos; primeramente cada año, después cada seis meses, después cada tres, después cada semana. La extraña nomenclatura institucional que todavía nos sorprende hoy, "triunvirato", "gobierno provisorio", "asamblea doble"; fué puesta en circulación entonces para caracterizar las evoluciones de la anarquía. En estos dares y tomares, don Juan Carlos Gómez fué diputado y ministro; después se apartó de la política activa residiendo por algún tiempo en Buenos Aires, más tarde vino de nuevo al país incorporándose al periodismo en la lucha electoral iniciada bajo el gobierno de Pereyra, hasta que desterrado por éste, volvió a la opuesta orilla, instalándose allí definitivamente.

Establecido en Buenos Aires, distrajo los ocios que le dejaba su bufete en tratar por la prensa te-

mas políticos. También cultivó la poesía, mostrando en ello dotes muy felices, aunque no originalidad; pues muchas de sus composiciones se resienten de una marcada imitación de los modernos líricos franceses. Lo que le caracterizaba como poeta era la ternura, y como versificador la melodía de la estrofa. Descuellan entre sus producciones, un romance titulado *Ida y Vuelta,* cuya delicadeza es irreprochable; un canto a la *Libertad,* que vale más por su energía que por su mérito poético, y uno a la *Poesía*, escrito en forma de miniatura. Aunque no está mal que el poeta hable de sí mismo, Gómez abusaba de este recurso, narrando en todos los tonos su destierro, sus dolores y sus perdidas esperanzas.

Como periodista procedía de otro modo. Entonces no se quejaba, sino que increpaba y maldecía; ofreciendo singular contraste la vehemencia de sus artículos, con los ayes quejumbrosos de su estro poético. El continuado debate que sostuvo en la prensa argentina, casi solo contra todos y arriesgando la vida, perfeccionó su estilo de tal modo, dió tal concisión a su frase, una precisión tan exacta a sus determinaciones, un corte tan elegante y una contundencia tan terrible a su modo de exponer; que llegó a hacerle el primer periodista del Plata, por común asenso de amigos y adversarios. Era implacable en la polémica, hasta desesperar a sus contendores por lo atinado de los golpes; y es fama que cuando Urquiza guerreaba contra Buenos Aires, se sintió tan hondamente herido por uno de sus artículos, que estrujando el diario entre las manos, prometió colgar a Gómez en cuanto tomase la ciudad. Afortunadamente para el aludido, la ciudad resistió y triunfó.

Los tiempos cambiaron con ese motivo, y de ahí a pocos años, el partido unitario de Buenos Aires coronó sus victorias reorganizando la nacionalidad, bajo el influjo de sus hombres. Triunfante la influencia porteña en la Confederación Argentina, Gómez pretendió llevar a efecto la idea por excelencia *rosista,* de incorporar este país a aquél. Para lograrlo y por vía de preparación auspiciosa, empezó a escribir denigrándonos con igual ferocidad a la que empleó el tirano Rosas en su diabólica táctica. Desde Artigas hasta Flores, todos los prohombres uruguayos fueron presentados a la opinión argentina como gauchos rebeldes, cínicamente ambiciosos y profundamente inmorales. La generación actual, era para él una generación cobarde y servil; y sus hombres espectables, políticos *lame-platos* vendidos al oro brasileño. No había en este país, a quien él llamaba *perdido* no sabemos por qué, otro hombre honesto, intachable, probo, patriota, que don Juan Carlos Gómez; y lo decía y lo juraba con la mayor seriedad; y escribía en sus artículos frases tan jactanciosas como esta: *en diez años he hecho más que Sieyes, — he sufrido;* y tan vacías como esta otra. *yo soy una idea que avanza en triunfo al capitolio de la libertad!* Con tal autobiografía, y la panacea de la *anexión* se despachaba a su gusto.

Ya que hemos de examinar a fondo algunas de las causales expuestas por nuestro romántico compatriota en abono de sus estrafalarias doctrinas, hagamos una reflexión preliminar. El problema de la independencia de las naciones, será siempre un tópico de discusión interesante, para los pensadores y para los hombres políticos. En los pueblos sudamericanos, sobre todo, donde el criterio público no aparece defi-

nitivamente formado respecto a las bases fundamentales de organización y de sistema, esa discusión reviste todavía caracteres de interés mayor, en cuanto determina las opiniones de personajes espectables y perfila las aspiraciones más o menos acentuadas de las multitudes. Hay pues legítima cabida para todos, en un debate de este género.

En lo que toca al Uruguay, empero, la controversia sobre su independencia, —hecho fatal que se ha realizado en el tiempo y en el espacio, elevándose a la categoría de una ley histórica e influyendo en la vida, forma y organización de cinco naciones— no puede presentar ningún peligro. Cuando menos, ella concurrirá a fijar una base para todas las opiniones vacilantes, esclareciendo puntos oscuros Cuando más, ella confirmará el fallo providencial que preside a la emersión de las nacionalidades, haciendo ver que no nacen al acaso los pueblos, ni caminan sin rumbo en la prosecución de su vida azarosa, ni derraman su sangre y gastan sus caudales por el prurito de ostentar una fiebre de combate que repugna al egoísmo innato en el hombre.

La República del Uruguay es independiente, por el esfuerzo de sus hijos y contra la voluntad de sus dominadores intrusos. San José y Las Piedras demostraron que no queríamos ser españoles, Guayabos y Cagancha que no queríamos ser argentinos, Haedo y Sarandi que no queríamos ser brasileños. Las combinaciones diplomáticas y aún las vistas particulares de propios y extraños, se estrellaron durante todo el largo período de la lucha por la independencia, contra estas determinaciones airadas de la voluntad nacional, triunfando por último el pueblo, que era quien

había preparado, proseguido y alcanzado la conquista de su emancipación política.

A pesar de tan claros e irrefutables testimonios, don Juan Carlos Gómez, escribía con aquel tono solemne y sentencioso de su escuela: "He afirmado que la nacionalidad nos fué impuesta por una presión de fuerza y de fraude. Que el Estado Oriental no la creó ni la aceptó por acto propio de soberanía, o de propia voluntad. Que falta el *consentimiento oriental* a la nacionalidad impuesta por Pedro I y Manuel Dorrego. Y he apelado al fallo del mismo Estado Oriental libremente expresado. Se me ha contestado con el *quien calla otorga,* singular forma de manifestarse la soberanía, para esos políticos de tres al cuarto, patriotas lame-platos que proveen a los tiranuelos de teorías y doctrinas, como los tinterillos proveían a los caudillos que no sabían leer, de retórica para las proclamas y los oficios. *Quien calla otorga,* quiere decir, en el idioma de la moral, el silencio del miedo justifica la tiranía, la impunidad glorifica el crimen, el pavor de la víctima es la apoteosis del verdugo. Por eso el honrado y sabio legislador de las Partidas exclamó indignado: "mentira! quien calla no otorga, sino que sufre y devora sus lágrimas de indignación y de cólera".

¡Ya escampa y llovían necedades! — A menos de no pertenecer por completo al *género simple,* es imposible afirmar que un hombre de estado tan eminente como don Pedro I, y un político tan avisado como don Manuel Dorrego, nos *impusieran* la independencia, traicionando los intereses de sus países respectivos, esterilizando sus sacrificios, y creándose un obstáculo en la frontera, por el gusto de alardear generosidades que no han entrado jamás como dato en los cálculos

de los hombres destinados a influir sobre el futuro de un pueblo. Basta conocer por lo que respecta al Brasil, la política de la casa de Braganza, para hacerse cargo que una dinastía que estuvo a punto de hacer fracasar el tratado de Utrech al sólo objeto de quedarse con la Colonia del Sacramento; que más tarde encendió la guerra con España para posesionarse de Montevideo, Maldonado y las Misiones; que después hizo entrar un ejército a nuestro territorio, bajo D. Juan VI, para oponerse a los progresos de Artigas; que bajo D. Pedro I envió 14.000 soldados con el barón de la Laguna para conquistarnos y gobernarnos, y que desde el año 1825 al 1829 costeó y mantuvo 20.000 soldados sobre el suelo uruguayo, grandes flotas navales en nuestros ríos, y agotó sus tesoros para conservar el dominio de la tierra; basta conocer todo esto, para hacerse cargo de que nunca pasó por la mente de los hombres políticos portugueses y brasileños, desprenderse de este país.

Y tan cierto es ello, que en el año de 1830, ya independiente el Uruguay, tentó todavía el gabinete brasileño una negociación en Europa para incorporarnos al Imperio, monarquizando de paso a toda la América del Sur; y en las instrucciones secretas, que el ministro Calmon du Pin e Almeida envió al marqués de Sancto Amaro en 21 de abril para interesar a la Francia y a la Inglaterra en su propósito, decía lo siguiente: "En cuanto al nuevo Estado Oriental o Provincia Cisplatina, que no hace parte del territorio argentino, que ya estuvo incorporado al Brasil *y que no puede existir independiente de otro Estado*, V. E. tratará oportunamente y con franqueza *de la necesidad de incorporarlo otra vez al Imperio.* Es el único lado vulnerable del Brasil. Es difícil si no im-

posible reprimir las hostilidades recíprocas y obstar a la mutua impunidad de los habitantes malhechores de una y otra frontera. *Es el límite natural del Imperio.* Es, en fin, el medio eficaz de remover y prevenir ulteriores discordias entre el Brasil y los estados del sur. Y, en caso que la Francia y la Inglaterra se opongan a esta reunión al Brasil, *V. E. insistirá por medio de razones de conveniencia política que son obvias,* en que el Estado Oriental se conserve independiente, constituído en gran Ducado o Principado, de suerte que de *modo alguno* vaya a formar parte de la Monarquía argentina"

Es llano pues, que ni don Juan VI, ni don Pedro I, ni el actual monarca del Brasil bajo cuyo gobierno se expidieron las instrucciones que acaban de citarse, pudieron ver nunca con gusto que este país dejara de pertenecerles. Desde que le consideraban como el *límite natural* del Imperio, mal podían desprenderse de ese límite. Desde que le reputaban el *único lado vulnerable del Brasil,* mal podían dejar ese lado vulnerable en descubierto. Si don Pedro I cedió en último resultado a que este país se organizara independientemente, fué después de haber agotado todos los medios de resistencia, después de haberse puesto él mismo a la cabeza de sus ejércitos en Río Grande, después de haber contemplado sus barcos destruídos y sus tesoros agotados. No fué él, pues, quien nos *impuso* la independencia, sino que fuímos nosotros quienes se la impusimos a él.

¿Qué decir de don Manuel Dorrego, representante de la política argentina y gobernador de Buenos Aires, a la fecha del Tratado Preliminar de Paz? Todos conocen la vida de Dorrego: él fué uno de los jefes que entraron a nuestro territorio con Alvear y

Soler para radicar el dominio argentino, y él fué precisamente el jefe vencido en Guayabos. La historia ha recogido las palabras de Dorrego estampadas en el diario que él dirigía en 1829, al día siguiente de conocerse en Buenos Aires la noticia de la victoria de Ituzaingó. Oigamos esas palabras que son la profesión de fe y el programa político de un jefe de partido y de un candidato al gobierno de su país: "Honor y gratitud a los generales, oficialidad y tropa del benemérito ejército de operaciones. Su intrepidez y pericia han sido coronadas con la brillante acción contenida en el documento que precede. *El Tribuno* reputa la victoria de Ituzaingó, de una suma importancia, no sólo por que ella arranca la presa de manos de un usurpador, haciéndole conocer *que nuestra República tiene unos límites demarcados y reconocidos, y en los que debe fijarse esta inscripción* HASTA AQUÍ Y NO MÁS; sino también porque resuelve el problema de que *nos era imposible la reocupación de la Provincia Oriental,* y los que clasificaron de criminales a los treinta y tres héroes que dieron principio a la lucha en que nos hallamos envueltos, deben ser reputados o por cobardes imbéciles o por enemigos del honor argentino. En igual punto de vista coloca *El Tribuno* a los que tal vez en estos días opinaban por *una transacción ignominiosa y degradante,* que debía tener por base la *pérdida o segregación de la Provincia Oriental*". He aquí como pensaba Dorrego, el día antes de subir al poder.

Y no paró ciertamente en esto, el impulso de la idea dominante en su ánimo, con respecto a la anexión de nuestro país. Luego de hallarse investido con el gobierno, elevó a la Legislatura el célebre Mensaje de 14 de setiembre de 1827, en el cual

hacía en ásperos conceptos la recapitulación histórica de los actos de Rivadavia. Al llegar a la parte relativa a la guerra con el Brasil, el gobernante porteño censuraba expresamente la conducta del general Alvear, jefe de las tropas argentinas en nuestro territorio; "POR NO HABER APROVECHADO MEJOR LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VICTORIA", y también "por haber destruído con demasiada impericia los inmensos depósitos agarrados al enemigo". Se ve pues, que tampoco resulta probado ni podrá probarse jamás, que Dorrego nos *impuso* la independencia. No podía él traicionar los intereses de su país, ni los suyos propios, concurriendo a desmembrar a la República Argentina de un trozo de tierra que aquella nación consideró siempre como complemento necesario a su influencia moral y material en la América. A semejanza de Don Pedro I, no fué Dorrego quien nos *impuso* la independencia, sino que fuimos nosotros quienes se la impusimos a él.

En la revolución de 1825, la idea dominante por parte del Brasil fué la de sostener a todo trance el dominio del territorio uruguayo; mientras que por parte de la República Argentina la idea dominante fué reivindicar a todo trance la dominación de este territorio. Tan evidente es esto, que basta echar una ojeada sobre los documentos de la época, para adquirir absoluta seguridad de la fijeza del plan tramado por ambas naciones contendientes. Y puede el sentido común discurrir sin auxilio de documento alguno, que no habían de lanzarse a lucha tan desesperada y en momentos tan graves dos naciones, por el placer de *imponerle* la independencia a una tercera. Era cuestión de dominio continental, de preponderancia militar, de organización definitiva lo que el Brasil y la

República Argentina perseguían, y si fallaron sus cálculos fué porque no conocían o afectaban desconocer la tendencia irresistible que había forzado y forzará siempre al pueblo uruguayo a conservar y defender su independencia.

Así fué que cuando Rivera apareció nuevamente en la escena, sublevando al pueblo y deslumbrando a todos con sus victorias, sintiéronse sobrecogidos de terror los dos rivales que aspiraban a dominarnos. Comenzaron las intrigas contra aquel caudillo, luego se pasó a la persecución, más tarde se tentaron los ofrecimientos y las dádivas: pero todo fué en vano, porque Rivera tenía la conciencia de su fuerza en aquel momento, o por mejor decir, él era la fuerza de la revolución. Representaba al pueblo llano, al pueblo que lucha y muere sin quejarse, que no pide más que un jefe que lo guíe, conformándose con la oscuridad y la victoria. Y tan cierto es que Rivera reasumía en su persona el pensamiento y la fuerza popular, que ni el prestigio de Lavalleja, jefe de los Treinta y Tres, ni los esfuerzos de Alvear vencedor y rodeado de tropas aguerridas, pudieron contener los progresos del caudillo, ni impedir su triunfo.

Entonces vino la paz, y Rivera habló como dueño. Al acusar recibo a la nota en que se la comunicaban, escribió desde su cuartel general de Itú las siguientes palabras memorables al Gobierno Provisorio de la República: "Excmo. señor. El ejército del Norte formando un ángulo de la Provincia Oriental, por la unión voluntaria de sus habitantes, y guiado por uno de los más antiguos de sus soldados al centro de las Misiones Orientales, enarboló en él la bandera de la República, por cuyos medios forzó al enemigo a multiplicar y dividir sus fuerzas, ya debilita-

das por los triunfos del Rincón, del Sarandí y de Ituzaingó, y para mantenerla invadió el continente colateral con la probabilidad de extender los triunfos de las armas de la República más allá de San Pablo y aun de Santa Catalina. En este estado el gobierno de la República de las Provincias Unidas mandó plenipotenciarios a Río de Janeiro, y ajustó los preliminares de una paz que restaura las ahora conquistadas Misiones al Imperio del Brasil; *pero que desata la Provincia Oriental de las Provincias Unidas, asegurando su absoluta independencia,* con lo cual echa el primer paso fundamental a sus altos destinos. La *soberanía oriental* forma la base de ese tratado, *y éste era el único objeto del origen de la invasion de las Misiones.* Por consiguiente, la guerra ha cesado para el ejército del Norte, etc."

Rivera manifestaba en este oficio, con toda claridad, el espíritu de que estaba poseído y las sugestiones populares a que obedeciera en su última campaña militar. La comunicación escrita al Gobierno Provisorio desde Itú, es el programa de la revolución. No hay reticencias de estilo, ni misterios de forma en las declaraciones del caudillo. El ejército del Norte había desenvainado su espada *"para desatar la Provincia Oriental de las Provincias Unidas"*, y ahora que la *absoluta independencia* de la Provincia Oriental estaba asegurada, aquel ejército volvía la espada a la vaina. *"La soberanía oriental había sido el único objeto del origen de la invasión a las Misiones"*. Esto es rotundamente claro. Ni podía esperarse otra cosa del hombre que asumiera la personería de la revolución; porque no se comprenden las revoluciones sobre procedimientos ambiguos, ni las declaraciones fundamentales en términos medios.

Sin embargo, don Juan Carlos Gómez, llamaba políticos de tres al cuarto y patriotas *lame-platos* a los sostenedores de la independencia nacional; y se atrevía a decir que el Estado Oriental "no creó ni aceptó su independencia por acto alguno de propia soberanía, o de propia voluntad". Esto rebasa el colmo del atolondramiento. ¿No es un acto de propia y muy legítima soberanía, la declaración de la Asamblea de la Florida, decretando írritos, nulos y de ningún valor los lazos de incorporación que nos ligaban a los intrusos poderes de Portugal y el Brasil? ¿No es un acto de soberanía el oficio del general en jefe del ejército del Norte, declarando a nombre del pueblo armado, que la Provincia Oriental recuperaba su absoluta independencia y quedaba desatada de las Provincias Unidas del Río de la Plata? ¿No es un acto de soberanía indiscutible e inalienable la declaración expresa de los artículos 2º y 3º de la Constitución de la República, que dicen: *"el Estado Oriental es y será siempre libre e independiente de todo poder extranjero, — jamás será el patrimonio de persona ni de familia alguna"?*

Ninguna de estas razones convencían a don Juan Carlos, decidido a conseguir el triunfo del plan de don Juan Manuel, su mentor en la patraña de la anexión. Revolviendo papeles, dió con una segunda acta de la Asamblea de la Florida, en la cual, declarada ya la independencia, se proclamó la incorporación de este país a la República Argentina, por motivos que todos conocen. Aquí fué Troya: don Juan Carlos se alzó triunfante con su descubrimiento, y emprendió un verdadero alegato de leguleyo. "¿Cómo conciliáis vuestra declaratoria de independencia, con la declaración inmediata de incorporación a la Repú-

blica Argentina; —preguntaba—, si en este conflicto de leyes que se contradicen, la segunda deroga forzosamente a la primera? Si el 25 de Agosto de 1825 os declarásteis independientes por una acta, y en seguida os incorporásteis a los argentinos por otra acta; borrásteis con la segunda disposición lo que habíais escrito en la primera". De suyo estaban contestadas estas majaderías, con exhibir a la República independiente, libre y constituída, a pesar de todas las actas opuestas a ello que pudieran haberse escrito en el curso de la revolución de 1825. No es argumento, ni ha podido serlo nunca contra la independencia actual de un país, las declaraciones anteriores, verbales o escritas, de asambleas o de caudillos, que puedan haber afectado esa independencia por cualquier circunstancia. La doctrina universal y corriente estatuye, que constituída libremente una nación y reconocida como tal, todo acto anterior que desdiga ese hecho, resulta nulo. Pero la segunda acta de 1825 tiene una explicación perentoria, y éste es el caso de recordarla.

Cuando se produjo la invasión de Lavalleja al territorio uruguayo, los estados cuyo interés político hería de distintas maneras aquella invasión, se encontraban en preponderancia señalada. Regía el Imperio del Brasil don Pedro I, soberano originario y descendiente de aquella ilustre casa de Braganza, a quien Portugal debe su libertad e independencia, y en cuyo vástago el Brasil, transformado ya en nación, había depositado las riendas del gobierno. Era don Pedro, de condición política muy sagaz, y los sucesos le acreditaron más tarde con aplauso de gran soldado. Había hecho prácticas durante un gobierno breve las más acentuadas aspiraciones de la mayoría de su país adoptivo, promoviendo la ratificación por la metró-

poli de la independencia brasileña, dando una Constitución al Imperio, sofocando la revolución republicana, y realizando el dorado sueño de incorporar a sus estados todo el territorio uruguayo, profundo y permanente objeto de los hombres políticos portugueses y de sus sucesores.

Por su parte la República Argentina, aunque menos habilitada que su rival para calzar el coturno de las naciones fuertes, presentaba sin embargo, por sus recuerdos militares, sus recientes tratados de pacificación con el extranjero y sus tentativas de organización gubernativa, una fuerza moral muy ponderable. Había guerreado victoriosamente contra la España y ahora entraba en tratos con ella para solidificar las relaciones rotas con motivo de la separación originada por la independencia. Además, los brillantes triunfos de Bolívar y Sucre en Junín y Ayacucho, ponían fin al dominio español en América, robusteciendo de paso la acción del gobierno argentino, sea para negociar, sea para organizarse. Por último, un hombre político muy sonado, don Bernardino Rivadavia, dirigía los negocios de su país desde el Ministerio, y se dejaba sentir ya, que muy pronto los dirigiría desde posición más elevada.

En estas circunstancias, pisó Lavalleja el Arenal Grande. No acompañaban al caudillo uruguayo más que treinta y dos compañeros, señal inequívoca de la escasez de sus recursos. Ningún apoyo exterior daba a su empresa colorido de éxito. Todo cuanto se hiciera anteriormente para independizar al Uruguay, había fracasado del modo más desconsolador. Una misión enviada ante Bolívar por ciudadanos de Montevideo, recibió la simulada repulsa de entenderse con el gobernador de Córdoba! —Una revolución produ-

cida por el coronel Bauzá en Buenos Aires, a fin de colocar un gobierno simpático a los uruguayos, dió por resultado la aprehensión de aquel jefe y su entrega a los portugueses! — Una tentativa de negociación de don Santiago Vázquez para aprovechar la disidencia momentánea de Portugal y el Brasil, salvando siquiera nuestra autonomía de provincia argentina, sucumbió al iniciarse! — Lavalleja pisaba el suelo de la Patria, abandonado a su fortuna, contando con posibilidades aleatorias, empeñado a semejanza de Trasíbulo en una facción que no tenía otra salida lógica que el desastre, otra excusa que la desesperación, otra recompensa probable que la muerte.

Bajo tales auspicios comenzó la esforzada contienda de los Treinta y Tres, que debía devolvernos nuestra independencia nacional perdida, dignificándonos con la fundación de instituciones republicanas. Dios había querido que los sufrimientos de un pueblo honrado, generoso, varonil y sobrio, no se esterilizasen por el capricho de los hombres; y que la constancia y las virtudes desplegadas en tantos años de combates, encontraran al fin la recompensa que merecen el patriotismo transmitido de generación en generación, y el sacrificio aceptado sin réplica por los herederos de un infortunio de tres siglos.

Comenzó la lucha. ¿Cuáles eran los elementos del Brasil en el Uruguay? 12.000 hombres en las fronteras de la Provincia de Río Grande; 5.000 en Montevideo; 1.000 en la Colonia; 1.000 en Maldonado y Gorriti; 500 en las islas de Lobos. — Total, 19.500 soldados veteranos de todas armas, y el dominio exclusivo del país. — Contra esta masa de elementos organizados debía luchar en primer término Lavalleja, que no tenía consigo más que un puñado

de compañeros, sin otra fuerza moral que su heroísmo, ni otros recursos materiales que unas cuantas cañas *tacuaras* con cuchillos en la punta.

Pero había en segundo término otro obstáculo, que disminuía la poca fuerza moral de los Treinta y Tres. — El gobierno argentino se mostraba contrario a la empresa, ostentando conducta muy parecida a la que ostentara en 1817 cuando los portugueses concluyeron con Artigas. — Interpelado por el agente brasilero en Buenos Aires, respecto a la expedición de Lavalleja, contestó lo siguiente: "Buenos Aires, Mayo 2 de 1825. — El Ministro que suscribe, habiendo puesto en la consideración de su Gobierno la nota que el señor Cónsul del Estado del Brasil le ha dirigido con fecha de 30 de Abril último, pidiéndole explicaciones con respecto a la empresa que refiere de algunos emigrados de Montevideo, asilados en esta plaza, se halla encargado por su gobierno de decir en contestación a dicho señor Cónsul, que puede continuar desempeñando sus funciones en esta ciudad, bajo el seguro concepto de que *"el gobierno cumplirá lealmente con todas las obligaciones que reconoce"*, mientras permanezca en paz y buena armonía con el gobierno de S. M. I.: debiendo agregar el que suscribe con relación a la *tentativa* que anuncia el señor Cónsul, *que no está ni puede estar en los principios bastantemente acreditados de este gobierno, el adoptar en ningún caso medios innobles, ni menos fomentar empresas que no sean dignas de un gobierno regular.* — El Ministro que suscribe saluda al señor Cónsul con su acostumbrada consideración. — *Manuel José García* — Señor Cónsul del Brasil, etc."

Es evidente, pues, que Lavalleja entraba a la lucha, chocando de frente con la hostilidad militar

y política del Imperio del Brasil, y con la desconfianza fría y acentuada del gobierno argentino. Por más que el caudillo uruguayo se propiciase la alianza de Rivera, decidiendo con ella el pronunciamiento pleno de los elementos nacionales, esto no le quitaba de encima la enemistad de dos naciones poderosas que acechaban sus pasos para aprovechar el primero de sus desastres. De ahí que Lavalleja se viera en la necesidad de transar con las circunstancias, convocando una Asamblea en la Florida, que declaró a la Banda Oriental del Uruguay independiente del Brasil e incorporada a la Confederación Argentina. Se ha dicho sin embargo, que esta Asamblea fué traidora a su misión, y comprometió los intereses que le estaban confiados. Así se juzgan los actos de los hombres, y se perpetúan las ingratitudes de los pueblos!

La Asamblea de la Florida procedió con la grandeza de un patriotismo sin tacha, y con las vistas profundas de una política elevada. Encontró delante de sí una nación poderosa que le era hostil, y otra nación pujante que iba a serlo. No tenía en su apoyo al instalarse, otros recursos que una fuerza moral de dudosos quilates, y una fuerza material que sumaba ochocientos *gauchos*. Colocada en situación tan ardua, rompió de frente con el Brasil que era el enemigo más terrible, y trató de comprometer en su favor a la República Argentina, presentándole las probabilidades de un engrandecimiento territorial. Esta política surtió todo el efecto deseado, luego de saberse en Buenos Aires que habíamos ganado las batallas del Rincón y Sarandí. Aturdidos los argentinos por una promesa que parecía tener propicia a la victoria, admitieron en el Congreso a don Javier Gomensoro, Representante del Uruguay, resolviendo

desde luego su intromisión en nuestros asuntos y su hostilidad contra el Brasil. — Tal fué la historia de los trabajos de la Asamblea de la Florida.

La entrada de los argentinos a la contienda, determinó una nueva faz de la cuestión. Ellos se habían presentado venciendo en Ituzaingó, y ahora hablaban como dueños en los consejos de la diplomacia. Hacíaseles poco llevadero el perder una Provincia que consideraban como suya desde abolengo, y no se avenían a ninguna negociación que no complementase su triunfo. Por su parte los brasileños, pecaban por iguales inquietudes, y consideraban con razón que era un asunto de preponderancia para su país y de corona para su soberano, el perder o ganar el territorio del Uruguay. Comenzáronse pues, aquellas largas negociaciones en que cada uno de los dos rivales pretendía engañarse, ora proponiendo que este país fuera un gran Ducado, ora que fuese una Provincia federalizada, o en último caso que se neutralizara por cinco años. Todo esto no hizo más que embrollar la situación poniendo de manifiesto que ninguno quería abandonar la tierra donde había sentado sus reales; pero demostrando también que tanto un rival como el otro eran impotentes para imponer su voluntad si el pueblo, dueño de la tierra en disputa, no les ayudaba. La anarquía se pronunció en toda la línea.

Entonces tocó al pueblo uruguayo decir la última palabra. De entre los escombros de tanta ruina, se levantó sañudo el verdadero partido de la revolución, hizo a un lado a los contendientes extranjeros, y tremoló impávido el estandarte de la independencia. Rivera escapado providencialmente a las órdenes de prisión del gobierno de Buenos Aires y a los fo-

gonazos de los soldados de Oribe, invadió y conquistó las Misiones, levantó un ejército, apoyó al gobierno nacional instalado en la Florida, y se presentó como la expresión característica de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. Desde aquel momento, todo quedó concluído, llevando cada uno en lote los designios de la suerte: nosotros, la independencia; D. Pedro de Braganza, la proscripción; Buenos Aires, la tiranía de Rosas. — El drama había tocado a su término.

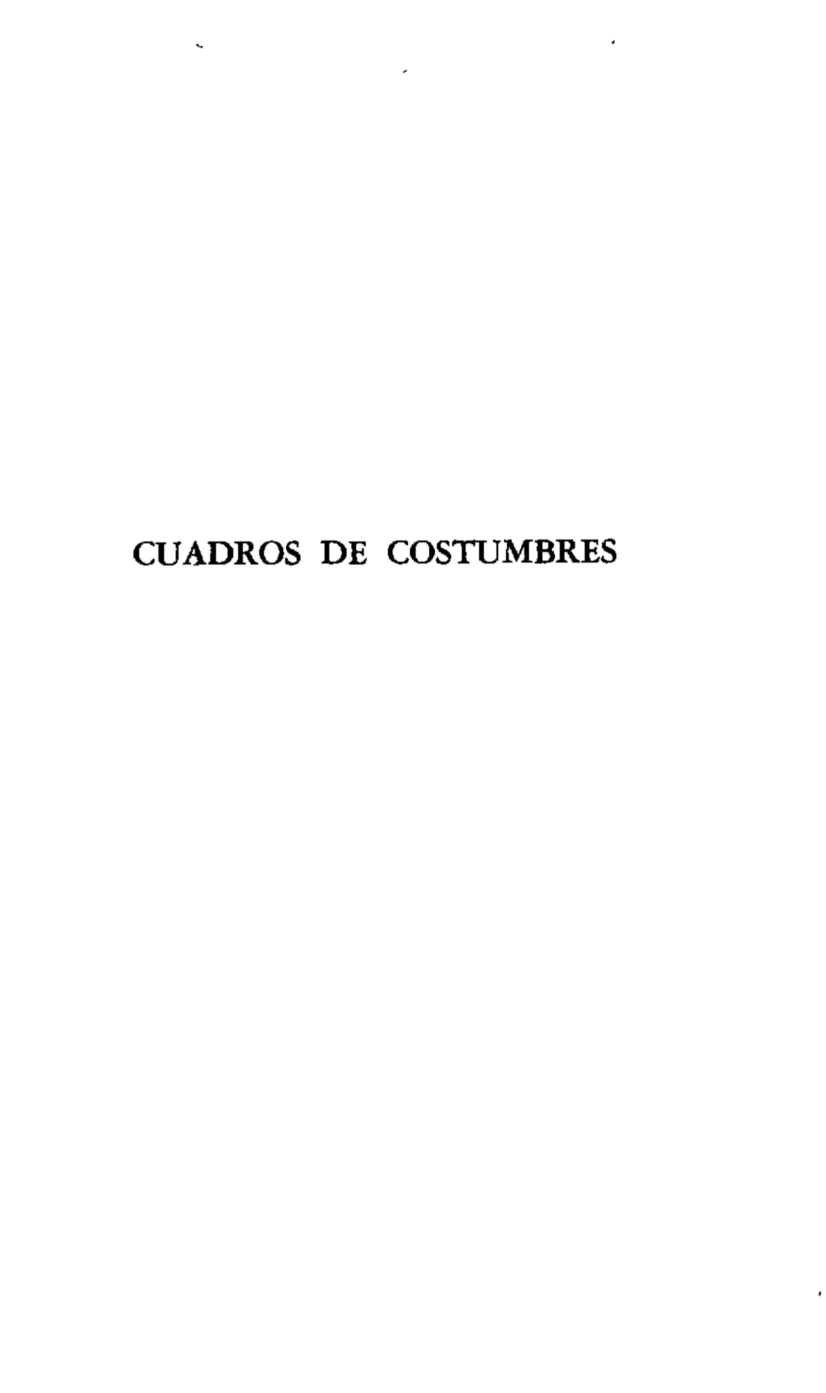
Tales son los antecedentes históricos que don Juan Carlos Gómez negaba al defender su proyecto anexista; y ya ha podido apreciarse la táctica empleada por él contra los que pretendían recordárselos. Una parte de la prensa de Buenos Aires, al comenzar esa propaganda subversiva, dió en apoyarla; pero a la larga, los órganos serios de opinión repudiaron como quimeras de un visionario las especulaciones políticas del viejo soñador. Entonces Gómez, fastidiado de todo y de todos, se retiró de la política activa, en cuyo campo acababa por otra parte de recibir un duro revés, con el fiasco de la candidatura presidencial de Sarmiento, que tuvo el mal tino de patrocinar. De su retiro le sacó la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, confiándole en 1884 la cátedra de Filosofía del Derecho, que apenas regenteó unos días, muriendo en mayo de ese mismo año.

Sus partidarios levantaron la voz en todos los tonos, para decir que había caído el hombre más austero, más patriota y más capaz que produjera nunca el país. Los hechos capitales de su vida, que a grandes rasgos acabamos de narrar, comprobarán hasta donde pueda admitirse semejante juicio.

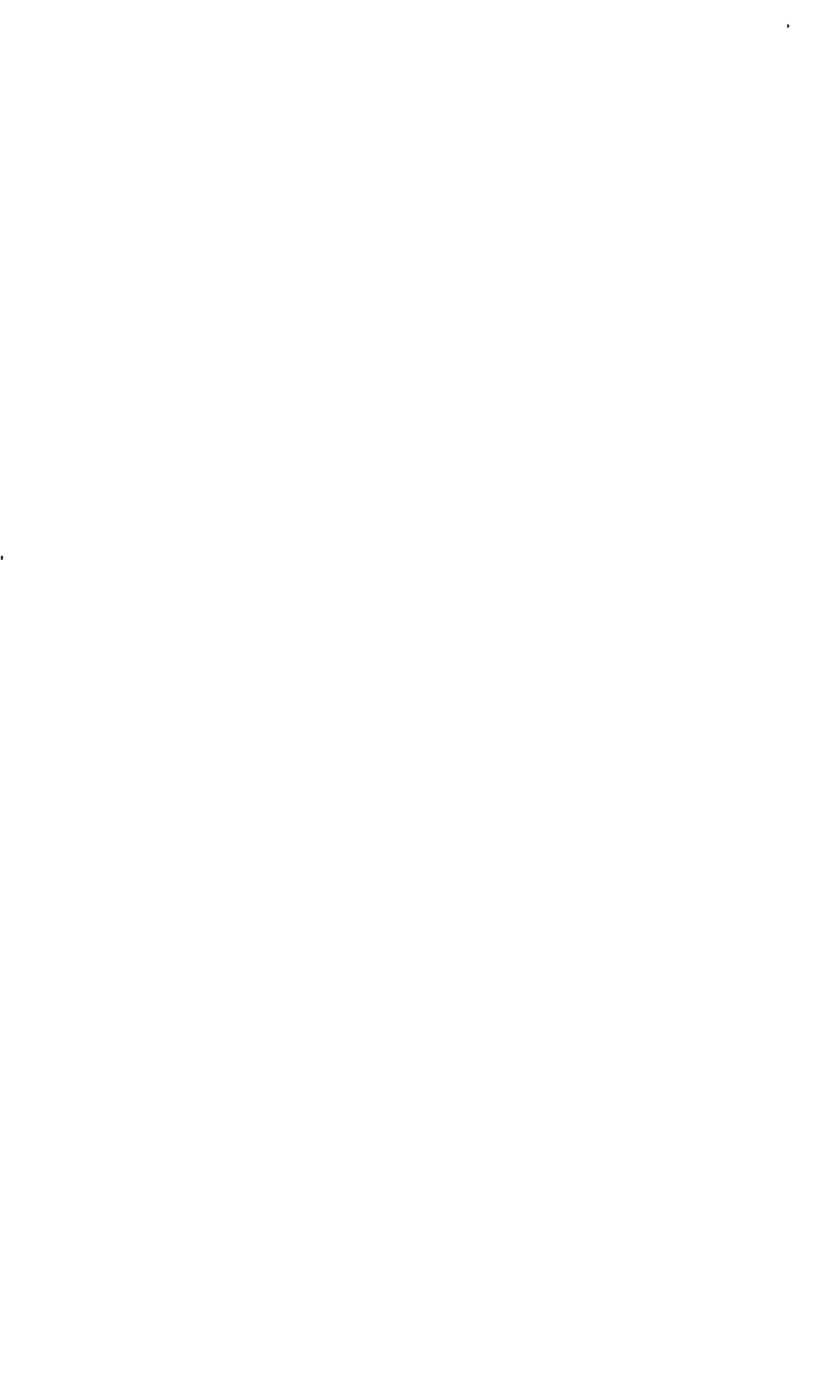
Contrayéndonos ahora al literato, creemos que su muerte mató la escuela romántica uruguaya. No nos aflige que esa escuela desaparezca; antes lo reputamos un bien que un mal. Demasiado ligera para enseñar nada provechoso; llorona hasta hacerse incómoda en un país donde cada cual tiene hartas penalidades propias para cargar todavía con las mentidas quejumbres ajenas, la escuela romántica ha falseado el criterio público con sus exageraciones y lamentos, dañándonos más allá de lo que vulgarmente se piensa. Es hora de reaccionar contra ese desvarío, fundando una literatura nuestra.

Emprendamos la obra de regeneración, con firme continente y animoso espíritu. Podemos mirar para atrás sin avergonzarnos: nuestra Revolución es la historia de los héroes y de los mártires; nunca de los opresores, jamás de los tiranos. Sigámosla en la literatura como en la política, pero sigámosla con fe. Sigámosla en nombre de los grandes principios que ella proclamó, y de la dignidad de los hombres libres que ella salvó incólume. Sigámosla en nombre de los millares de ciudadanos que se sacrificaron en su servicio, desde el indio oscuro cuya memoria no se conserva, hasta el prócer encumbrado que la selló con su destierro Sigámosla como testimonio publicado ante el mundo, de que fuimos dignos de tener padres apasionados de la libertad, y de que seremos bastante fieles para no dejar apagar en nuestro pecho su santa llama.





CUADROS DE COSTUMBRES



EL GAUCHO

En el año de 1768, cuando gobernaba a Montevideo por el rey de España don Agustín de la Rosa, fueron expulsados los jesuítas de nuestras tierras. Con este motivo, las reducciones uruguayas maltratadas por los gobernadores militares, empezaron a ser abandonadas de sus pobladores, los cuales, buscando la tranquilidad y la riqueza se establecieron en buen número sobre las campiñas de Montevideo y Maldonado. Pronto se iniciaron entre los nuevos pobladores y los que ya habitaban el país, relaciones industriales y de orden social que fueron estrechándose, y por fin resultó, que una nueva sociedad se había formado. De en medio de estos elementos tan diversos, nació un tipo que era el resultado de todas las fusiones, y que estaba destinado a desempeñar un gran papel y a dar su nombre a la población de las campañas del Plata: era el gaucho.

Los primeros gauchos o *guaderios,* sin embargo, no eran todos uruguayos, pues muchos componían el número de los portugueses y españoles fugados de presidio: se les llamaba gauchos como se les hubiera podido llamar bandidos u holgazanes. Pero de allí a poco, hízose extensiva la designación a todos

aquellos que sin quehaceres fijos, gustaban de vagar errantes por los campos, o se hacían notables por sus lances amorosos, sus rencillas y sus cantares. Lo rudimentario del trabajo y la facilidad de efectuarlo con pocos brazos, hacía que en todas las familias, numerosas de suyo, hubiese siempre un sobrante de varones que no eran absolutamente necesarios a las faenas domésticas. Los más enérgicos de ellos, aguzados por su natural inquieto, abandonaban pronto el hogar paterno para procurarse atractivos de otro género en medio de una naturaleza salvaje, luchando con las fieras y los animales cerriles, y aventurándose en los lances apurados de cualquier género.

Estos fueron de aquí para adelante los verdaderos gauchos, mezcla informe de grandes pasiones y de pensamientos mezquinos, arrojados y pueriles, trovadores melancólicos que al son de la guitarra cantaban endechas de amor, y en seguida reñían a cuchillazos por la menor palabra; valientes hasta la temeridad y supersticiosos hasta la ridiculez. Había ya en este fruto prematuro de una raza nueva, todos los rasgos salientes de su futuro carácter; parece como que el gaucho hubiera presentido por su temeridad sin objeto y sus melancolías sin causa, que era el primer eslabón de una agrupación humana destinada a conquistar su independencia y su libertad por el valor militar y la resignación cívica. Tal fué el origen del gaucho.

La civilización extendiendo sus beneficios por los campos, ha transformado la fisonomía histórica de nuestras poblaciones. Se han edificado pueblos y ciudades, y han nacido jerarquías sociales que tienden a fundir todos los elementos antiguos en un tipo nuevo. Cuatro clases superiores en ilustración y en

recursos propios pesan hoy sobre el gaucho. El estanciero que sabe leer y escribir, que generalmente ha hecho la guerra en calidad de jefe de división, y que ejerce una gran influencia moral sobre los que le rodean. El labrador, casado con la tierra de la cual se sustenta. El mozo de pueblo que lee diarios, se ocupa de política, viene una que otra vez a la capital y se ilustra continuamente. Y por último, el *paisano,* tipo que se generaliza desde hace veinte años, hombre que no sabe leer, pero que tiene familia y hogar fijo, y que es capataz de estancia o puestero. El gaucho queda comprendido, pues, en la quinta jerarquía de la sociedad de los campos, y todo indica que en breve desaparecerá de la escena para convertirse a la nueva civilización. Pero el perfil de su fisonomía moral es tan acentuado, que la historia le asignará un lugar distinguido en sus páginas, porque no podrá escribirse la nuestra sin mentarle a él en primer término. Antes de que el hecho de su transformación se efectúe, quisiera pintar al gaucho tal como me lo representan mis recuerdos de pocos años atrás.

Los habitantes de Montevideo se han formado en general una idea muy errada de los gauchos. Algunos creen que esos peones chacareros, vestidos de andrajos y mal montados que pasean nuestras calles de tiempo en tiempo, son gauchos. Otros más instruídos y que han viajado por los ferrocarriles o los vapores, visitando los pueblos del interior, creen que son gauchos esos *camiluchos* de trastienda que charlan a más no poder con todo el que ven, y cuentan sus historias personales corregidas y aumentadas a quien tiene el mal gusto de oírselas. Nada es menos cierto que esto sin embargo, y el gaucho se burla

como ninguno de las pretensiones de esa pobre gente. Entre cien individuos agrupados en el campo, se conocerá inmediatamente a un verdadero gaucho por más pobre que él sea: su caballo ensillado con esmero, tuzado y acepillado; su persona limpia, sus prendas de vestir colocadas con gracia sobre el cuerpo; sus cabellos y barbas largos, pero peinados y cuidados, y en fin, aquel aire atrevido y simpático a la vez, que parece decir a todos "yo soy el dueño de la tierra, ustedes no son más que gringos", es lo que le da a conocer.

Otro de los errores en que muchos viven es el suponer que el gaucho es una especie de bufón que divierte a las gentes a su costo, y estrecha amistades con el primero que se le acerca. También es inexacto esto, porque el gaucho sólo es amigo de sus amigos, es decir, de sus iguales, y a los demás o los respeta o los desprecia: los respeta si son inteligentes o bravos; los desprecia si son simples, cobardes o hablantines. Por lo general, el gaucho es reservado y comedido con las gentes que no conoce: el temor de decir algún disparate que le deje en ridículo, le contiene siempre de hablar ante extraños. Como él mismo lo dice, *no da a conocer su juego a dos tirones,* lo que equivale a expresar que sólo acostumbra a abrir juicios sobre lo que sabe y ante personas que trata de continuo. Su conversación, por lo común, versa sobre aventuras de guerra, lances amorosos y carreras de caballos. La guitarra y el canto le divierten sobre manera, y es capaz de escuchar sin fastidio durante toda una noche a un guitarrista. Tiene como los charrúas la voz floja y afecta como ellos un aire circunspecto cuando desea entender con propiedad lo que le dicen y le interesa. No le gusta apresurarse

cuando está en marcha, y se dá el lujo de soportar el rayo del sol al tranco de su caballo.

Para alabar como para vituperar las personas y las cosas, tiene recursos de lenguaje, giros poéticos, expresiones originales, que hieren los sentidos penetrando de un modo especial en la inteligencia. Sin cuidarse de completar sus frases, las enuncia por medio de comparaciones y de referencias que a pesar de su sencillez vulgar, tienen comúnmente un alcance profundo. Así para expresar que un hombre es valiente, dice de él: *es como las armas;* que un hombre es vivo, *es como luz;* para hablar de una mujer linda, *es como las estrellas;* para indicar un caballo rápido, *es como águila;* para elogiar a un individuo firme que no cede a los embates de la mala fortuna, *es como cuadro.* Cuando habla de su caballo, le llama *mancarrón,* a su mujer *la china,* a sus amigos *aparceros,* a los muchachos del campo *charabones* (avestruces). Si le entusiasma alguna aventura heroica que le cuentan, demuestra su admiración por el héroe con esta exclamación: *¡Ah criollo!* Si él narra algún lance en que un jinete bien montado evitó un sablazo o una lanzada, ladeando el caballo, dice que *soslayó el pingo.* No dice "tome usted" sino *velay:* al mate le llama *el verde,* a la botella *limeta,* a los tragos de caña o de ginebra *gorgoritos,* a un buen caballo de paseo *flete,* al telégrafo eléctrico *el chismoso,* al ferrocarril en señal de admiración, *el bárbaro.* Pero donde agota todo el repertorio de sus dichos, es en la enumeración de las calidades de un caballo que estima, y así dice: es aseadito para andar, es liberal, es el peón de la casa, es mi crédito, es un trompo en la rienda, es manso de abajo, es seguidor en el camino, es liberal por donde lo busquen,

es caballito mantenido, orejea como guanaco en cuanto divisa, es de buena vuelta, para el lazo es como cimbra, es escarceador y aseado, a donde quiera endereza, etc.

En la conversación familiar y cuando desea mostrarse cariñoso, sea con los que están presentes o con algún amigo cuyo recuerdo le asalta, emplea términos de su invención o diminutivos que dan una flexibilidad singular a las palabras. Así, a un hombre entendido en el baile o la guitarra, o muy sobresaliente en el juego, el canto o las carreras de caballos, le llama *taura*. A un amigo de valor personal reputado, si es viejo, le llama *viejito quiebra* y si es joven *indio crudo*. A un parrandero que poco para en su casa, le denomina *hombre gaucho*. Si juega de manos con algún aparcero y llega a tocarle el cuerpo, en el acto exclama: *¡óigale el duro, y se duebla!* Si le choca el modo de proceder de alguno, o las palabras que dice o las armas que trae: *miren con qué carta se viene a baraja!* Si pide algo a mujeres: *hágame el favor de darme eso, por su vida.* Si pregunta su nombre a alguno, y éste responde soy fulano para servir a usted, él le replica: *para servir a Dios.* Si entra a una pulpería y le convida un extraño: *gracias amigo, a pagar lo que guste.* Cuando da las señas de un paraje cercano, no dice más allá sino *más allasito;* cuando se despide de los que estima no dice adiós, sino *adiosito:* cuando quiere afirmar que no conoce absolutamente nada de un asunto, dice: *no sé cosísima ninguna!*

Sobresale también en buscar el lado ridículo de las cosas, y sus sátiras son a veces divertidas, pero en las más de las ocasiones sangrientas. Del hombre que sale poco de su casa, dice: *es como peludo en*

la cueva; al individuo de ciudad le llama *maturrango;* al extranjero *gringo* y en algunos casos *nación.* Tiene refranes particulares de su cosecha para caracterizar todas las circunstancias en que se ven aquellos a quienes profesa ojeriza. Cuando alguno o algunos individuos que no son de campo, se presentan a participar del asado que arde en el fogón, el gaucho que sabe bien que van a estropear la carne, dice. *ya cayeron los chimangos!* Si alguno habla o hace alguna cosa mal: *no sobe la guasca contra el pelo.* A los caballos de sobre-paso les llama *caballos de médico,* y si encuentra a algún individuo montado en un caballo de esa laya, le saluda con mucha formalidad, diciéndole: *adiós doctor.* A su enemigo le llama *sotreta;* al caballo de su enemigo *matungo;* a las armas de su enemigo *armas solas.* Para significar que una división o un escuadrón huyó del campo de batalla sin pelear, dice: *esa gente se fué de arriba;* para ridiculizar al jefe de la gente huidora: *disparó en la punta:* y si el jefe es su enemigo: *castigó el caballo hasta con el sombrero.* A los agrimensores les llama *pilotos;* a los demás hombres de ciencia *físicos.* Cuando alguien roba alguna cosa, dice: *de arriba no lleva golpe.* Si duerme en un campo de batalla después de una victoria, al recoger sus prendas de montar para hacer la cama, dirigirá a sus compañeros esta frase significativa: *caballeros, muertos no hablan, pero roban cojinillos.*

Las tres grandes pasiones del gaucho son: el juego (naipes, taba y carreras), las mujeres y la guerra. Sus vicios son el mate, el cigarro, y el baile. El juego acorta los largos días de su holganza campestre, las mujeres suavizan la aspereza de su carácter cerril, y la guerra ejercita su espíritu aventurero.

Cuando no juega, enamora o pelea; fuma, toma mate o baila. Su modo de dormir es un misterio, y hasta parece que el sueño no fuese para él una necesidad. Tiene el más completo desprecio por los dormilones, así es que de los que duermen siesta antes de medio día, dice *que duermen la siesta del burro,* y cuando quiere satirizar a alguno que ha sido desgraciado en la guerra, dice *que lo agarraron durmiendo.* En los campamentos se entretiene en diversiones pueriles: su payaso es el zorro, a quien llama *Don Juan.* Apenas chilla un zorro, quinientos hombres se levantan como movidos por un resorte, corren, gritan, buscan, hacen volar sus ponchos por el aire, se agazapan, vuelven a la carga, hasta que al fin una voz anuncia que ha caído prisionero. La grita entonces se redobla, el cautivo atolondrado tiembla, todos le manosean y se burlan de él, le traen al centro del campamento; uno alcanza un porrón de bebida y el pobre *Don Juan* quiera o no quiera tiene que beber caña, ginebra o vino hasta vaciar el porrón, y después de ese, otro, y todos los que haya, mientras no caiga borracho. Luego la algazara concluye y cada uno se duerme más feliz y contento que si hubiera ganado laureles. Al día siguiente el ejército rompe la marcha, pero el general en jefe nota que una de las divisiones lanza gritos y alaridos; envía ayudantes a toda carrera para informarse y... le contestan que *Don Juan* se ha despertado con el ruido de las cajas y clarines, ha echado a correr por entre las patas de los caballos, y la división no ha podido menos de silbarlo y despedirse de él a gritos.

Se comprende sin esfuerzo, que semejante modo de vida ha comunicado una virilidad asombrosa a las poblaciones de la campaña, y si ellas adolecen de

grandísimos defectos en cuanto a las nociones de la existencia regular y ordenada, les sobra energía para afrontar los peligros que aman a falta de mejores pasatiempos. De la misma manera se explica el imperio de los caudillos sobre tales gentes, puesto que siendo el gaucho un hombre frugal y sumamente medido en sus exigencias, nunca ha solicitado de sus jefes cosas que no pudiera él mismo tomarse por su mano. Un pedazo de carne, en país donde hay vacas por millones, una lanza cuyo cabo se arranca de un monte de cañas y cuya moharra se forma con un cuchillo viejo, un poncho que se adquiere en todas partes, un caballo que el hombre trae sin que se lo digan, porque tampoco puede vivir sin él: he ahí todo. Al caudillo no se le pide más que el valor personal: si triunfa, sus gentes le abandonan el poder y la influencia que nunca han codiciado, porque no sabrían qué hacer de ellos: si es vencido, nuevo motivo de agradecimiento por haberles proporcionado aventuras que narrar. Se comprende también que sobre tales soldados, las palabras de un general medido no hagan efecto alguno, y que mucho más aptos para vencer se encuentren bajo una mano de hierro que con un retórico al frente. Por eso las arengas de nuestros generales respiran cierta ironía insolente y soberbia, como esta de Fausto a sus soldados al dar una carga desesperada: *Quitarse los ponchos, que en el otro mundo no hace frío!* y esta otra de Rivera a su ejército sorprendido pocos días antes de Cagancha: *Ea! cobardes, no disparen!* Y esta otra de Flores al iniciar la batalla de Coquimbo: *El que tenga miedo, que se vaya!*

Después de la guerra, una de las ocupaciones más placenteras para el gaucho es concurrir a los

bailes. Un baile le permite satisfacer con usura sus tres vicios de fumar, tomar mate y danzar, y además le estimula una de sus grandes pasiones: el amor. Sentado en la cocina sobre algún trozo de leña o alguna calavera de vaca, se está departiendo con sus compañeros posesionados de iguales asientos que él, mientras arde y chisporrotea el combustible del fogón, envolviendo en una nube de humo a todos los circunstantes, convidados desde el día anterior al baile de esa noche. En las otras piezas de la casa *(rancho),* el bello sexo espera el instante de romper la danza, mientras el guitarrero en el mejor sitial, templa las cuerdas de su instrumento. Un preludio corrido anuncia que la guitarra está en temple, otro preludio deja percibir una armonía conocida, y entonces las mujeres se agitan en sus asientos, el dueño de casa y algunos viejos se dirigen a la cocina cuyos huéspedes se levantan, y todos reunidos corren en tropel a la sala. *Señores, el Nacional,* dice una voz: cada uno entonces se pone frente a la compañera que le toque en suerte, y empieza el baile del pericón, con las relaciones más o menos felices que cada cual canta por turno, hasta dar cumplimiento a esta primera pieza de ordenanza que es de riguroso deber el bailar. Pero luego de llenada la fórmula, los circunstantes se reparten cerca de las puertas y ventanas, para mirar y ser mirados de las mujeres. Cada uno conviene consigo mismo en la que más le gusta, y comienzan a llover los pedidos al guitarrero para que cante a la *rubia aquella* un verso intencionado. A esta primera declaración de amor por intermedio de tercero, sigue a la segunda pieza de baile la declaración directa y en verso para la cual está la ninfa prevenida, y tal vez ya ha rumeado su versito que es de humilde ren-

dimiento o de sarcástica puya, según le guste o no el postulante. Muchas veces sucede que dos individuos gustan de una misma muchacha, y entonces el menos favorecido le arma riña al otro.

El juego, que es otra de las pasiones del gaucho, tiene por centro de acción la *pulpería.* Aún cuando en los campamentos y en las estancias se juega, nunca es tanto ni tan fuerte como en las pulperías. Recostados contra el mostrador o sentados a la sombra de la *ramada* y haciendo marcas en el suelo con el cuchillo, organizan los gauchos sus partidas de juego, ya sea a la baraja, a la taba, o a las carreras de caballos. El juego origina entre ellos disputas y riñas, porque nunca falta un *taura* que pretende llevárselo todo por encima. Hay ocasiones en que alguno que no es del pago, viene como dicen ellos a *echarlas de diablo,* y entonces el amor propio herido de los demás, no les deja devorar en silencio las sátiras y las injurias del intruso. Empero, una propensión noble del corazón del gaucho, hace que casi siempre el aislamiento del forastero inspire simpatías a algunos de los mismos de quienes se ha burlado, los cuales toman partido por él y pelean contra sus propios amigos para defender al intruso. Esto es tan común en nuestra campaña, que nadie se admira de que el débil encuentre partido a su favor para resistir contra los fuertes. Cuando un gaucho ha peleado así para defender a un extraño a quien ve por la primera vez, explica sus simpatías diciendo: *dí la cara por el mozo, de gracia no más!*

La costumbre de andar a caballo desde que nacen hasta que mueren, les ha hecho sin disputa los primeros caballistas del mundo: así es que no demuestran admiración por las terribles pruebas que

hacen sobre esas fieras que llama *potros* o *baguales.* Es necesario ver un potro cuando por primera vez va a ser *jineteado,* para formarse idea de su bravura. Cuesta una batalla después de haberlo traído con la manada al corral, ponerle el bocado y ensillarle. El animal quisquilloso como que es la primera vez de su vida que le dominan, bufa, patea, tira dentelladas, hincha el lomo y se desespera. El domador por su parte, rodeado de los amigos que le miran, vestido con ropas ligeras, sin sombrero, y fajada la cabeza fuertemente, va enjaezando al potro con las piezas del apero, en medio de bromas y chuscadas que el animal parece comprender, tanto es lo que se agita, hasta que por último le *copetea,* es decir, le corta los largos mechones de crin que le caen sobre la frente y ojos. Otro individuo a quien llaman *padrino* montado en un caballo manso, espera a que el domador monte a su vez, para apareársele y ayudarle a desempacar el animal y dirigirle. Por fin desaprisionan al potro del palenque en que está atado y le sacan del corral: el domador le toma la oreja izquierda con su mano izquierda tapándole el ojo a fin de que no le vea subir, en la mano derecha con la cual se apoya sobre la cabezada del recado tiene las riendas y el chicote, emboca rápidamente el pie izquierdo en el estribo, y se abalanza más bien que sube encima del bagual. El potro entonces, o se empaca y tiembla para romper a *bellaquear* después de un buen rato, o bellaquea desde que siente el jinete encima; se balancea en el aire, mete la cabeza entre las manos y se endereza sobre ellas a punto de que el domador toca el anca con la nuca, repite luego la operación contraria parándose perpendicularmente sobre las patas, se inclina hacia un costado y otro amenazando bolearse con una

fuerza capaz de arrancar las entrañas de quien lo monta, y estas operaciones duran media hora, hasta que por fin no pudiendo arrojar de sí aquella mole que siente pegada a sus lomos y a sus ijares, enloquecido por los chicotazos y por los gritos, echa a correr como pidiendo a los campos a donde endereza, la libertad que aquel tirano acaba de robarle. Esta última faz del cuadro anuncia la victoria del domador: al día siguiente, si no es el mismo día por la tarde, el potro que ha estado a palenque y sin comer ni beber, pasa por una segunda prueba que resiste con igual brío; después, una tercera prueba le desanima, y así va por gradaciones hasta llegar a *redomón;* más tarde asciende a la categoría de *zancocho,* que es cuando le ponen freno, y por último se hace caballo.

El gaucho ha heredado de los charrúas su placer por la caza, y la misma manera de cazar que ellos. La fijeza con que maneja la *boleadora* y el modo con que la emplea, proceden de igual origen. El animal a quien más persigue es el avestruz, a quien llama *ñandú* cuando es grande y *charabón* si es pequeño. Del avestruz aprovecha la caparazón o *picana* y los alones para comerlos, las plumas para trocarlas en la pulpería por tabaco, caña, yerba y demás menesteres, y el buche del animal para hacer tabaqueras que son muy estimadas. En la caza del avestruz, lo mismo que los charrúas, no emplea las grandes boleadoras de que se sirve en la guerra para trabar los caballos de sus enemigos que huyen, o en los *apartes* para dominar a los animales cerriles, sino que usa una boleadora pequeña de plomo, que a veces consta de una cuerda con una bola en cada extremo, y otras oca-

siones, de dos cuerdas bien sujetas entre sí en la forma de una Y con una bola en cada punta.

Entre el gaucho y el avestruz hay siempre cuentas pendientes, porque tiene este último la costumbre de esconderse tras de los arbustos del campo o entre los pajonales e islas de árboles cuando percibe el ruido que precede a la aproximación de un jinete, y luego de sentirle cerca, sale inopinadamente de su escondite y abre sus grandes alas. Esto produce mucho terror en los caballos, y no pocas caídas a los jinetes. Por lo demás el avestruz es un animal bastante tonto, puesto que a pesar de su táctica y la gran fuerza de las coces que da, no resiste a la curiosidad que le inspira el menor incidente, y suelen cazarle a pie los muchachos con solo agitar un trapo, que inmediatamente viene a mirar de cerca, recibiendo en pago de su curiosidad una puñalada, o una lazada en el pescuezo que le ahorca. Mas el gaucho ama la caza del avestruz, porque le proporciona el placer de una carrera vertiginosa entre varios compañeros, y el aprisionamiento a bolazos de los animales fugitivos. Esta caza es una gran batida, ejecutada por muchos sobre cualquiera clase de terreno, así es que las rodadas son frecuentes y suelen haber heridos graves, y aún muertos.

Pero donde el gaucho muestra el conjunto de sus habilidades más preciadas, es en las *yerras.* Llámanse *yerras* a las faenas periódicas que hacen los estancieros para marcar sus ganados, y tusar los de crin. En los días señalados para la *yerra,* hay comida extraordinaria, o como se dice en el campo, *fogón abierto:* si el estanciero es largo y dadivoso, son esos días verdaderas bodas de Camacho, pero aún cuando

sea corto y mezquino siempre se ve obligado a gastar mucho más de lo que acostumbra habitualmente.

Parecen las *yerras,* combates militares reñidos. La polvareda que levantan las tropas de caballos cerriles, de yeguas y de toros perseguidos, para que se mezclen a los señuelos, los gritos de los conductores, los grupos de gentes desparramadas por el campo, las fogatas próximas a los corrales y a los rodeos donde arde el hierro destinado a marcar las bestias, todo esto presenta el aspecto de un campo de batalla. El gaucho gusta de asistir a las *yerras* porque en ellas se luce como gran jinete y gran enlazador. Es de verse la serenidad con que arma el lazo al trote de su caballo, después endereza al galope hacia un toro que huye, luego toma la carrera, ya está cerca de él, ya le alcanza, levanta el brazo con vigor, se alza sobre los estribos, arroja con todas sus fuerzas el lazo en dirección a los cuernos del animal, baja el toro la cabeza, pero es tarde, porque el jinete encoge y reconcentra su cuerpo para afianzarse mejor, da un fuerte tirón a la extremidad del lazo que lleva prendido a la cincha del caballo, y el toro como herido del rayo cae bramando al suelo. Si los animales que han de marcarse o tusarse, están en los corrales, entonces el enlazador se luce más aún, porque debe enlazar de a pie, operación difícil que se llama *pialar.* Hay simples pialadores que son los que echan el lazo sencillamente, y pialadores de *volcao,* que son los que cimbran con arte el lazo haciéndolo entrar a la inversa entre las patas del animal: esta operación es de lujo.

Se ha disputado mucho sobre la necesidad de cambiar al gaucho su traje: algunos comerciantes han hecho esfuerzos por introducir ciertos artículos de ciudad en el campo, y hasta ha habido quien ensaye su

prestigio personal para provocar al consumo de ellos; pero el gaucho ha permanecido fiel a sus tradiciones y la razón es simple. Tanto las prendas de vestir como el apero de su caballo son la garantía de su libertad. El *poncho,* muy superior a la capa española por la facilidad de cubrirse con él y la soltura en que deja los movimientos, el *chiripá* que aventaja al pantalón para el hombre que está todo el día a caballo, la bota de potro, fabricada por él mismo con un cuero de ese animal, y cómodamente dispuesta para no estrecharle; el pañuelo del cuello que sirve de adorno y además de filtro para tomar agua en los arroyos y cañadas, por cuya razón siempre es de seda; el lazo, las boleadoras y el facón, que sirven para defenderse del hambre y de los enemigos; el recado con todas sus *pilchas* que constituyen la silla y la cama del viajero, hacen que el gaucho así vestido y pertrechado lleve consigo donde quiera que vaya sus menesteres, su casa y su fortuna. El día que abandonase estas prendas no sería gaucho, no sería rey de los campos, necesitaría fijarse a la tierra, transformar su existencia errante en una actividad sedentaria, establecer su hogar como el estanciero, el labrador o el paisano. Estos goces de la civilización que el gaucho no comprende, porque ha nacido ajeno a ellos, le matarían de tristeza. Para él la vida es el movimiento continuo, y la felicidad la independencia absoluta.

Se ha dicho que el gaucho es supersticioso, preocupado y fanático. Hay algo de verdad en esto, pero no tanto que pueda escribirse sin explicación. Cree en los aparecidos o muertos resucitados, a quienes denomina *pantasmàs* en vez de fantasmas, y si cree en ellos es porque no hay ningún forajido del campo que haya dejado de contar con mucha seriedad aven-

turas de muertos resucitados que le han perseguido en los montes, o se le han cruzado por los caminos, o le han despertado a la siesta sacudiéndole el cuerpo. Sus ideas religiosas, sin embargo, son tiernas. Del culto católico bajo el cual ha nacido, lo que mejor comprende es la adoración de la Virgen a quien llama la *Inmaculada* y también *Nuestra Señora:* como nunca se ha humillado ante nadie, cree que cada vez que se arrodilla delante de la Virgen, le son perdonadas sus culpas. Cuando va al templo, lo que no es muy frecuente, porque ni hay muchas iglesias en el campo ni él llega con facilidad a los pueblos, la pompa del culto católico le embelesa y suelen rodar lágrimas por sus mejillas, al escuchar esa música solemne y melancólica con que nuestra religión hace penetrar sus misterios hasta el fondo del alma de las gentes sencillas. Allí permanece abismado hasta que la ceremonia concluye; después se retira, pasea por el pueblo, y durante quince días no habla de otra cosa entre sus amigos que del cura viejo que ofició en la iglesia, del incienso y de la música.

No ha faltado quien niegue al gaucho patriotismo, y hasta se le ha hecho aparecer como el sostenedor de todas las tiranías. Esta opinión es una de las tantas que se emiten sin fundamento y se generalizan por la misma razón de que nadie las somete a un análisis. Gauchos eran aquellos Dragones que bajo el mando de uno de los Artigas batieron a Bustamante en San José; gauchos aquellos Blandengues que echaron pie a tierra contra los veteranos de Posadas en Las Piedras; gauchos aquellos muchachos que doblaron las huestes imperiales en Sarandí, y aquellos escuadrones que desnudos y con el sable en la boca se arrojaron al agua para asaltar los parques

brasileños de la isla del Vizcayno; gauchos aquellas nubes de jinetes que rompieron y destrozaron el ejército de Echagüe en Cagancha; gauchos los seiscientos orientales que se dejaron degollar en India Muerta por Urquiza sin articular una palabra de sumisión; gauchos los que defendieron con Blanco y Fausto la ciudad del Salto contra un ejército, y después de haber hecho prodigios se retiraron a pie por entre los montes. A semejantes hombres que se han batido sin pedir recompensa concurriendo voluntariamente a las filas, no puede negárseles el patriotismo. Tampoco puede negarse a quien de esta suerte procede, el instinto y la pasión de la libertad.

De todo lo dicho puede concluirse, que el gaucho es el tipo primitivo de la civilización uruguaya, con todas las virtudes y con todos los defectos que ella presentaba en los primeros días de su borrascosa infancia. Tal como hoy vive y se desarrolla el hombre libre de nuestros campos, tal vivió y se desarrolló nuestra raza en la época laboriosa que presidió a los primeros rudimentos concientes de su personalidad, y a los primeros ensayos de su vida propia. La triple fusión de la sangre charrúa, española y portuguesa, presentó por resultado el tipo original que acaba de bosquejarse; inteligente, impetuoso, caballeresco, a la vez que supersticioso, peleador y lleno de sí mismo.

Si ha sido fácil transformar un elemento tan desquiciador en la apariencia, lo dirá la historia de nuestros progresos. En ciento y diez años de peregrinaciones armadas, la mayor parte de esos beduinos gloriosos han ido dejándose seducir paulatinamente por los encantos de una civilización de la cual ellos mismos han sido instrumentos, han construído un hogar y lo han defendido, han formado una familia y la

LAS TRILLAS

El labrador uruguayo no ha conquistado aún la importancia que su misión civilizadora le da derecho a tener. Aislado por las grandes distancias que le separan de los principales centros de comercio, damnificado por la carestía de los transportes, divorciado del estanciero y del gaucho, porque el primero afecta no necesitarle y el segundo le mira de reojo; el labrador pasa su vida entre el miedo de la guerra, el presentimiento de las malas cosechas y el disgusto de las antipatías que inspira. Por esta razón la agricultura, si se exceptúan los departamentos de Montevideo, Canelones y Maldonado, no se ha aventurado en el resto del país a salir del ejido de los pueblos. Algunos ensayos muy importantes en los departamentos de la Colonia y Paysandú, no son sino excepciones que confirman la regla.

De manera que el labrador, estrechado por muchas necesidades, no tiene otro medio social en que expandirse que las relaciones con sus vecinos del mismo gremio, lo cual si bien ha originado entre todos una amistad tradicional, no por eso les ha librado de los inconvenientes anexos al aislamiento, con respecto a las otras parcialidades industriales de la nación. Se

infiere desde luego, que a esta acumulación de inconvenientes ha de seguirse una laxitud muy marcada en los progresos de la industria agrícola, cuyos trabajos, prolijos de suyo, se recargan por la escasez de elementos con que llevarlos a cabo.

Así, mientras los descubrimientos modernos parecen haber reivindicado para el labrador yankee el derecho de no regar la tierra con el sudor de su frente, colocándole sobre un arado que es un carruaje y dándole segadoras y trilladoras movidas por el vapor; el labrador nuestro se sirve todavía, con raras excepciones, de aquel arado que pudo ser una prenda admirable en los tiempos de Darío el persa, pero que hoy es un mueble en desuso doquiera que la agricultura adopta procederes científicos, y aspira a señalarse por pingües rendimientos. Que este suceso pueda ser culpa en parte de la posición excepcional en que el labrador se halla colocado, no por eso revela menos un atraso grande en los que viven del producto directo de la tierra. Es cierto que algo se reacciona en el sentido de matar la rutina que tantos daños causa en el arte agrícola, es verdad también que algunos instrumentos modernos se han introducido y algunos procederes enderezados a utilizar esos instrumentos se han puesto en práctica, pero con todo, nuestro labrador no ha salido todavía de la pobre condición del labriego.

Por otra parte, sus aperos de labranza, el ajuar de su casa y los vestidos de su persona, revelan esta verdad. Unos *tamangos* de cuero, rellenos de bayetas y ajustados al pie por una correa o *tiento* que se enhebra en ojales abiertos a cuchillo; unos calzones gruesos y remendados, o en su defecto un *chiripá* puesto a guisa de faja cayendo desde la cintura hasta

cubrir las pantorrillas; una camisa de lienzo con hormillas en vez de botones, abierta lo suficiente en la pechera para dejar ver la punta de un escapulario o reliquia que su dueño lleva al cuello; una chaqueta de paño burdo; cuchillo a la cintura, pañuelo en la cabeza para aprisionar el cabello que pugna por salirse en bucles, un sombrero deteriorado, otro pañuelo sobre el sombrero en forma de barbijo y a fin de que no vuele con el viento: he aquí el traje del labrador uruguayo. En cuanto al hombre dueño de este traje y súbdito de esa profesión, basta conocer a uno para suponerlos a todos. El rostro y las manos tostados por el sol, formando un raro contraste con la frente blanca de puro estar cubierta; la mirada tranquila como de quien gana el pan con el trabajo honrado y diario; el pecho ancho y fornido, los músculos desarrollados; vigoroso, derecho, nunca obeso; desconfiado de los que no conoce, pero franco y abierto con sus amigos; severo con sus hijos varones a quienes hace trabajar desde pequeños, pero indulgente con las mujeres cuya educación confía a su esposa; tal es el tipo físico y moral de nuestro labrador.

Su vivienda se divide en dos departamentos o *ranchos* separados: en el uno habita él con su familia, y en el otro deposita sus herramientas y los frutos de la cosecha, y tiene el fogón de la cocina y el gallinero. En vez de la *ramada* que el estanciero forma para dormir la siesta o hacer descansar a los caballos de los transeúntes y al suyo propio, el labrador edifica una especie de tinglado al cual llama *culata,* bajo cuyo techo puntiagudo deposita las provisiones frescas. También construye un pequeño chiquero para criar el cerdo o los cerdos que siempre

mantiene y un horno para fabricar el pan. Las piezas que habita y las que sirven de depósito para sus menesteres industriales, están edificadas de suerte que forman calle, dejando a su frente un espacio cuadrado que se llama patio. En el patio hay uno o dos barriles llenos de agua para beber; a poca distancia de la casa y limitando el patio, hay por lo común un pequeño jardín, cuyas flores sirven para adornar a las muchachas y obsequiar a las visitas que no son muy frecuentes.

El interior de las piezas que habita está dividido por dos tabiques: el primero cuadra la vivienda del matrimonio, y el segundo divide el alojamiento de los hijos varones que a la vez es comedor, del de las mujeres que siempre es el último de la casa. Las piezas están amuebladas con sencillez y las paredes adornadas con algunas estampas de santos: también suelen ostentar por adorno alguna *décima* o composición poética puesta en letra sobre un papel lleno de dibujos de mal gusto, y en ocasiones el retrato de algún caudillo célebre (Rivera o Flores). El pavimento de las habitaciones es duro y terroso, pero muy barrido; el mobiliario lo constituyen las camas, una mesa de comer y algunos bancos; y los hay que tienen cuatro o seis sillas de madera gruesa y hasta una guitarra y un acordeón grande. Dos comidas hace el labrador por día, una a los doce y otra después de entrado el sol: se levanta al rayar el alba, desayunándose con *mate* o café; algunos duermen siesta a medio día en verano, pero ninguno se acuesta tarde a la noche. Los cuidados domésticos en su totalidad, la cocina, el lavado, la costura, el reparo del pequeño jardín cuando lo hay, corren todos por cuenta de las mujeres de la casa. Si el labrador es rico, las paredes

de su vivienda son de material: si es muy rico, la casa es de azotea.

Sus herramientas imprescindibles son, en primer término el arado sea de antiguo o nuevo sistema, después la *horquilla,* palo largo que se bifurca hacia su fin en dos puntas como lo indica su nombre, y sirve para amontonar las mieses, echarlas al carro, andar con la leña y revolver la parva; después el *aventador,* que es otro palo en cuya punta se clava horizontalmente un trozo recto como de media vara de largo con dientes de madera, y sirve para separar el grano de la paja; después el *rastrillo,* la azada, la pala, el pico, un morral de cuero para echar el grano en los días de siembra, una picana para avivar a los bueyes, y una correa, tiento o cuerda que se le ata al buey de la izquierda en la oreja del mismo lado para dirijirle cuando va arando en yunta: también se les ata a ambos un medio bozal o bocado, que se llama *trompeta* para que no se coman los nacientes frutos de la siembra mientras trabajan. Estos instrumentos son tantos en número cuanto más rico es el labrador y más grande el área de tierra que cultiva. El campo de labranza representa en menores proporciones lo que debe ser una colonia agro-pecuaria: hay en él un retazo de terreno baldío que se destina a los bueyes y caballos para que pasten: el resto de la heredad es lo que se cultiva. Luego que un labrador obtiene rendimientos de alguna consideración, trata de aumentar su parque industrial con una carreta.

Todos los bueyes de labranza tienen su nombre propio, que se deriva de sus calidades físicas o del color del pelo: así les llaman, *Bandera, Yaguané, Lechiguana, Zaraza,* etc. Para animarlos a arar

y cuando se desvían del camino, el labrador tira de la rienda y les grita: *¡Surco!* Al cruzar los campos, en el acto se apercibe uno de si están arando, por las voces de entonación monótona que repiten a cada instante. *¡Surco Yaguané! ¡Surco Bandera!*

Después de los bueyes, el animal que goza de mayores prerrogativas es el perro de la casa. Generalmente es un mastín formidable atado a cadena; tiene vivienda propia, que es una especie de cabaña, porque el labrador en seguida de hacer su casa hace la del perro. Las rojas fauces del animal, sus poderosas manos, la anchura de sus lomos y la fuerza con que ladra continuamente, prueban que está alimentado con abundancia. Por lo común, igualmente se deriva el nombre del perro de su color o de sus condiciones propias, y se llama *Palomo,* o *Tigre, Congo, Turco,* según convenga calificarle. Otros perros hay también que se agregan a la casa, pero ninguno goza de la prerrogativa de estar a cadena, ni se atreve a disputarle al encadenado la ración de alimento: para despicar el mal humor que esta inferioridad de posición debe causarles, se entretienen en atropellar a los caballos de los transeúntes, correr a las gallinas, y jugar allá a su modo entre los yuyos.

Por el mes de marzo levanta el labrador el rastrojo. Esta operación se circunscribe a pasar el arado sobre la tierra cubierta de los residuos de la cosecha recogida, y a quemarlos. El arado se pasa por primera vez a lo largo del terreno, después se cruza por lo ancho, a fin de remover la superficie del campo y alistarla para los días de siembra. La planta cuyo beneficio tiene mayor trascendencia entre todas, es el trigo: sea por que con ella se elabora el pan, símbolo del alimento humano y del bienestar

social; sea porque requiera en sí misma mayores cuidados que las otras, la siembra del trigo y su recolección gozan del privilegio de asumir las proporciones de un acontecimiento público.

Desde el día en que el trigo se deposita en los surcos abiertos para su cosecha, hasta el día en que se recoge y se beneficia; sólo él tiene la facultad de ser tema obligatorio de todas las conversaciones, así en el hogar doméstico como en el vecindario. Se calculan anticipadamente sus rendimientos; se gradúan las heladas que trae cada luna, las lluvias que caerán, las ventajas de un sol fuerte a debido tiempo, y todo aquello que suscita o atemoriza el interés del cultivador.

La época de la siembra del trigo es desde mayo hasta julio. En ocasión de esta tarea, se conoce la fraternidad que reina entre los labradores. Luego que uno de ellos se propone sembrar y ha abierto las *melgas,* que son los espacios de tierra comprendidos entre cada dos grandes surcos paralelos hechos por el arado, lo avisa a los vecinos, indicándoles el día fijo en que comienza el tráfago. Desde que rompe el alba del día indicado, aparecen como en romería los vecinos con sus yuntas y sus arados: desayúnanse juntos con aquel a quien van a ayudar, y parten alegres al trabajo; los sembradores con sus morrales de cuero repletos de grano, y los aradores con sus yuntas y sus arados. El dueño de casa, patriarca de aquella tribu improvisada, luego que ella llega a su destino, señala el terreno por donde ha de comenzarse el trabajo, toma el primer puñado de trigo, levanta el brazo y arroja la simiente a los cuatro vientos. A esta señal, rompen los sembradores la marcha paso a paso, arrojando en todo el espacio de la *melga* pu-

ñados de trigo. Tras de ellos pasan los aradores surcando la tierra, a fin de enterrar el grano, hasta que la primera *melga* queda sembrada. La misma operación se repite en seguida sobre las demás partes del terreno, dejándolo listo al caer de la tarde. Algunos días después el sembrador empareja la superficie del sembrado con una *rastra* o aglomeración de palos de membrillo, sujetos por correas y gajos gruesos, y tirados por yuntas. Así sembraban y cultivaban sus campos los patriarcas de las tribus antiguas.

Apenas nacen las primeras espigas de trigo, el labrador las arranca y las lleva a la iglesia para ofrecerlas a San Isidro o a la Virgen. Después que ha puesto su fortuna del año bajo los auspicios de la religión, espera la época de la *siega* que es en diciembre. Gran movimiento reina en los campos durante ese mes, porque los segadores cruzan en cuadrillas ofreciendo su trabajo, y los dueños de mulas y de yeguas también se dan prisa a contratar sus servicios para las trillas que ya están en perspectiva. Como que todas estas gentes tienen la seguridad de encontrar recompensa a sus afanes, se hacen rogar por los que les solicitan antes de cerrar trato, mas siempre hay una medida común que regula los precios y que se establece de suyo, con la mayor o menor abundancia de las cosechas. Por manera que los contratos llevan el sello de la condición del año en que se efectúan. Sin embargo de ello, es tan necesaria la presencia de los segadores, que una gran parte de los peones de la ciudad abandonan su trabajo habitual para ocuparse de la siega, en cuya tarea ganan comúnmente salarios más altos de los que en los pueblos se les asignan. En cuanto a los dueños de tropas de mulas y yeguas, tienen también una

promesa de buenas utilidades en la cooperación que prestan a los labradores.

El trabajo de segar parece más complicado de lo que es, y es más sencillo de lo que parece. A primera vista, cuando se mira a un segador armado de su hoz filosa y abrazándose al trigo al mismo tiempo que tira el corte hacia adentro, cree uno que es inminente el peligro que corre el hombre de cortarse, y mucha la fuerza que hace para coger la brazada de mies; pero luego de observarle con tiento, conviénese en que la baquía suple a todas las dificultades, pues el segador tiene un tacto especial para hacer su trabajo. Cada brazada que corta, la lía inmediatamente con un tallo del mismo trigo cortado; a esta operación se llama *engavillar*, y a cada mazo así liado *gavilla*. Las gavillas de trigo se van dejando en el campo, hasta que llega el momento de formar las parvas. El segador o los segadores empleados en el corte y engavillamiento del trigo, se detienen en la operación, según sea de grande o de pequeña el área de tierra cuyo dueño les ha puesto a su servicio. Suele suceder también que el deseo de concluir pronto, o lo reducido del local cuyos frutos se cosechan, hagan que el dueño de casa prefiera no engavillar el trigo.

Las trillas empiezan en los últimos días de diciembre y concluyen con el mes de febrero. Para prepararse a la trilla, el labrador comienza por alquilar la mulada o yeguada que debe pisar el grano. En seguida forma la *era*, que es un corral provisorio de palos enclavados en tierra, separados por espacios regulares entre sí y maniatados con correas de cuero que se enlazan de uno en otro. Si la cosecha es mucha, se forma más de una era. Luego que la era está

formada, empiézase a transportar el trigo para hacer la parva: hay ocasiones en que el trigo se trae en carretas, mas otras veces no se hace así, porque todo depende de la cantidad de grano que ha de trillarse. El trigo se va colocando en la era de mayor a menor, con el fin de que en esta proporción asuma su forma tradicional la proyectada parva. Cuando la parva queda concluída, se la cubre con cueros para librarla de los rocíos fuertes o de los aguaceros tan frecuentes en el verano. Con esta operación concluyen los preparativos para la trilla, y el labrador espera el concurso gratuito de sus vecinos, y el concurso interesado del dueño de las tropillas de mulas y yeguas que deben ayudarle en su faena.

Por fin llega el día de la trilla. Día de júbilo más grande no lo hubo nunca en casa del labrador! Desde muy temprano se ven aglomerados en la cocina los cargueros de leña y de provisiones que han de servir para regalo de los concurrentes, testificando a la vez el empeño del jefe de la casa en obsequiarles. El patio y las habitaciones están más barridos que de costumbre; los muchachos y los perros corren a escape por todos lados: la hora de levantarse se ha anticipado ese día sin protestas por parte de nadie.

Comienzan a llegar los vecinos saludando con el *Ave María* o el *Deo Gracias* de costumbre, a lo cual se les responde con el *Sin pecado* o con el *Adelante* que es de práctica. Desayúnanse todos en la habitación que sirve de comedor, con huevos, pan casero, carne y vino; nadie gasta cumplidos, se toma lo que se quiere y no falta quien tome dos veces de todo, porque entre las gentes de trabajo las hay que son insaciables, siendo de notar que los menos aventajados en volumen corpóreo son por lo general los

más voraces en el sistema de alimentación propia. Durante el desayuno se combinan las posiciones que cada cual ha de ocupar: las muchachas a cebar mate, las mayores a cocinar y a amasar: los hombres, algunos a rodear la era para evitar que las mulas y yeguas la salten, otros a desmoronar poco a poco la parva con horquillas para que los animales vayan trillando.

Mientras esta brigada de verdaderos trabajadores está entregada a sus faenas, hay otra brigada de curiosos, mirones y gentes divertidas, que desde el día anterior se han hecho a sí mismos promesa de asistir, y que sólo asoman de medio día para adelante. La táctica de estos infaltables es le de simular que ayudan: se presentan en todos los lugares afectando mucha prisa, traen partes detallados de la era a la cocina, se quejan de que el mate o la caña escasea entre los que trabajan; felicitan a la dueña de casa por la excelencia de las masas que ella acaba de trabajar, y que ellos se apresuran a consumir en gran parte, sin duda para que el elogio sea justificado; profetizan que el precio del trigo será fabuloso ese año, aunque carezcan de datos para afirmarlo y lo bajo de las ofertas pruebe lo contrario; lamentan no haber llegado antes para tomar su puesto entre los más activos, cosa que podrían hacer si lo quisieran; y en suma, no desperdician recurso para dorar el móvil que les ha traído a la trilla, y que en verdad no es otro que el de comer, divertirse y hacer lo posible por bailar. Los labradores que cuentan anticipadamente con esta concurrencia, no hacen más que sonreírse al ver sus mentidos apuros; y la dueña de casa, muy mujer de su casa como todas las de su

gremio, se desvive por obsequiar a estos ingeniosos holgazanes, cuyos chistes y percances son la sal de la fiesta.

El trabajo de la trilla prosigue todo el día, hasta que la parva está deshecha y el grano completamente separado de la paja. Entonces comienza la operación de reconstruir la parva con el grano solamente. Quítanse los animales de la era, y algunos individuos provistos de *aventadores* y *rastrillos* van echando los cimientos de la nueva parva. Cuando todo el grano se ha aparvado, bárrese la era, y se echa una capa del polvo sobrante sobre la parva, a fin de resguardar su superficie de la lluvia. La paja se amontona para aprovecharla más tarde, sea vendiéndola a los fabricantes de ladrillos, sea empleándola en el abono de la tierra que la recibe de buen grado cuando se la dan en esa forma. Puede decirse con propiedad que sólo cuando la parva está rehecha, la paja amontonada y la era barrida, es que el trabajo de la trilla ha concluído. Entonces los trabajadores se limpian por última vez el rostro, beben el último trago, se restregan las manos y echan un cigarro como complemento de las fatigas del día. Arrímanse los unos a los otros y emprenden conversación, a la cual hace coro el dueño de casa.

En el ínterin que se saborea este lapso de descanso, los quehaceres de orden culinario han sido victoriosamente llevados a término por la dueña de casa y sus comedidas ayudantes. Resuena la voz de ordenanza *¡A hacer penitencia!* y todos se dirigen al comedor, donde humean las fuentes bien provistas, sobre manteles blancos y una mesa añadida a la de ordinario, a causa de que el tamaño de la habi-

tual, no daría albergue a la multitud de convidados y no convidados presentes.

Durante la comida que es abundante y variada, la conversación rueda sobre las tareas del día: hay elogios para los que se han mostrado más asiduos, y alguna que otra puya amistosa para los flojos. Los mirones hacen olvidar su inutilidad sosteniendo el fuego graneado de las bromas, inventando cuentos al caso y trayendo a colación anécdotas de otras trillas, lo cual hace reír a los concurrentes que es cosa de ver. El dueño de casa, sentado a la cabecera de la mesa, preside el banquete con su ordinaria gravedad patriarcal, y su esposa volviéndose toda ojos y manos se multiplica para servir a los convidados, que jamás tienen que esperar mucho de un plato al otro.

Después de la comida, es muy general que venga el baile. Pero en casa del labrador el baile es muy diverso en sus formas y objeto al baile del gaucho. Las hijas de los labradores bailan polkas y mazurcas como se danzan en los pueblos. Suele bailarse algún *Nacional* en estas reuniones, pero es más bien como extravagancia que como deber de cortesía. Por otra parte, las declaraciones de amor que el gaucho hace por intermedio del guitarrero y después por sí mismo, serían mal miradas entre los labradores, gente formal que educa a sus hijos bajo otro concepto de moral consuetudinaria. Las demostraciones de simpatía se reducen en estos bailes a solicitar dos o tres veces a una misma muchacha para bailar con ella: lo que el solicitante pueda decirla respecto al estado de su corazón, queda reservado entre ambos, sin que el público sea partícipe más que de las sospechas. No faltan ciertamente bromas sobre el particular entre las gentes jóvenes, pero ellas van siempre revestidas

de la moderación que el caso requiere. Estos bailes concluyen tarde, porque el día que precede a la trilla y el que le sigue, son días de asueto.

Como que la asistencia a los trabajos más pesados es comun, también las diversiones son recíprocas. El labrador que trilla hoy en su casa, se transportará dos días después con su familia a ayudar a trillar en casa del vecino. Por manera que los meses de trilla son meses de fiesta en el campo, y aún cuando las personas que se ven sean con pocas excepciones las mismas, el número de ellas es tan crecido, que llena la casa donde van y suscita la ilusión de que es nuevo cuanto rodea al espectador. Cada casa alberga en su seno un día de esos, a todo el vecindario de que ella forma parte. Regularmente imprime en los circunstantes una sincera alegría la actividad a que todos se someten, y como igualmente activo se muestra el mirón de oficio que el trabajador de buena fe, concluye la fiesta a muy entera satisfaccion de los presentes. Los últimos que trillan aunque suelen ser los mas pobres, no por eso son abandonados de sus compañeros, y aún bajo ciertos respectos son más favorecidos si cabe por la afluencia de curiosos que no quieren desperdiciar las últimas emociones que les proporciona el año. Este es en resumen, todo el lujo y todas las fiestas que se permite el labrador.

En presencia de una vida tan laboriosa y costumbres tan enteras, parece que la atención de los hombres dedicados a dirigir las corrientes de la opinion pública, debia fijarse en los medios de adelantar los progresos de esta clase social tan escasamente protegida de las otras. El labrador por su modo de exis-

tencia arreglada y ahorrativa es no sólo una base de orden y de progreso social, sino un espejo de costumbres que va moralizando y convirtiendo a la vida del trabajo a cuantos le rodean. Animoso en cuanto cabe serlo para hacer rostro a las preocupaciones de los vagos, lleno de fe en sus esfuerzos a pesar del rendimiento mediocre que le dan; sin pedir nada a los gobiernos, ni la paz siquiera, puesto que trabaja en medio de la guerra; sobrio, sensato, moral, su hogar es el fundamento de una civilización sazonada, y su tipo es el molde en que ha de fundirse el ciudadano sin veleidades anárquicas, que aspira a la primera de las libertades: la independencia personal. Un país que cuenta con elementos de esta laya, puede pregonar sin reparo que ha sido favorecido por un hallazgo.

Se dirá que nuestro labrador es estacionario. ¿A quién la culpa? Si la condición del país le ha aislado en medio de los campos, no ha de ser él quien fabrique ferrocarriles para comunicarse con los centros de comercio. Si la escasez de su producción no le permite modificar por la compra de nuevos útiles el procedimiento de sus trabajos, no es a él a quien incumbe abrir relaciones comerciales que levanten el precio de su mercadería. Demasiado ha hecho luchando solo, con triunfar de la rivalidad de los labradores norteamericanos, estableciendo concurrencia a sus harinas en el Brasil. Demasiado ha hecho, siempre solo, con desterrar del país por una competencia legítima, las harinas y los trigos de Chile. Demasiado ha hecho, a fuerza de dedicación, con llamar sobre el maíz uruguayo, la atención de los comerciantes del exterior. Que se le den caminos y se

le den puertos, es decir, medios de transporte baratos; que se hagan conocer en el exterior sus productos, y entonces triunfará de todas las concurrencias, porque tiene a su favor una tierra sin rival, y el cariño de su profesión se la hará cultivar cada vez con mayor esmero.



